# AGATHA CHRISTIE

## EL MISTERIO DE LISTERDALE

Selecciones de Biblioteca Oro

Este libro nos trae diez relatos cortos.

El primero, que da nombre al libro, cuenta sobre una familia burguesa empobrecida que alquila una casa maravillosa a un precio muy bajo. La casa pertenece a Lord Listerdale, desaparecido años atrás sin dejar ningún indicio de su paradero. El joven morador de la casa defiende la hipótesis de que el hombre está muerto y que su cuerpo está escondido en algún lugar de la casa y, según él, razón por la que el alquiler es tan bajo. Suceden ciertas coincidencias que, al final, hacen que el joven consiga descubrir el misterio que ronda al antiguo propietario.

Agatha Christie

# El misterio de Listerdale

**ePub r1.1**
**Titivillus** 05.10.2016

Título original: *The Listerdale mystery*
Agatha Christie, 1934
Traducción: C. Peraire del Molino

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

# EL MISTERIO DE LISTERDALE

La señora Saint Vincent estaba sumando. De cuando en cuando suspiraba llevándose la mano a su dolorida frente. Nunca le había gustado la aritmética, y era una desgracia que ahora su vida pareciera depender enteramente de una suma en particular, la incesable adición de pequeños gastos necesarios, cuyo total nunca dejaba de sorprenderla y alarmarla.

¡Era imposible que sumasen *tanto*! Volvió a repasar las cifras. Había cometido un insignificante error en los céntimos, pero las demás eran exactas.

La señora Saint Vincent volvió a suspirar. Su jaqueca se había acrecentado. Alzó la cabeza al ver que se abría la puerta para dar paso a su hija Bárbara. Bárbara Saint Vincent era una joven muy hermosa, con las mismas facciones delicadas de su madre, y el mismo gesto altivo al volver la cabeza, pero sus ojos eran oscuros, en vez de azules, y tenía la boca distinta, de labios rojos y expresión grave, no exenta de atractivo.

—¡Oh, mamá! —exclamó—. ¿Todavía luchando con horribles cuentas? Arrójalas al fuego.

—Debemos conocer nuestra situación —replicó la señora Saint Vincent con voz insegura.

La joven alzó los hombros.

—Siempre estamos igual —dijo secamente—. Con el agua hasta el cuello, y como de costumbre, sin un céntimo.

La señora Saint Vincent suspiró.

—Quisiera… —empezó a decir, pero se detuvo.

—Tengo que encontrar un empleo —dijo Bárbara en tono firme —. Y pronto. Al fin y al cabo para eso he seguido el curso de taquigrafía y mecanografía. ¡Igual que otro millón de muchachas! «¿Qué experiencia tiene usted?». «Ninguna, pero…». «¡Oh! Gracias.

¡Buenos días! Ya le avisaremos». ¡Pero nunca avisan! Tengo que encontrar un empleo… lo que sea.

—Todavía no, querida —suplicó su madre—. Espera un poco más.

Bárbara fue hacia la ventana y sus ojos contemplaron sin ver la silueta de las casas de enfrente.

—Algunas veces —dijo despacio—, siento que mi prima Amy me llevara a Egipto el invierno pasado. ¡Oh! Sí que me divertí… casi fue la única diversión que he tenido, o que pueda tener en toda mi vida. Me *divertí*… disfruté intensamente. Pero fue una gran decepción. Me refiero a volver a… *esto*.

Y con un gesto abarcó la habitación. La señora Saint Vincent la siguió con la vista y parpadeó. La estancia era un ejemplo típico de las habitaciones de alquiler barato. Aspecto polvoriento, mobiliario puramente decorativo, y las paredes empapeladas con mal gusto y parte descoloridas. Un par de detalles denotaban que la personalidad de las huéspedes había intentado luchar con la de la patrona, y éstos eran: una o dos piezas de porcelana china, desconchadas y encoladas, de manera que su valor «vendible» resultara nulo; un trozo de bordado sobre el respaldo del sofá, y una acuarela de una jovencita al estilo de hace veinte años, lo bastante parecida a la señora Saint Vincent para no equivocarse.

—No me hubiera importado de no haber conocido otra cosa —continuó Bárbara—. Pero pensar en Ansteys…

Se interrumpió, sin atreverse a hablar de aquella casa tan querida que perteneciera a la familia Saint Vincent durante siglos y que ahora estaba en manos de extraños.

—Si papá… no hubiera especulado… y pedido prestado…

—Querida —repuso la señora Saint Vincent—, tu padre no fue nunca, en ningún sentido, un hombre de negocios.

Lo dijo con cierta graciosa entonación, y Bárbara se acercó a ella para darle un beso mientras murmuraba:

—Pobre mamaíta. No diré nada más.

La señora Saint Vincent volvió a coger su pluma, e inclinóse sobre su escritorio.

Bárbara fue de nuevo junto a la ventana, y al poco rato dijo:

—Mamá. Esta mañana he tenido noticias de… Jim Masterton. Quiere venir a verme.

La señora Saint Vincent, dejando la pluma, alzó la cabeza al punto.

—¿Aquí? —exclamó.

—Bueno, no podemos invitarle a cenar en el Ritz —se burló Bárbara.

Su madre se puso triste y de nuevo contempló la habitación con disgusto manifiesto.

—Tienes razón —dijo Bárbara, comprendiendo lo que pensaba —. Es un lugar espantoso. ¡Pobres vergonzantes! Suena bien… una casita muy blanca en el campo, alegres cortinas de bonito dibujo, jarros con flores, y un servicio de té con corona que lava una misma. Eso es lo que dicen las novelas. En la vida real, con un hijo que empieza a abrirse paso en una oficina, significa Londres: patronas ceñudas, niños sucios en la escalera, individuos de aspecto repugnante, arenques para el desayuno que nunca son demasiado frescos… etc.

—Si por lo menos… —empezó a decir la señora Saint Vincent—. Pero la verdad, estoy empezando a temer que ni siquiera podamos conservar esta habitación por mucho tiempo.

—Eso significa cambiarla por una sola habitación dormitorio-salita…, ¡qué horror! para las dos —dijo Bárbara—. ¡Y un armario bajo un ladrillo para Ruperto! Y cuando Jim venga a verme, esas viejas haciendo calceta, y tosiendo de esa manera tan desagradable.

Hubo una pausa.

—Bárbara —dijo al fin la señora Saint Vincent—. ¿Querrías…? Quiero decir… ¿Te importaría…?

Se detuvo enrojeciendo ligeramente.

—No es preciso que andes con rodeos, mamá —dijo Bárbara—. Hoy en día ya nadie lo hace. Supongo que te refieres a casarme con Jim. Me encantaría que me lo pidiera, pero mucho temo que no lo haga.

—¡Oh! Bárbara, querida.

—Bueno, una cosa fue verme allí con prima Amy, desenvolviéndome entre lo mejor de la sociedad (como dicen las novelas). *Le gusté*. ¡Ahora vendrá aquí y me verá en este *ambiente*! Y es un hombre extraño, ¿sabes?, exigente y anticuado. A mí… a mí me gusta por eso. Me recuerda Ansteys y el pueblo… todo como estaba hace cientos de años, pero tan… tan… ¡oh…! No sé cómo

decirte… tan fragante. ¡Como el perfume de lavanda!

Se echó a reír semiavergonzada de su vehemencia, y la señora Saint Vincent le habló con cierta ansiedad.

—Me gustaría que te casaras con Jim Masterton —dijo—. Es… uno de los nuestros. Además, goza de buena posición, pero eso no me importaría gran cosa.

—Pues a mí, sí. Estoy harta de pasar apuros.

—Pero, Bárbara, no es…

—¿Sólo por eso? No, le quiero de verdad. Yo… oh, mamá, ¿no *ves* que le quiero?

La señora Saint Vincent se puso triste.

—Ojalá pudiera verte en el ambiente que te corresponde, querida —dijo con pesar.

—¡Oh, bueno! —dijo Bárbara—. ¿Por qué preocuparse? Hemos de procurar ver las cosas con optimismo. Siento haber dicho estas cosas. Animo, mamá.

E inclinándose, besó ligeramente la frente de su madre y se marchó. La señora Saint Vincent, renunciando a seguir con sus cuentas, fue a sentarse en el incómodo sofá. Sus pensamientos giraban en su mente como ardillas enjauladas.

«Pueden decir lo que quieran, pero las apariencias pueden alejar a un hombre al principio. Más tarde no, si está realmente enamorado. Entonces ya sabe cuan dulce y querida es la mujer amada. Pero es tan fácil para los jóvenes el adaptarse a su ambiente. Ruperto, por ejemplo, es completamente distinto de como era antes. No es que quiera que mis hijos sean orgullosos. Nada de eso. Pero me disgustaría que Ruperto se comprometiera con esa jovencita del estanco. Es posible que, en realidad, sea una buena chica, pero no es de nuestra clase. Es todo tan difícil… Pobrecita Babs. Si yo pudiera hacer algo… alguna cosa. ¿Pero de dónde va a salir el dinero? Lo hemos vendido todo para dar a Ruperto la oportunidad de abrirse camino, cuando en realidad no podíamos hacerlo».

Para distraerse, la señora Saint Vincent cogió el *Morning Post*, y empezó a repasar los anuncios de la primera página. La mayoría se los sabía de memoria. Gente que necesitaba capital, gente que no lo tenía, y estaba deseando disponer de él, sólo a cambio de un pagaré; gente que compraba dientes (siempre le había intrigado el

porqué); gente que necesitaba vender pieles y trajes y que tenían una idea optimista en cuanto a su precio. De pronto algo llamó su atención, y poniéndose tensa leyó una y otra vez con gran determinación las letras impresas:

«Sólo para gente bien. Pequeña casa en Westminster, exquisitamente amueblada, se ofrece a quien pudiera interesar. Alquiler puramente nominal. Trato directo».

Un anuncio corriente. Había leído muchísimos iguales… bueno…, casi iguales. Alquiler nominal… ahí es donde estaba la trampa.

Sin embargo, puesto que su deseo era escapar de sus pensamientos, se puso el sombrero en seguida y tomó el autobús correspondiente para dirigirse a la dirección indicada por el anuncio.

Resultó ser la de un agente de ventas, pero no floreciente… sino un lugar de aspecto pobre y anticuado. Con cierta timidez mostró el anuncio que había recortado, y preguntó las condiciones.

El caballero de cabellos blancos que la atendió, se frotó la barbilla con aire pensativo.

—Perfectamente. Sí, perfectamente, señora. Esa casa, la casa que se menciona en el anuncio, es la número siete de Cheviot Place. ¿Desea verla?

—Primero quisiera saber cuánto piden de alquiler.

—¡Oh, el alquiler! La cifra exacta no se ha señalado todavía, pero puedo asegurarle que es puramente nominal.

—Hay opiniones muy distintas sobre lo que llamamos puramente nominal —repuso la señora Saint Vincent.

El anciano caballero se permitió una risita.

—Sí, es un truco antiguo… muy antiguo. Pero puedo darle mi palabra de que en este caso, no. Dos o tres guineas a la semana, tal vez, pero no más.

La señora Saint Vincent decidió pedir autorización para verla. No es que existiera la más remota posibilidad de poder alquilarla, pero, al fin y al cabo, *tenía que verla*. Algún inconveniente debía tener para que la ofrecieran a aquel precio.

Pero el corazón le dio un vuelco al contemplar el exterior del número siete de Cheviot Place. Era una casa única. ¡Estilo Reina Ana, y en perfecta conservación! Un mayordomo le abrió la puerta.

Tenía el cabello y las patillas grises, y la calma ceremoniosa de un arzobispo. Un arzobispo amable, pensó la señora Saint Vincent.

El mayordomo recibió la autorización para ver la casa con aire indulgente.

—Se la enseñaré con mucho gusto, señora. La casa está a punto para ser ocupada.

Y abriendo la marcha, fue anunciando las habitaciones.

—El salón, el despacho, aquí hay un pequeño cuarto de aseo.

Era perfecta… un sueño. El mobiliario todo de la época, cada pieza con señales de uso, pero barnizadas con todo cuidado y cariño. Las alfombras tenían esas hermosas tonalidades suaves, ligeramente desvaídas, de lo antiguo. En todas las habitaciones había jarrones con flores frescas. La parte posterior de la casa daba a Green Park, y todo el lugar irradiaba un atractivo añejo.

A la señora Saint Vincent se le llenaron los ojos de lágrimas que le costó un gran esfuerzo contener. Así había sido Ansteys… Ansteys…

Se preguntó si el mayordomo habría notado su emoción. De ser así, era un criado demasiado perfecto para demostrarlo. Le encantaban aquellos servidores antiguos con los que uno se siente seguro y tranquilo. Eran como amigos.

—Es una casa muy bonita —dijo en tono bajo—. Muy bonita. Me alegro de haberla visto.

—¿Es para usted sola, señora?

—Para mí, y para mi hija y mi hijo. Pero me temo…

Se interrumpió. La deseaba tanto… tantísimo.

Comprendió instintivamente que el mayordomo había entendido, aunque no la miró mientras decía:

—Hay que tener en cuenta, señora, que el propietario prefiere ante todo inquilinos convenientes. Desea que la casa sea ocupada por alguien que sepa cuidarla y apreciarla.

—Yo sabría apreciarla —dijo la señora Saint Vincent en voz baja.

Se volvió para marcharse.

—Gracias por su atención de enseñármela —observó en tono cortés.

—De nada, señora.

Y permaneció en pie junto a la puerta muy correcto, mientras

ella se dirigía a la calle pensando para sus adentros: «Él lo sabe y me compadece. Él también es de la antigua generación. A él le hubiera gustado que me la quedara yo… y no un miembro del partido laborista, o un fabricante de botones. Nuestra clase va desapareciendo, pero nos mantenemos unidos».

Al fin decidió no volver a la agencia. ¿Para qué? Podría pagar el alquiler, pero había que tener en cuenta al servicio. En una casa como aquélla no podía prescindirse de la servidumbre.

A la mañana siguiente encontró una carta junto a su plato. Era de la agencia, y en ella le ofrecían la casa número siete de Cheviot Place durante seis meses por dos guineas a la semana, y agregaban: «Suponemos que habrá tenido en cuenta que los criados seguirán en la casa a cargo del propietario. Realmente es una oferta única».

Lo era. Tan sorprendida estaba que volvió a leer la carta, esta vez en voz alta, y una vez hubo descrito su visita del día anterior la acribillaron a preguntas.

—¡Qué en secreto lo llevabas, mamaíta! —exclamó Bárbara—. ¿Es de veras tan bonita?

Ruperto aclaróse la garganta, y empezó a interrogarla como un juez.

—Detrás de esto se esconde algo. Si quieres saber mi opinión, esto me huele mal. Es decididamente sospechoso.

—Igual que mi huevo —dijo Bárbara arrugando la nariz—. ¡Uf! ¿Por qué habría de haber algo raro en todo esto? Eso es muy propio de ti, Ruperto, siempre viendo misterios por todas partes. Es por culpa de esas terribles novelas policíacas que andas leyendo siempre.

—El alquiler es ridículo —dijo Ruperto—. En la ciudad —agregó dándose importancia— uno se acostumbra a toda clase de cosas raras. Os digo que hay algo extraño en este asunto.

—Tonterías —replicó Bárbara—. La casa pertenece a un hombre de mucho dinero, la quiere, y desea que la ocupen personas decentes durante su ausencia. Algo así. Probablemente el dinero no cuenta para él.

—¿Cuál es la dirección? —preguntó Ruperto, a su madre.

—Cheviot Place, número siete.

—¡Cáscaras! —echó la silla para atrás—. Vaya, esto es emocionante. En esa casa es donde desapareció lord Listerdale.

—¿Estás seguro? —preguntó la señora Saint Vincent con incredulidad.

—Segurísimo. Tiene muchísimas otras casas por todo Londres, pero ésa es la única en que vivía. Salió de ella una tarde diciendo que iba a su club y nadie volvió a verle. Se supone que se habrá marchado al este de África, o algún otro sitio por el estilo, pero nadie sabe por qué. Lo mismo pudieron asesinarle en esa casa. ¿Dices que las paredes están cubiertas de paneles de madera?

—Sí —dijo la señora Saint Vincent con desmayo—; pero…

Ruperto no le dio tiempo para continuar, prosiguiendo con entusiasmo:

—¡Paneles! Ahí tienes. Seguro que hay algún escondite secreto. El cadáver debieron ocultarlo allí y nadie ha podido encontrarlo. Tal vez lo embalsamaron primero.

—Ruperto, querido, no digas tonterías —dijo su madre.

—No seas mal intencionado, tonto —dijo Bárbara—. Has estado yendo demasiado al cine con esa rubia oxigenada.

Ruperto levantóse con dignidad… con toda la dignidad que le permitía su edad ingrata, y les dio el ultimátum final.

—Alquila esa casa, mamaíta. *Yo* descubriré ese misterio. Ya verás como sí.

Y se marchó apresuradamente por temor de llegar tarde a la oficina. Las dos mujeres se miraron.

—¿Podríamos alquilarla, mamá? —murmuró Bárbara con voz trémula—. ¡Oh, si fuera posible!

—Los criados —dijo la señora Saint Vincent con voz patética— tienen que *comer*. Quiero decir que me gustaría tenerlos… pero ahí está el inconveniente. Cuando uno está solo es más fácil pasarse sin las cosas.

Miró tristemente a su hija y ésta asintió.

—Lo pensaremos —dijo la señora Saint Vincent.

Pero en realidad su decisión estaba tomada. Había visto brillar los ojos de Bárbara y pensó para sí: «Jim Masterton *debe* verla en el marco que le corresponde. Ésta es una oportunidad… una oportunidad maravillosa, y debo aprovecharla».

Y sentándose escribió al agente aceptando su oferta.

* * *

—Quintín, ¿de dónde han salido esos lirios? Yo no puedo permitirme el lujo de comprar flores caras.

—Los han enviado de King's Cheviot, señora. Siempre ha existido esa costumbre.

El mayordomo se retiró, y la señora Saint Vincent pudo exhalar un suspiro de alivio ¿Qué haría sin Quintín? Con él todo era *fácil*. Y pensó para sus adentros: «Es demasiado bueno para que dure. Me despertaré pronto, lo sé, y me daré cuenta de que todo ha sido un sueño. Soy tan *feliz* aquí, ya han pasado dos meses… como un relámpago».

Ciertamente la vida había sido muy agradable. Quintín, el mayordomo, se había revelado como el autócrata de la casa número siete de Cheviot Place.

—Lo mejor será que lo deje todo en mis manos, señora —le había dicho con respeto.

Cada semana le mostraba los libros con unos totales muy bajos. Sólo había otros dos criados más, una cocinera y una doncella. De muy buenos modales, y eficientes en sus labores, pero era Quintín quien llevaba la casa. Algunas veces aparecían en la mesa pollos y caza, causando la inquietud de la señora Saint Vincent, pero Quintín la tranquilizaba siempre. Habían sido enviados desde la finca de lord Listerdale, desde King's Cheviot, o desde las propiedades de Yorkshire.

—Siempre ha sido ésa la costumbre, señora —le decía.

La señora Saint Vincent dudaba de si aquellos envíos hubieran sido del agrado del ausente lord Listerdale, y sentíase inclinada a sospechar que Quintín usurpaba la autoridad de su amo. Era evidente que les había cobrado cariño, y que a sus ojos no había nada bastante bueno para ellos.

Como la declaración de Ruperto despertara su curiosidad, la señora Saint Vincent había hecho alguna insinuación respecto a lord Listerdale cuando volvió a visitar a sus agentes de venta. Y el caballero de cabellos grises le había respondido al punto.

Sí, lord Listerdale estaba en el este de África desde hacía dieciocho meses.

—Nuestro cliente es un hombre excéntrico —dijo sonriendo—. Abandonó Londres de la forma más despreocupada, como usted tal vez recordará… Sin decir una palabra a nadie. Los periódicos se

ocuparon de ello. E incluso se hicieron averiguaciones por Scotland Yard. Afortunadamente se recibieron noticias del propio lord Listerdale desde el este de África, dando plenos poderes a su primo, el coronel Carfax. Y él es quien lleva todos los asuntos de lord Listerdale. Sí, me temo que todo esto resulte bastante extraño. Siempre le encantó viajar por las selvas… y es evidente que no regresará en muchos años a Inglaterra, aunque ya va siendo de edad avanzada.

—No creo que sea muy viejo —dijo la señora Saint Vincent, recordando de pronto un rostro cubierto por una barba, muy similar al de un marinero isabelino, que viera una vez en una revista ilustrada.

—De mediana edad —dijo el caballero de la agencia—. Cincuenta y tres años, según Debrett.

Esta conversación la repitió la señora Saint Vincent a Ruperto con la intención de desilusionarle.

Sin embargo, Ruperto continuó en sus trece.

—Ahora me parece más extraño que nunca —declaró—. ¿Quién es ese coronel Carfax? Probablemente heredará el título si algo le ocurriera a Listerdale. Probablemente la carta que se recibió desde África sería un fraude. Dentro de tres años, poco más o menos, ese Carfax simulará su muerte y heredará el título. Entretanto maneja su hacienda. Esto es muy sospechoso.

Y tuvo la benevolencia de dar su aprobación al ver la casa. En su ratos de ocio tenía la costumbre de golpear los paneles de las paredes y tomar medidas calculando la posible colocación de la cámara secreta, pero poco a poco fue desapareciendo su interés por el misterio de lord Listerdale. También decreció su entusiasmo por la hija del estanquero. El ambiente hace milagros.

Para Bárbara aquella casa fue motivo de gran satisfacción. Jim Masterton había ido a verla, convirtiéndose en un asiduo visitante. Él y la señora Vincent se llevaban espléndidamente, y unos días más tarde dijo a Bárbara algo que la sobresaltó.

—¿Sabes que esta casa es un marco maravilloso para tu madre?

—¿Para mamá?

—Sí. ¡Fue hecha para ella! Le pertenece de una forma extraordinaria. En esta casa hay algo extraño, impalpable, como un hechizo.

—No hagas como Ruperto —le suplicó Bárbara—. Está convencido de que el malvado coronel Carfax asesinó a lord Listerdale, escondiendo su cadáver en el suelo.

Masterton echóse a reír.

—Admiro el instinto detectivesco de Ruperto. Yo no me refiero a nada de eso. Pero hay algo extraño en la atmósfera, algo que no se acaba de comprender.

Llevaban tres meses en Cheviot Place cuando Bárbara se presentó ante su madre con el rostro radiante.

—Jim y yo nos hemos prometido. Sí… anoche. ¡Oh, mamá! Todo parece un cuento de hadas hecho realidad.

—¡Oh, querida! Cuánto… cuánto me alegro.

—¿Y sabes que Jim está casi tan enamorado de ti como de mí? —le dijo Bárbara al fin con una risa misteriosa.

La señora Saint Vincent se ruborizó.

—Es cierto —insistió la joven—. Tú pensaste que esta casa sería un marco adecuado para mí, y en realidad lo es para ti. Ruperto y yo no pertenecemos a este ambiente.

—No digas tonterías, querida.

—No son tonterías. Tiene el sabor de un castillo encantado, y tú pareces una princesa encantada, y Quintín es como un… ¡Oh!, como un mago bueno.

La señora Saint Vincent, riendo, tuvo que admitir esto último.

Ruperto recibió la noticia del noviazgo de su hermana con mucha calma.

—Ya me había dado cuenta de que había algo de eso —observó con aire entendido.

Su madre y él estaban cenando solos, pues Bárbara había salido con Jim.

Quintín depositó el oporto ante él y se retiró.

—Es un hombre excelente —dijo Ruperto indicando con la cabeza la puerta que acababa de cerrarse—. Pero hay algo extraño en él… ¿sabes?, algo…

—¿Sospechoso? —le interrumpió la señora Saint Vincent con una ligera sonrisa.

—Vaya, mamá, ¿cómo sabías que iba a decir eso? —preguntó Ruperto con toda seriedad.

—Es una palabra que utilizas mucho, querido. Todo te parece

sospechoso. Supongo que sigues creyendo que fue Quintín quien hizo desaparecer a lord Listerdale enterrándolo debajo del suelo, ¿no es cierto?

—Detrás de un panel de madera —rectificó Ruperto—. Tú siempre confundes las cosas, mamá. No, he hecho las averiguaciones pertinentes. Quintín se encontraba en King' s Cheviot por aquel entonces.

La señora Saint Vincent le sonrió, levantándose para dirigirse al salón. En ciertos aspectos Ruperto iba creciendo mucho.

Sin embargo, por primera vez sintió una sospecha respecto a las razones que impulsaron a lord Listerdale para abandonar Inglaterra tan de improviso. Debía haber algún motivo oculto para tomar una decisión tan rápida. Estaba todavía pensando en ello cuando Quintín entró con el servicio de café, y le habló impulsivamente.

—Usted estuvo mucho tiempo con lord Listerdale, ¿no es cierto, Quintín?

—Sí, señora; desde que era un muchacho de veintiún años. Esto fue en vida del difunto lord. Empecé como tercer lacayo.

—Debe conocer muy bien a lord Listerdale. ¿Qué clase de hombre es?

El mayordomo ladeó un poco la bandeja para que pudiera servirse el azúcar más cómodamente, mientras replicaba con su tono siempre impersonal.

—Lord Listerdale era un caballero muy egoísta; sin ninguna consideración para los demás.

Y cogiendo la bandeja salió de la habitación. La señora Saint Vincent permaneció con la taza de café en la mano con aspecto intrigado.

Le parecía ver algo extraño en aquellas palabras aparte de lo que expresaban. Al instante comprendió lo que había sido.

Quintín había empleado la palabra «era» y no «es». Pero entonces es que debía pensar… que debía creer… Se contuvo. ¡Era tan mal pensada como Ruperto! Pero le asaltó una repentina inquietud, y más tarde recordó que sus sospechas comenzaron a partir de aquel momento.

Con el futuro y la felicidad de Bárbara asegurados, tuvo tiempo para entregarse a sus propias reflexiones, y contra su voluntad, éstas empezaron a centrarse alrededor del misterio de lord Listerdale.

¿Cuál sería la verdadera historia? Fuera la que fuese, Quintín no la ignoraba. Sus palabras habían sido muy extrañas… «un hombre muy egoísta… sin consideración para los demás». ¿Qué se escondía tras ellas? Había hablado como un juez pudiera hacerlo, despegada e imparcialmente.

¿Estaba Quintín complicado en la desaparición de lord Listerdale? ¿Habría tomado parte activa en cualquier tragedia? Al fin y al cabo, por ridículas que le hubieran parecido las suposiciones de Ruperto, aquella carta única en la que daba plenos poderes desde el este de África… bueno, era para despertar sospechas.

Pero por más que lo intentara no consiguió creer que Quintín hubiera podido cometer ningún mal… Quintín, se decía una y otra vez, era *bueno*… Utilizó aquella palabra con la sencillez de un niño. Quintín era *bueno*. ¡Pero sabía algo!

No volvió a hablar con él de su amo, y el tema quedó aparentemente olvidado. Ruperto y Bárbara tenían otras cosas en qué pensar y no hubo más discusiones.

Fue a últimos de agosto cuando sus vagas sospechas cristalizaron en realidades. Ruperto se había ido a pasar quince días de vacaciones con un amigo que tenía una motocicleta con remolque, y unos diez días después de su marcha la señora Saint Vincent quedó sorprendida al verle entrar en la salita donde ella estaba escribiendo.

—¡Ruperto! —exclamó.

—Ya sé que no me esperabas hasta dentro de cinco días, mamá. Pero ha ocurrido algo. Anderson… mi amigo, ya sabes… no tenía predilección por ir a ningún sitio, de manera que yo le sugerí la idea de ir a dar tranquilamente un paseo y echar un vistazo a King's Cheviot…

—¿King's Cheviot? ¿Pero por qué…?

—Tú sabes perfectamente, mamá, que siempre he creído que había algo extraño en esta casa. Pues bien, fui a echar un vistazo a la vieja mansión… está alquilada, ¿sabes…?, y no encontré nada…, sólo estuve curioseando, por así decir. No es que esperase descubrir nada, la verdad.

Sí, pensó su madre; Ruperto se parecía mucho a un perro en aquellos momentos. Dando vueltas y más vueltas por algo vago e indefinido, guiado por un instinto.

—Fue al pasar por un pueblo a unos ocho o nueve kilómetros de allí cuando ocurrió… quiero decir, cuando le vi.

—¿A quién viste?

—A Quintín… que salía de una casita. Aquí hay gato encerrado, me dije, y luego de detenernos, fui a llamar a la puerta y él mismo me abrió.

—Pero no comprendo. Quintín no se ha marchado…

—Ahora te lo explicaré, mamá, si quieres escucharme sin interrumpir. Era Quintín, y no era Quintín, no sé si me entiendes.

Era evidente que la señora Saint Vincent no entendía nada, de manera que tuvo que explicárselo mejor.

—Era Quintín, desde luego, pero no *nuestro* Quintín, sino el auténtico.

—¡Ruperto!

—Escucha. Primero yo también me engañé y dije: «Es usted Quintín, ¿verdad?». Y el hombre respondió: «Cierto, señor, ése es mi nombre. ¿En qué puedo servirle?». Y entonces comprendí que no era nuestro hombre, aunque se le parecía mucho, incluso en la voz. Le hice algunas preguntas y lo averigüé todo. El pobre hombre no tenía la menor idea de que ocurriera algo extraño. Había sido mayordomo de lord Listerdale, pero está ya retirado y cobra una pensión; le dieron aquella casa precisamente por la época en que se supone que lord Listerdale marchó a África. Ya ves a dónde conduce todo esto. Este hombre es un impostor… que está representando el papel de Quintín para sus propios fines. Mi teoría es que aquella noche vino a la ciudad, fingiéndose el mayordomo de King's Cheviot, se entrevistó con lord Listerdale, le asesinó, y escondió su cadáver detrás de los paneles de las paredes. Esta casa es muy antigua y es casi seguro que debe haber un escondite secreto…

—Oh, no vuelvas otra vez a lo mismo —le interrumpió la señora Saint Vincent, molesta—. No puedo soportarlo. ¿Por qué habría de hacerlo…?, eso es lo que quiero saber… ¿por qué? Si es que hizo semejante cosa… lo que no creo ni por un instante mal que te pese… ¿cuál fue la razón imperiosa que le impulsó a matarle?

—Tienes razón —dijo Ruperto—. El móvil… eso es lo importante. Ahora, he hecho averiguaciones. Lord Listerdale tenía muchísimas propiedades. Durante estos dos últimos días he descubierto que, durante los últimos dieciocho meses,

prácticamente casi todas sus casas han sido alquiladas a personas como nosotros por alquileres puramente nominales… *y con la condición de que los criados continuaran en la casa*. En todos los casos el propio Quintín… quiero decir, el hombre que se hace llamar Quintín… ha estado allí un tiempo como mayordomo. Parece como si en alguna de las casas de lord Listerdale hubiera algo escondido… joyas o documentos, y la banda no supiera en cuál de ellas. Yo imagino la existencia de una banda, pero es posible que ese individuo, Quintín, trabaje por su cuenta. Hay un…

La señora Saint Vincent le interrumpió con determinación:

—¡Ruperto! Para de hablar durante un minuto. Me da vueltas la cabeza. De todas formas, lo que estás diciendo son tonterías… bandas y documentos escondidos…

—Existe otra teoría —admitió Ruperto—. Este Quintín pudiera ser alguien a quien lord Listerdale hubiera ultrajado. El auténtico mayordomo me contó una larga historia de un hombre llamado Samuel Lowe… era segundo jardinero, y aproximadamente de la misma talla y constitución del propio Quintín… y que sentía un gran odio hacia Listerdale…

La señora Saint Vincent se sobresaltó.

«Sin la menor consideración para los demás». Las palabras acudieron a su mente en aquel tono inexpresivo en que fueron pronunciadas. Palabras inadecuadas, pero, ¿qué no podrían significar?

Absorta, apenas escuchaba a Ruperto, que le estaba dando una rápida explicación de algo que no entendió, y luego le vio salir corriendo de la estancia.

Entonces volvió a la realidad. ¿A dónde iba Ruperto? ¿Qué se proponía? No había captado sus últimas palabras. Quizás hubiera ido a avisar a la policía. En aquel caso…

Levantóse bruscamente e hizo sonar el timbre, y Quintín acudió con su proverbial prontitud.

—¿Ha llamado la señora?

—Sí. Entre, por favor, y cierre la puerta.

El mayordomo obedeció y la señora Saint Vincent guardó silencio mientras le estudiaba con ansiedad.

Pensaba: «Ha sido muy amable conmigo… nadie sabe hasta qué punto. Los chicos no lo comprenden. Esta absurda historia de

Ruperto tal vez sea una tontería… pero por otra parte, pudiera… sí pudiera… tener algo de verdad. ¿Por qué habría de juzgarle? Uno no puede saber. Me refiero a los derechos, y a los errores que haya en ella. ¡Y yo juraría por mi vida…! ¡Sí, lo haría…! ¡Que éste es un buen hombre!».

Ruborizada y trémula se dispuso a hablarle.

—Quintín, el señorito Ruperto acaba de regresar. Ha estado en King's Cheviot… y en un pueblo cercano.

Se detuvo observando el gesto de sorpresa que él no fue capaz de dominar.

Después del primer momento de sorpresa, Quintín había vuelto a adoptar su compostura habitual, pero sus ojos seguían fijos en su rostro, observantes y alerta, con un brillo que no viera en ellos hasta entonces. Por primera vez eran los ojos de un hombre y no los de un criado.

—Ha visto a alguien… —continuó en el mismo tono mesurado. Mientras pensaba para sus adentros:

«Vaya… ya está advertido. De todas formas ya está advertido». Después de vacilar unos instantes, el mayordomo, con voz que también había cambiado ligeramente, dijo:

—¿Por qué me dice usted todo esto, señora Saint Vincent?

Antes de que pudiera contestarle, se abrió la puerta y Ruperto apareció en la estancia. Iba acompañado de un hombre de mediana edad, con patillas grises y el aire benevolente de un arzobispo. ¡*Quintín*!

—Aquí está —dijo Ruperto—. El verdadero Quintín. Le dejé esperando en un taxi. Vamos, Quintín, mire a este hombre y dígame… ¿Es Samuel Lowe?

Para Ruperto fue un momento triunfal, pero duró poco, porque casi al instante tuvo que reconocer que allí había algún error. El verdadero Quintín parecía avergonzado y violento, mientras que el otro Quintín sonreía con evidente regocijo, y dio una palmada en la espalda de su doble.

—Está bien, Quintín. Supongo que alguna vez había de descubrirse. Puedes decirles quién soy.

El extraño se enderezó.

—Este señor —anunció en tono de reproche—, es mi amo, lord Listerdale.

* * *

Al minuto siguiente ocurrieron muchas cosas. Primera, el desmoronamiento de la arrogante seguridad de Ruperto. Antes de darse cuenta de lo que estaba sucediendo, y todavía con la boca abierta por la sorpresa del descubrimiento, se encontró junto a la puerta, mientras una voz amistosa, que había sido familiar a su oído y ya no lo era, le decía:

—Está bien, muchacho. No ha pasado nada, pero deseo hablar con tu madre. Ha sido un buen trabajo descubrirme así.

Viose en el descansillo contemplando la puerta cerrada. El verdadero Quintín estaba a su lado y se apresuró a darle toda clase de explicaciones. En el interior de la estancia lord Listerdale se enfrentaba con la señora Saint Vincent.

—¡Permítame explicarme… si es que puedo! He sido un egoísta durante toda mi vida… y un día lo comprendí repentinamente. Quise hacer algo por los demás para variar, y siendo un loco un tanto fantasioso, emprendí la tarea con entusiasmo. Me suscribí a las cosas más extrañas, pero comprendí la necesidad de hacer algo… quiero decir… *algo personal*. Siempre he sentido compasión por la clase que no puede mendigar, que debe sufrir en silencio… la gente bien, venida a menos. Siempre tuve muchas casas de mi propiedad, y tuve la idea de prestarlas a personas que… bueno, las necesitaban y supieran apreciarlas. Parejas jóvenes que tuvieran que abrirse camino, viudas con hijos e hijas que empezaban a vivir… Quintín ha sido más que un mayordomo para mí, es un amigo. Con su consentimiento y ayuda copié su personalidad. Siempre tuve talento de actor. La idea se me ocurrió una noche cuando me dirigía al club, y fui directamente a hablar con Quintín. Cuando descubrí que estaban preocupados por mi desaparición, hice llegar aquella carta desde el Este de África. En ella daba instrucciones a mi primo, Maurice Carfax. Y… bueno, esto es en resumen todo lo que hice.

Se interrumpió con cierta timidez, mirando a la señora Saint Vincent con ojos suplicantes. Ella permaneció muy erguida, sin desviar la vista.

—Fue un plan caritativo —le dijo—. Poco corriente, y que habla de su bondad. Le estoy… muy agradecida, pero… comprenderá que no podemos quedarnos…, ¿verdad?

—Lo esperaba —dijo él—. Su orgullo no le permite aceptar lo que usted probablemente considera una «limosna».

—¿Y acaso no lo es? —preguntó ella en tono firme.

—No —repuso lord Listerdale—. Porque yo le pido algo a cambio.

—¿Algo?

—Todo.

El tono de su voz se elevó como la de un hombre acostumbrado a dominar.

—Cuando yo tenía veintitrés años —continuó— me casé con la mujer que amaba. Murió un año después, y desde entonces he estado muy solo. He deseado ardientemente encontrar a cierta dama… la dama de mis sueños.

—¿Y soy yo? —preguntó ella muy bajito—. Soy tan vieja… y estoy tan acabada.

Él rió.

—¿Vieja? Eres más joven que cualquiera de tus hijos. Yo sí que soy viejo.

Pero entonces le tocó reír a ella con gran regocijo.

—¿Tú? Si todavía eres un chiquillo. ¡Un chiquillo a quien le gusta disfrazarse!

Y le tendió ambas manos, que él tomó entre las suyas.

# LA MUCHACHA DEL TREN

—¡Y eso es! —observó Jorge Rowland con rencor contemplando la imponente fachada oscurecida por el humo del edificio que acababa de abandonar.

Podía decirse que representaba adecuadamente el poder del dinero… y el dinero, representado por William Rowland, tío del antes mencionado Jorge, había expresado su opinión con toda libertad. Durante el curso de diez breves minutos, de ser la niña de los ojos de su tío, el heredero de su fortuna, y un joven con una prometedora carrera ante él, se había convertido en un miembro que formaba en las filas del vasto ejército de los sin trabajo.

—Y con estas ropas ni siquiera me darán comida —reflexionó Rowland con tristeza—, y en cuanto a escribir versos y venderlos en la esquina a dos peniques (o «lo que usted quiera darme, señora»), la verdad es que ni eso sabría.

Cierto que Jorge iba embutido en un verdadero triunfo del arte del buen vestir. Llevaba un traje exquisitamente cortado. Poco tenía que envidiar a Salomón y los lirios del campo, pero el hombre no vive sólo de trajes… a menos que sea un experto cortador… y Rowland se daba perfecta cuenta de ello.

«Y todo por culpa del lamentable espectáculo de anoche», reflexionó con pesar.

El lamentable espectáculo había sido un baile en el Covent Garden. Rowland había regresado un poco tarde… o mejor dicho bastante temprano… aunque a decir verdad no podía asegurar que recordase exactamente la hora de su vuelta. Rogers, el mayordomo de su tío, era un individuo útil, que, sin duda, podría dar más detalles al respecto. Y el resultado: la cabeza espesa, una taza de café muy cargado, y la llegada a la oficina a las doce menos cinco, en vez de a las nueve y media, había precipitado la catástrofe. El

señor Rowland, su tío, que durante veinticuatro años se había comportado como un pariente lleno de tacto, había abandonado de repente esta actitud, revelándose bajo un aspecto totalmente distinto. La incongruencia de las contestaciones de Jorge (cuya cabeza seguía abriéndose y cerrándose como cualquier instrumento de la Inquisición) aún le encolerizaron más. William Rowland estaba ya más que harto, y en pocas palabras puso a su sobrino de patitas en la calle, y volvió a ocuparse del interrumpido repaso de unos campos petrolíferos del Perú.

Jorge Rowland sacudió el polvo de la oficina de su tío de sus zapatos, y salió a la ciudad de Londres. Jorge era un individuo práctico, y consideró que una buena comida era necesaria para revisar la situación. Y la tuvo. Luego dirigió sus pasos hacia la mansión familiar. Rogers le abrió la puerta, y su rostro no demostró la menor sorpresa al ver a Jorge a aquella hora desacostumbrada.

—Buenas tardes, Rogers. ¿Quieres preparar mis cosas? Me marcho de aquí.

—Sí, señor. ¿Sólo por pocos días, señor?

—Para siempre, Rogers. Esta tarde salgo para las colonias.

—¿De veras, señor?

—No tengo preferencias. Cualquiera me da lo mismo. Digamos Australia. ¿Qué te parece la idea, Rogers?

Rogers carraspeó discretamente.

—Pues, señor, estoy seguro de haber oído decir que allí hay siempre sitio para cualquiera de desee trabajar de veras.

Rowland le contempló con interés y admiración.

—Muy bien expuesto, Rogers. Precisamente lo que yo estaba pensando. No iré a Australia… por lo menos hoy. Búscame un *A. B. C.*, ¿quieres? Escogeremos algo que esté más a mano.

Rogers le trajo el libro que le pedía, y Jorge lo abrió al azar y enfrascóse a volver las páginas con mano rápida.

—Perth… demasiado lejos… Putney Bridge… demasiado cerca. ¿Ramsgate? Creo que no. Reigate también me deja frío. Vaya… ¡qué cosa más extraordinaria! Existe un sitio llamado Castillo de Rowland. ¿Lo habías oído nombrar, Rogers?

—Creo, señor, que puede usted ir con Waterloo.

—Eres un hombre extraordinario, Rogers. Lo sabes todo. ¡Bien, bien, Castillo de Rowland! Quisiera saber qué clase de lugar es.

—Yo diría que no es muy grande, señor.

—Tanto mejor; así habrá menos competencia. Esas tranquilas aldeas campesinas conservan todavía parte del antiguo espíritu feudal. Los últimos Rowland debieran recibirme con inmediato agrado. No me extrañaría que me eligieran alcalde dentro de una semana.

Cerró el *A. B. C.* con un golpe brusco.

—La suerte está echada. Prepárame una maleta pequeña, ¿quieres, Rogers? Y después de presentar mis respetos a la cocinera, dile que le agradecería me prestara el gato. Cuando uno se propone ser alcalde, un gato es imprescindible.

—Lo siento, señor, pero el gato no está disponible.

—¿Cómo es eso?

—Esta mañana acaba de tener ocho gatitos.

—No me digas. Yo pensaba que se llamaba *Peter*.

—Yo también, señor. Ha sido una gran sorpresa para todos.

—Un caso de bautismo equivocado… confusión de sexo, ¿verdad? Bueno, bueno, tendré que irme sin gato. Prepárame las cosas en seguida, ¿quieres?

—Muy bien, señor.

Rogers desapareció para reaparecer diez minutos después.

—¿Quiere que llame un taxi, señor?

—Sí, haz el favor.

Rogers tuvo un instante de vacilación y luego dio un paso hacia delante.

—Me perdonará la libertad, señor, pero yo en su lugar no haría mucho caso de lo que el señor Rowland dijera esta mañana. Anoche fue a una de esas cenas y…

—No digas más —dijo Jorge—. Comprendo.

—Y como padece de gota…

—Lo sé, lo sé. Habrá sido una noche terrible para ti, Rogers, gracias a nosotros dos, ¿verdad? Pero me he propuesto distinguirme en el Castillo de Rowland… la cuna de mi raza histórica… esto quedaría bien en un discurso, ¿no te parece? Y un telegrama, o un discreto anuncio en los periódicos de la mañana, me recordará en cualquier momento que se prepara estofado de ternera. Y ahora ¡a Waterloo…! como dijo la noche de la histórica batalla.

La estación de Waterloo no estaba aquella tarde tan animada

como otras veces. Rowland encontró el tren que debía llevarle a su destino, pero era un tren anodino… vulgar, un tren en el que nadie parecía tener interés en viajar. Jorge encontró un vagón de primera clase para él solo, a la cabeza del tren. La niebla iba descendiendo sobre la metrópoli… y sus jirones ora se abrían, ora se espesaban. El andén estaba desierto, y sólo la respiración asmática de la máquina rompía el silencio.

Y entonces, de pronto, empezaron a ocurrir cosas con rapidez sorprendente.

Primero apareció una muchacha, que abriendo la puerta penetró en el compartimiento en el momento en que Rowland empezaba a dormirse, y exclamó:

—¡Oh! Escóndame… ¡Oh! Escóndame, por favor.

Jorge era un hombre de acción por excelencia… nunca preguntaba el porqué de las cosas, y aquello parecía cuestión de vida o muerte. Sólo hay un lugar donde poder esconderse en un compartimiento del tren… debajo del asiento. En siete segundos la joven se había refugiado allí, y la maleta de Jorge, colocada como por descuido junto a un extremo, cubría su retirada. No fue demasiado pronto. Un rostro iracundo asomó por la ventanilla.

—¡Mi sobrina! Usted la ha ocultado aquí. Quiero a mi sobrina.

Jorge, un tanto falto de respiración, estaba reclinado en un rincón, absorto en la columna deportiva del periódico de la tarde, treinta y una edición. Lo dejó a un lado con el aire de un hombre que vuelve de muy lejos.

—¿Cómo dice usted, señor? —le preguntó cortés.

—Mi sobrina… ¿qué ha hecho usted con mi sobrina?

Considerando que la política del ataque es siempre mejor que la de defenderse, Jorge entró en acción.

—¿Qué diantre está diciendo? —exclamó con una magnífica imitación de los modales de su tío.

El otro se interrumpió un instante sorprendido por su repentina ferocidad. Era un hombre grueso, que todavía jadeaba un poco como si hubiera estado corriendo. Llevaba el cabello cortado *en brosse*, y un bigote a lo Hohenzollern. Su voz era decididamente gutural, y la rigidez de su tórax denotaba que se encontraba más cómodo dentro de su uniforme que fuera de él. Jorge sentía el prejuicio instintivo de un verdadero británico contra los

extranjeros… y una repulsión especial por los germánicos.

—¿Qué diantre está diciendo? —repitió enojado.

—Ella entró aquí —dijo el otro—. Yo la vi. ¿Qué es lo que ha hecho con ella?

Jorge dobló el periódico y asomó la cabeza y los hombros por la ventanilla.

—De manera que es esto, ¿verdad? —rugió—. Chantaje. Pero se ha equivocado de persona. Esta mañana he leído todo lo referente a usted en el *Daily Mail*. ¡Aquí, guardia, guardia!

Un agente se acercó corriendo.

—Oiga, guardia —dijo Rowland con ese aire de autoridad que adoran las clases inferiores—. Este individuo me está molestando. Si es necesario le denunciaré por intento de chantaje. Dice que tengo a su sobrina escondida aquí. Hay una banda de extranjeros que se dedican al chantaje. Debieran impedirlo. Lléveselo, ¿quiere? Aquí tiene mi tarjeta por si la desea.

El guardia miró primero al uno y luego al otro, y pronto se decidió. Le habían enseñado a despreciar a los extranjeros, y a respetar y admirar a los caballeros bien vestidos que viajaban en primera.

Apoyó su mano en el hombro del intruso.

—Vamos —dijo—, usted se viene conmigo.

En aquel momento falló el inglés del extranjero y se puso a maldecir en su lengua nativa.

—Basta —dijo el guardia—. Apártese ya, ¿quiere? El tren va a salir.

Se dio la señal con la bandera, sonó el silbato y con una sacudida el tren salió de la estación.

Jorge permaneció en su puesto de observación hasta que hubieron dejado atrás el andén, y entonces retiró la cabeza de la ventanilla, y cogiendo su maleta la colocó en la red.

—Está bien. Ya puede salir —dijo en tono tranquilizador.

La muchacha obedeció.

—¡Oh! —exclamó—. ¿Cómo puedo agradecérselo?

—No tiene importancia. Ha sido un placer, se lo aseguro —replicó Jorge galante.

Le sonrió para tranquilizarla. En sus ojos vio una expresión ligeramente intrigada… como si echara de menos algo a lo que

estaba acostumbrada. En aquel momento, viéndose en el cristal, contuvo el aliento.

No se sabe a ciencia cierta si los encargados de la limpieza limpian o no debajo de los asientos de los trenes. Las apariencias son de que no lo hacen, pero es posible que las partículas de polvo y carbonilla se abran camino como una paloma mensajera. Jorge apenas había tenido tiempo de fijarse en la apariencia de la joven, tan repentina fue su llegada y tan breve el espacio de tiempo transcurrido antes de meterse en su escondite, pero estaba seguro de que era una muchacha joven, pulcra y bien vestida la que desapareciera debajo del asiento. Ahora su sombrerito rojo estaba abollado y sucio, y su rostro desfigurado por largos tizones de polvo.

—¡Oh! —exclamó la muchacha.

Y empezó a revolver en su bolso. Jorge, con el tacto de un auténtico caballero, permaneció con la mirada fija en la ventanilla admirando las calles londinenses al sur del Támesis.

—¿Cómo podré agradecérselo? —volvió a decir la joven.

Considerando que aquello era una indirecta para reanudar la conversación, Jorge retiró la vista de la ventanilla para volver a contarle galantemente, pero esta vez con algo más de calor.

¡La joven era realmente encantadora! Jorge tuvo que confesar que nunca había visto una muchacha más adorable. El *empressement* de sus modales se hizo más acentuado.

—Ha estado usted magnífico —dijo ella entusiasmada.

—En absoluto. Ha sido la cosa más sencilla del mundo. Estoy muy satisfecho de haberle sido de utilidad —murmuró Jorge.

—Estuvo magnífico —repitió la joven.

Sin duda es agradabilísimo ver a la muchacha más adorable del mundo mirándose en nuestros ojos y diciéndonos que nos encuentra magníficos, y Jorge disfrutó tanto como cualquiera.

Luego se hizo un silencio embarazoso. Parecía que la joven necesitaba explicarse, y enrojeció ligeramente.

—Lo más desagradable —dijo nerviosa—, es que no puedo explicarme.

Le miró con aire lastimero.

—¿No puede explicarse?

—No.

—¡Espléndido! —dijo Rowland con entusiasmo.

—¿Cómo dice?

—He dicho, «espléndido». Es como esas novelas que le mantienen a uno despierto toda la noche. La protagonista siempre dice «no puedo explicarme» en el primer capítulo. Y claro está, se explica en el último, y nunca hay una razón verdadera para que no lo hiciera desde el principio… como no sea que estropearía la historia. No puedo decirle lo que celebro verme mezclado en un auténtico misterio… no sabía que existieran estas cosas. Espero que tenga algo que ver con documentos secretos de inmensa importancia, y el expreso de los Balkanes. Adoro el expreso de los Balkanes.

La joven le miró con recelo.

—¿Por qué ha dicho usted el expreso de los Balkanes? —preguntó intrigada.

—Espero no haber sido indiscreto —se apresuró a responder Jorge—. Tal vez su tío viajaba en él…

—Mi tío… —se detuvo y luego volvió a decir sin terminar—: Mi tío…

—Cierto —dijo Jorge con simpatía—. Yo también tengo un tío. Nadie debiera ser responsable de sus tíos. La naturaleza es muy caprichosa… así es como yo lo veo.

La joven se echó a reír impulsivamente, y al hablar, Jorge observó su ligero acento extranjero. Al principio la había tomado por inglesa.

—Qué persona más tranquilizadora y original es usted, señor…

—Rowland. Jorge para mis amigos.

—Me llamo Isabel…

Se detuvo bruscamente.

—Me gusta ese nombre —dijo Jorge para disimular su momentánea confusión—. ¿No la llamarán Belita, o cualquier otra cosa horrible, supongo?

Ella meneó la cabeza.

—Bien —continuó Jorge—, ahora que nos conocemos, será mejor que pasemos a tratar de negocios. Si se levanta le sacudiré la espalda de su abrigo.

Ella obedeció y Jorge cumplió bien su cometido.

—Gracias, señor Rowland.

—Jorge. Recuerde, Jorge para mis amigos. Y no es posible que entre usted en mi departamento, se esconda debajo del asiento, me induzca a mentir a su tío, y luego se niegue a que seamos amigos, ¿no le parece?

—Gracias, Jorge.

—Así está mejor.

—¿Estoy bien ahora? —preguntó Isabel intentando mirar por encima de su hombro la espalda de su abrigo.

—¡Está bien…! ¡Oh! Sí… ahora está perfectamente —dijo Jorge conteniéndose.

—Comprenda, ha sido todo tan repentino —exclamó la joven.

—Debe haberlo sido.

—El nos vio en el taxi y luego en la estación. Yo me metí aquí sabiendo que me seguía de cerca. A propósito, ¿a dónde va este tren?

—Al Castillo de Rowland —replicó Jorge en tono firme.

La muchacha pareció extrañarse.

—¿El Castillo de Rowland?

—Claro que después de varias paradas. Pero confidencialmente, yo espero llegar allí antes de medianoche. La antigua compañía Sur-Oeste… era de confianza…, lenta pero segura… y estoy convencido de que los ferrocarriles del sur conservan las antiguas tradiciones.

—No sé si debo ir al Castillo de Rowland —dijo Isabel pensativa.

—No me ofenda. Es un lugar delicioso.

—¿Ha estado alguna vez allí?

—Pues, exactamente, no. Pero hay muchísimos otros sitios a donde puede ir, si no le atrae el Castillo de Rowland. Tal vez prefiera Wokin, Wedbridge o Wimbledon. Seguro que el tren se detiene en alguno de ellos.

—Ya. Sí, podría apearme allí, y tal vez regresar a Londres en coche. Creo que ése sería el mejor plan.

Mientras hablaba, el tren comenzó a disminuir su marcha y Rowland la miró con ojos suplicantes.

—Si puedo hacer algo…

—No, ya ha hecho usted bastante.

Hubo una pausa y al fin la joven volvió a romper el silencio.

—Yo… ojalá pudiera explicarme. Yo…

—¡Por lo que más quiera, no lo haga! Lo estropearía todo. Pero

escuche, ¿no hay nada que yo pueda hacer? ¿Llevar los papeles secretos a Viena… o algo por el estilo? Siempre hay documentos secretos. Déme una oportunidad.

El tren se había detenido e Isabel bajó precipitadamente al andén. Luego volvió su rostro ansioso y le habló a través de la ventanilla.

—¿Habla usted en serio? ¿Querría hacer algo por nosotros… por mí?

—Haría lo que fuese por usted, Isabel.

—¿Aunque no pudiera explicarle los motivos?

—¡Al diablo los motivos!

—¿Aunque fuese… peligroso?

—Cuanto más peligroso, mejor.

Tras vacilar unos instantes pareció tomar una determinación.

—Inclínese fuera de la ventanilla y mire el andén como si en realidad no lo mirara —el señor Rowland apresuróse a obedecer aquella orden tan difícil—. ¿Ve usted a ese hombre que sube al tren… que lleva una pequeña barba negra… y un abrigo claro? Sígale, y vigile lo que hace y a dónde va.

—¿Eso es todo? —preguntó Rowland—. ¿Qué he de…?

Ella le interrumpió:

—Luego le enviaremos más instrucciones. Vigílele… y guarde esto —puso en su mano un paquete sellado—. Guárdelo con su vida. Es la clave de todo.

El tren siguió adelante y Rowland permaneció contemplando por la ventanilla la figura alta y graciosa de Isabel, que se alejaba por el andén. En su mano aprisionaba el paquetito sellado.

El resto de su viaje fue monótono y aburrido. El tren era muy lento y se detenía en todas partes. En cada estación, Jorge se asomaba a la ventanilla, para ver si se apeaba su presa. Cuando la parada prometía ser larga, se bajaba al andén para asegurarse de que el hombre seguía allí.

El destino eventual del tren era Portsmouth, y fue allí donde se apeó el sujeto de la barba. Se dirigió a un pequeño hotel de segunda clase, donde le dieron habitación, y Rowland hizo lo propio.

Las habitaciones estaban en el mismo pasillo, separadas sólo por dos puertas. Aquello satisfizo a Jorge. Era un completo novato en el arte de la persecución, pero estaba deseando aprender y justificar la

confianza de Isabel.

Para cenar, dieron a Jorge una mesa próxima a su presa. El comedor no estaba lleno y la mayoría de los comensales le parecieron viajantes de comercio… hombres muy respetables que engullían los alimentos con apetito. Sólo un hombre atrajo su atención… uno menudo, de cabellos y bigotes rubios, y aspecto de hombre acostumbrado a tratar con caballos. También él parecía interesarse por Jorge, y cuando terminaron de cenar le propuso una partida de billar, pero Jorge había visto que el hombre de la barba negra se ponía el sombrero y el abrigo, y se negó cortésmente. Al minuto siguiente estaba en la calle en pos de aquel sujeto. La persecución fue larga y pesada… y al fin pareció no conducir a parte alguna. Después de deambular por las calles de Portsmouth por espacio de cuatro kilómetros, el hombre regresó al hotel, y Jorge pisándole los talones. Una duda asaltó a nuestro héroe. ¿Era posible que aquel hombre se hubiera percatado de su presencia? Mientras discutía esta cuestión, de pie en el vestíbulo, se abrió la puerta principal y entró el hombrecillo de cabellos rubios. Al parecer, también él había salido a dar un paseo.

Jorge se dio cuenta en el acto de que la hermosa damisela que estaba en conserjería se dirigía a él.

—El señor Rowland, ¿verdad? Dos caballeros han venido a verle. Dos extranjeros. Están en el saloncito del final del pasillo.

Un tanto asombrado, Jorge buscó la estancia en cuestión. Los dos caballeros que se hallaban sentados allí, se pusieron de pie para saludarle ceremoniosamente.

—¿El señor Rowland? No me cabe la menor duda, señor, de que adivina nuestra identidad.

Jorge miró primero a uno y luego al otro. El que había hablado era el mayor de los dos, un caballero ceremonioso de cabellos grises que hablaba un excelente inglés. Su acompañante era un joven alto, rubio, de rostro granujiento y constitución germánica, que no perdía atractivo a pesar del ceño fiero que ostentaba en aquellos momentos.

Bastante aliviado al ver que ninguno de sus visitantes era el caballero que encontrara en Waterloo, Jorge adoptó su aire más cortés.

—Por favor, siéntense, caballeros. Encantado de conocerles.

¿Quieren tomar algo?

El más anciano alzó ligeramente la mano en son de protesta.

—Gracias, lord Rowland… Sólo disponemos de poco tiempo… el preciso para que usted responda a una pregunta.

—Es usted muy amable al darme ese título —repuso Jorge—. Y lamento que no quieran tomar nada. ¿Cuál es esa pregunta tan trascendental?

—Lord Rowland, usted salió de Londres en compañía de cierta dama. Y llegó aquí solo. ¿Dónde está la dama?

Jorge se puso en pie.

—No comprendo su pregunta —dijo en tono frío, imitando en todo lo posible a un héroe de novela—. Tengo el honor de desearles muy buenas noches, caballeros.

—Pero usted sí que la entiende. La comprende perfectamente —exclamó el más joven interviniendo de improviso—. ¿Qué ha hecho usted de Alexa?

—Cálmese, señor —murmuró el otro—. Le ruego que conserve la calma.

—Puedo asegurarle —dijo Jorge—, que no conozco a ninguna dama de ese nombre. Debe haber algún error.

El más anciano le miraba de hito en hito.

—No es posible —replicó en tono seco—. Me tomé la libertad de examinar el libro de registro del hotel. Usted se inscribió como J. Rowland del Castillo de Rowland.

Jorge se vio obligado a ruborizarse.

—Una… una pequeña broma mía —explicó.

—Una excusa muy trivial. Vamos, déjese de rodeos, ¿dónde está su alteza?

—Si se refiere a Isabel…

Con un arrebato de furor el joven volvió a adelantarse.

—¡Insolente! Hablar de ella en esos términos.

—Me refiero —dijo el otro despacio—, como usted sabe muy bien, a la gran duquesa Anastasia Sofía Alexandra María Elena Olga Isabel de Catonia.

—¡Oh! —exclamó Rowland sin poder contenerse.

Trató de recordar todo lo que sabía de Catonia… Que él supiese, era un pequeño pueblo de los Balkanes, y tenía idea de que había habido allí una revolución. Volvió a la realidad con un esfuerzo.

—Evidentemente nos referimos a la misma persona —dijo alegremente—, sólo que *yo* la llamo Isabel.

—Tendrá que darme una satisfacción —gruñó el más joven—. Nos batiremos.

—¿Batirnos?

—En duelo.

—Yo nunca me bato —replicó Rowland con determinación.

—¿Por qué no? —preguntó el otro en tono desagradable.

—Tengo demasiado miedo de que me hieran.

—¡Ah! ¿Por eso? Entonces por lo menos me daré el gusto de tirarle de la nariz.

Y el joven avanzó con fiereza. Lo que ocurrió es algo difícil de explicar, pero describió un repentino círculo en el aire para luego caer al suelo pesadamente. Se levantó aturdido ante la mirada sonriente de Rowland.

—Como iba diciendo —observó—, siempre temo que me hieran. Por eso creí conveniente aprender jiujitsu.

Hubo una pausa. Los dos extranjeros contemplaron vacilantes a aquel joven de aspecto amable, como si hubieran comprendido de pronto que tras sus modales corteses se escondía una cualidad peligrosa. El joven teutón estaba lívido de ira.

—Se arrepentirá de eso —siseó.

El anciano recuperó su compostura.

—¿Es su última palabra, lord Rowland? ¿Se niega a comunicarnos el paradero de su alteza?

—Lo ignoro.

—No esperará que lo crea.

—Temo que sea usted de naturaleza incrédula, señor.

El otro limitóse a mover la cabeza, murmurando:

—Este no es el fin. Volverá a saber de nosotros —y los hombres se despidieron.

Jorge se pasó la mano por la frente. Los acontecimientos se precipitaban con rapidez sorprendente. Sin duda se hallaba mezclado en un escándalo europeo de primera categoría.

—Tal vez represente otra guerra —pensó Jorge esperanzado, mientras se volvía para ver lo que había sido del hombre de la barba negra.

Para su tranquilidad le descubrió sentado en un extremo del

salón. Jorge ocupó la esquina opuesta, y al cabo de tres minutos el hombre de la barba se levantó yendo a acostarse. Jorge le siguió hasta verle entrar en su habitación y cerrar la puerta. Entonces exhaló un suspiro de alivio.

—Necesito descansar —murmuró—. Lo necesito desesperadamente.

Entonces le asaltó un temor. Suponiendo que el hombre de la barba hubiera comprendido que le seguía los pasos… ¿Y si escapaba durante la noche mientras Jorge dormía el sueño de los justos? Unos minutos de reflexión bastaron a Rowland para encontrar un medio de vencer aquella dificultad. Deshizo uno de sus calcetines hasta tener una hebra de lana lo bastante larga, y luego, saliendo sigilosamente de su habitación, pegó uno de sus extremos en la puerta del desconocido con un pedazo de papel de goma, y luego hizo llegar hasta su propio dormitorio. Allí cogió el otro extremo atándole una campanilla de plata… recuerdo de la juerga de la noche anterior. Hizo todos estos preparativos con gran satisfacción. Cuando el hombre de la barba negra intentara abandonar la habitación, le avisaría instantáneamente el tintineo de la campanilla.

Una vez hechos estos arreglos, Jorge no perdió tiempo y se acostó. Colocó el paquete sellado cuidadosamente debajo de la almohada, y luego se entregó a un ejercicio mental. Sus pensamientos podían traducirse así:

«Anastasia, Sofía, María, Alejandra, Olga, Isabel. Diantre, me he olvidado uno. Quisiera saber…».

Fue incapaz de dormirse inmediatamente, pues se lo impedía su afán de desentrañar la situación. ¿Qué significaba todo aquello? ¿Qué relación había entre la gran duquesa fugitiva, el paquete sellado y el hombre de la barba negra? ¿De qué huía la gran duquesa? ¿Sabían los dos extranjeros que el paquete sellado estaba en su poder? ¿Qué contenía?

Dando vueltas a estas cuestiones e irritado por no ver cercana la solución, Rowland se quedó dormido.

Le despertó un ligero tintineo de la campanilla. No era de esos hombres que entren inmediatamente en acción al despertarse, y necesitó un minuto y medio para hacerse cargo de la situación. Entonces saltó de la cama, se puso las zapatillas y abriendo la

puerta con sumas precauciones, salió al pasillo. Una leve sombra moviéndose por el centro del mismo le indicó la dirección de su hombre, y avanzando en el mayor silencio, le fue siguiendo. Llegó con el tiempo justo para ver cómo el barbudo desaparecía en el cuarto de baño. Aquello era muy extraño, pues había otro precisamente al lado de su habitación. Acercándose más a la puerta, que estaba entreabierta, Jorge atisbó por la rendija. El barbudo estaba de rodillas junto a la bañera haciendo algo en el borde de la misma. Permaneció allí durante unos cinco minutos y luego se puso en pie, momento que fue aprovechado por Jorge para emprender una prudente retirada. Una vez a salvo en la penumbra de su habitación, observó desde allí cómo el otro entraba en la suya.

—Bien —díjose—. Mañana por la mañana habrá que investigar el misterio del cuarto de baño.

Se metió en la cama, deslizando su mano debajo de la almohada para asegurarse de que el paquete sellado seguía allí. Al minuto siguiente estaba revolviendo frenéticamente toda la ropa de la cama presa de pánico. ¡El paquete había desaparecido!

A la mañana siguiente fue un triste Jorge el que se sentó a desayunar huevos con jamón. Había defraudado a Isabel, permitiendo que le arrebataran el precioso paquete que ella le confiara y lo del «misterio del cuarto de baño» fue un truco miserable. Sí, no cabía duda de que Jorge había hecho el ridículo.

Después de desayunar, volvió a subir. En el pasillo encontró a una camarera con aspecto perplejo.

—¿Le ocurre algo? —Le preguntó Jorge amablemente.

—Se trata del caballero de esta habitación, señor. Me pidió que le llamara a las ocho y media, y no me contesta y la puerta está cerrada.

—No me diga —replicó Jorge.

Una extraña inquietud le fue invadiendo y corrió a su habitación. Cualesquiera que fuesen los planes que estuviera trazando fueron dejados de lado ante la vista de algo inesperado. Allí, sobre la cómoda, estaba el paquetito que le habían robado la noche anterior.

Jorge lo cogió para examinarlo. Sí, sin duda era el mismo, pero el sello había sido roto. Tras, un minuto de vacilación lo desenvolvió. Si otras personas habían visto su contenido, ¿por qué

razón no podía también él? Además, era posible que hubieran robado su contenido. Al quitar el papel que lo envolvía descubrió una cajita de cartón, de las que emplean los joyeros. La abrió. En su interior, sobre un lecho de algodón en rama, había un sencillo aro de boda.

Lo cogió, examinándolo. No llevaba ninguna inscripción en su interior… nada que lo diferenciara de cualquier otro anillo de oro. Jorge escondió la cabeza entre las manos, exhalando un gemido.

—Es una locura —murmuró—. Eso es lo que es. Una locura. No tiene sentido.

De pronto recordó la declaración de la camarera, y al mismo tiempo observó que fuera de la ventana había un ancho parapeto. Era algo que normalmente no hubiera hecho, pero, tentado por la curiosidad y el coraje, estaba dispuesto a hacer frente a las dificultades. Saltó al repecho de la ventana, y pocos segundos después se asomaba a la de la habitación ocupada por el hombre de la barba negra. La ventana estaba abierta y la habitación vacía. Un poco más allá había una escalera de incendios. Era evidente que su presa ya había tomado las de Villadiego.

Jorge saltó al interior del dormitorio. Las pertenencias del fugitivo estaban esparcidas por doquier. Tal vez entre ellas hubiese algo que iluminara su perplejidad. Empezó a buscar, comenzando por el contenido de una maleta desvencijada.

Fue un ruido el que interrumpió su registro… un ruido muy ligero, pero que sin duda había sonado en la habitación. Jorge dirigió la vista hacia el gran armario guardarropa, y acercándose a él abrió la puerta de golpe. Al hacerlo, un hombre saltó de su interior, cayendo sobre él. Rodaron por el suelo abrazados. No era un contrincante despreciable, y todos los trucos conocidos por Jorge le valieron de bien poco. Al fin se separaron casi exhaustos y por primera vez pudo ver quién era su adversario. ¡El hombrecillo del bigote rubio!

—¿Quién diablos es usted? —le preguntó Jorge.

Por respuesta el otro le entregó una tarjeta que Jorge leyó en voz alta.

—«Detective inspector Jarrold, de Scotland Yard».

—Eso es, señor. Y ahora hará bien en decirme todo lo que sepa de este asunto.

—¿Usted cree? —dijo Jorge pensativo—. ¿Sabe usted, inspector? Creo que tiene razón. ¿No podríamos ir a un lugar más alegre?

En un apacible rincón del bar, Jorge desnudó su alma, mientras el inspector Jarrold le escuchaba con simpatía.

—Muy extraño, como bien dice usted, señor —observó cuando Jorge hubo terminado—. Hay muchas cosas que no tienen ni pies ni cabeza, pero hay uno o dos puntos que puedo aclararle. Yo vine aquí siguiendo a Mardenber (su amigo de la barba negra), y su aparición y su vigilancia me hicieron entrar en sospechas. Anoche me introduje en su habitación, cuando usted había salido, y fui yo quien le quitó el paquetito sellado de debajo de la almohada. Al abrirlo vi que no era lo que yo andaba buscando y aproveché la primera oportunidad para devolvérselo.

—Desde luego, eso aclara un poco las cosas —repuso Jorge pensativo—. Parece que no he hecho más que ponerme en ridículo.

—Yo no diría eso, señor. Lo hizo muy bien para ser un principiante. ¿Dice que visitó el cuarto de baño esta mañana y se llevó lo que había escondido detrás de la bañera?

—Sí. Pero es sólo una estúpida carta de amor —dijo Jorge con pesar—. ¡Maldita sea! No era mi intención meterme en la vida privada de ese pobre diablo.

—¿Le importaría dejar que la viera, señor?

Jorge sacó la carta doblada de su bolsillo y se la entregó al inspector, que se dispuso a leerla.

—Una vulgar carta amorosa, como usted dice. Pero me parece que si trazara líneas desde el punto de una *i* a otra, obtendría un resultado muy distinto. Vaya, Dios le bendiga, señor, éste es el plano de las defensas del puerto de Portsmouth.

—¿Qué?

—Sí. Hace tiempo que habíamos echado el ojo a ese caballero, pero era demasiado listo para nosotros. Tiene a una mujer que hace el trabajo más sucio.

—¿Una mujer? —dijo Jorge aturdido—. ¿Cuál es su nombre?

—Se la conoce por muchos, señor. El más corriente es Betty Brighteyes. Es una mujer muy atractiva.

—Betty… Brighteyes —dijo Jorge—. Gracias, inspector.

—Perdóneme, señor, ¿no se encuentra bien?

—No. Estoy muy enfermo. En resumen, creo que será mejor que

tome el primer tren para regresar a la ciudad.

El inspector consultó su reloj.

—Me temo que sea un poco lento, señor. Será mejor que espere al expreso.

—No importa —replicó Jorge con voz lúgubre—. Ninguno será más lento que el que me trajo ayer.

Sentado una vez más en un departamento de primera clase, Jorge repasó perezosamente las noticias del día. De pronto se irguió sobresaltado ante lo que leían sus ojos.

«Una boda romántica tuvo lugar ayer en Londres. Lord Rolando Gaigh, segundo hijo del marqués de Exminster, contrajo matrimonio con la gran duquesa Anastasia de Catonia. La ceremonia se mantuvo en el más absoluto secreto. La gran duquesa había estado viviendo en París con su tío desde la sublevación de Catonia. Conoció a lord Rolando cuando era secretario de la Embajada británica en Catonia y su noviazgo data desde entonces».

—Vaya, que me…

Rowland no supo encontrar nada lo bastante fuerte para expresar sus sentimientos, y continuó mirando fijamente al vacío. El tren se detuvo en una pequeña estación y subió una dama que fue a sentarse delante de él.

—Buenos días, Jorge —le dijo con voz dulce.

—¡Cielos! —exclamó Jorge—. ¡Isabel!

Ella le sonrió. Estaba más bonita que nunca, si ello fuera posible.

—Escuche —suplicó Jorge, llevándose las manos a la cabeza—. Dígame, por amor de Dios, ¿es usted la gran duquesa Anastasia o Betty Brigtheyes?

Ella le miró.

—Ninguna de las dos. Soy Isabel Gaigh. Ahora puedo explicárselo todo, y también disculparme. Comprenda. Rolando (es mi hermano) siempre había estado enamorado de Alexa…

—¿Se refiere a la gran duquesa?

—Sí, es así como la llaman en familia. Pues bien, como le decía, Rolando siempre estuvo enamorado de ella, y ella de él. Y entonces vino la revolución, y Alexa estuvo en París, y ya iban a arreglarlo todo cuando el viejo Stüum, el canciller, se presentó insistiendo en llevarse a Alexa y obligarla a casarse con el príncipe Karl, su primo, un ser sencillamente horrible… y presuntuoso.

—Me parece que le he conocido —replicó Jorge.

—A quien ella odiaba. Y el viejo príncipe Osric, su tío, le prohibió volver a ver a Rolando. De manera que huyó a Inglaterra, y yo vine a reunirme con ella, y telegrafié a Rolando, que estaba en Escocia. Y en el último momento, cuando nos dirigíamos al Registro Civil en un taxi, nos encontramos frente a frente con el viejo príncipe Osric, que iba en otro taxi. Claro que nos siguió, y estábamos desesperados sin saber qué hacer, porque hubiera hecho una escena terrible, y además es su guardián. Entonces se me ocurrió la brillante idea de cambiarme con ella. Hoy en día no se ve nada más que la punta de la nariz de una joven. Me puse el sombrero rojo de Alexa y su abrigo castaño, y ella el mío gris. Entonces dijimos al taxista que nos llevara a Waterloo, y allí yo me apeé entrando apresuradamente en la estación. El viejo Osric siguió el sombrero rojo, sin pensar ni un momento en la otra ocupante del taxi que permanecía acurrucada en su interior, pero naturalmente no debía ver mi rostro. Así que me introduje en su departamento y me abandoné a su clemencia.

—Lo demás ya lo sé —dijo Jorge—. Me lo merecía.

—No diga eso. Tengo que disculparme. Espero que no esté enfadado. Comprenda, parecía tan interesado por vivir un verdadero misterio… como en las novelas, que no pude resistir la tentación. Escogí un hombre de aspecto siniestro que había en el andén y le dije a usted que le siguiera. Y luego le entregué el paquete.

—Conteniendo un anillo de boda.

—Sí. Alexa y yo lo compramos porque Rolando no debía llegar de Escocia hasta el momento de la boda. Y naturalmente, yo sabía que cuando pudiera regresar a Londres ya no lo necesitarían… Habrán utilizado una argolla de cortina o cualquier otra cosa.

—Comprendo —dijo Jorge—. Es lo que ocurre siempre… ¡es tan sencillo cuando se sabe! Permítame un instante, Isabel.

Y quitándole el guante exhaló un suspiro de alivio al ver su dedo anular desnudo.

—Estupendo —observó—. Al fin y al cabo este anillo servirá para algo.

—¡Oh! —exclamó Isabel—. ¡Pero si yo no sé nada de usted!

—Sabes lo simpático que soy —replicó Jorge—. A propósito,

acaba de ocurrírseme que tú debes ser lady Isabel Gaigh, naturalmente.

—¡Oh! Jorge, ¿acaso eres un *snob*?

—A decir verdad lo soy bastante. Mi mejor sueño fue uno en el que el rey Jorge me pedía prestada media corona para pasar el fin de semana. Pero estaba pensando en mi tío… el que me ha despedido. El sí que es un *snob* terrible… ¡Cuando sepa que voy a casarme contigo me convertirá en seguida en su socio!

—¡Oh, Jorge! ¿Eres muy rico?

—Isabel, ¿acaso eres interesada?

—Mucho. Me encanta gastar dinero. Pero estaba pensando en mi padre. Tiene cinco hijas pletóricas de belleza y sangre azul y está deseando encontrar un yerno rico.

—¡Um!… —replicó Jorge—. Será uno de esos enlaces preparados por el cielo y aprobados en la tierra. ¿Viviremos en el Castillo de Rowland? Seguro que me hacen alcalde, siendo tú mi mujer. ¡Oh, querida Isabel! Es probable que lo prohíban las leyes de la Compañía, pero no puedo remediarlo, he de besarte.

# UN CANTAR POR SEIS PENIQUES

Sir Eduardo Palliser, K. C., vivía en el número nueve del pasaje Reina Ana. El pasaje Reina Ana es un callejón sin salida. En el mismo corazón de Westminster, tiene un ambiente de paz como de otros tiempos muy alejados del tumultuoso siglo XX, y muy de acuerdo con la personalidad de sir Eduardo Palliser.

Sir Eduardo había sido uno de los abogados criminalistas más eminentes de su época, y ahora que ya no ejercía su profesión, su afición predilecta era coleccionar una buena biblioteca de obras policíacas. Era además autor de un libro sobre reminiscencias de criminales célebres.

Aquella tarde, sir Eduardo hallábase sentado delante de la chimenea de su biblioteca saboreando un excelente café negro, y entregado a la lectura de una obra de Lombroso. Unas teorías muy ingeniosas… pero muy pasadas de moda.

La puerta abrióse casi sin hacer ruido y su criado avanzó sobre la mullida alfombra murmurando discretamente:

—Una joven desea verle, señor.

—¿Una joven?

Sir Eduardo estaba sorprendido. Aquello era algo que se salía del curso normal de los acontecimientos. Luego reflexionó que podía tratarse de su sobrina Ethel… pero no, en este caso Armour se lo hubiera dicho.

Le preguntó con cautela:

—¿No le ha dado su nombre?

—No, señor; pero dijo que estaba segura de que usted la recibiría.

—Hágala pasar —dijo sir Eduardo Palliser agradablemente intrigado.

Una joven alta, morena, de unos treinta años, que vestía un traje

de chaqueta negro y un sombrerito del mismo color, se acercó a sir Eduardo con la mano extendida y expresión de reconocimiento. Armour retiróse, cerrando la puerta tras sí.

—Sir Eduardo… me conoce, ¿verdad? Soy Magdalena Vaughan.

—Vaya, claro. —Estrechó calurosamente la mano que le tendía.

Ahora la recordaba perfectamente. ¡Aquel viaje que hizo desde América en el *Siluric*! Aquella encantadora criatura… Porque entonces ella era poco más que una niña. Recordaba haberle hecho el amor, con la discreción de un hombre de mundo ya mayor. Ella era tan adorable… tan joven… tan vehemente… tan llena de admiración y adoración por el héroe… lo preciso para cautivar el corazón de un hombre que rayaba en los sesenta. El recuerdo agregó un calor especial a su apretón de mano.

—Ha sido muy amable viniendo a verme. Siéntese, por favor —le acercó un sillón sin cesar de hablar mientras se preguntaba por qué habría venido.

Cuando al fin terminó la charla intrascendente, se hizo un silencio.

La joven abría y cerraba la mano que tenía sobre el brazo del sillón, mientras humedecía sus labios. Al fin habló… bruscamente.

—Sir Eduardo…, quiero que usted me ayude.

El murmuró sorprendido:

—¿Sí?

La joven continuó hablando con más vehemencia:

—Usted dijo que si alguna vez necesitaba ayuda… que si había algo que pudiera hacer por mí… lo haría.

Sí, él lo *había* dicho. Son de esas cosas que se dicen siempre… sobre todo en el momento de la despedida. Recordaba incluso cómo se le quebró la voz… al besar su mano.

«*Si hay algo que pueda hacer por usted, recuerde que le digo de corazón*…».

Sí, se dicen esas cosas… ¡pero qué pocas veces tiene uno que cumplirlas! Y mucho menos después de… ¿cuántos?… nueve o diez años. La miró con presteza… seguía siendo una joven atractiva, pero había perdido lo que para él resultaba encantador… aquella juventud impecable. Quizás ahora su rostro resultase más interesante… un hombre más joven tal vez lo creyera así… pero sir Eduardo estaba ya muy lejos de sentir aquella emoción cálida que

sintiera al término de su viaje por el Atlántico.

Su rostro adquirió una expresión de recelo y dijo en tono rápido:

—Cierto, mi querida jovencita. Estaré encantado de poder hacer lo que esté en mi mano… aunque dudo de que hoy en día pueda ya ayudar a nadie.

Si se preparaba su retirada, ella no hizo el menor caso. Era de esas personas que sólo pueden ver una cosa… y lo que veía en aquel momento era su propia necesidad, y dio por sentado que sir Eduardo estaba dispuesto a ayudarla.

—Estamos en un apuro terrible, sir Eduardo.

—¿Estamos? ¿Se ha casado usted?

—No… Me refiero a mi hermano y a mí. ¡Oh! Y a William y Emilia también. Pero debo explicarme. Yo tenía… yo tenía una tía… la señorita Crabtree. Quizás usted lo haya leído en los periódicos. Fue horrible. Murió… asesinada.

—¡Ah! —un relámpago de interés iluminó el rostro de sir Eduardo—. Hará cosa de un mes, ¿verdad?

La muchacha asintió.

—Bastante menos que eso… tres semanas.

—Sí, lo recuerdo. Le golpearon en la cabeza en su propia casa, y no pudieron coger al culpable.

Magdalena Vaughan volvió a asentir.

—No le cogieron… ni creo que consigan cogerle nunca. Comprenda… puede que no exista tal hombre.

—¿Qué?

—Sí… es horrible. En los periódicos no se ha publicado nada, pero eso es lo que cree la policía. *Saben* que nadie se acercó a la casa aquella noche.

—¿Quiere decir…?

—Que fue uno de nosotros cuatro. *Tuvo* que serlo. No saben cuál ni *nosotros* tampoco… No lo *sabemos*. Y cada día nos miramos llenos de sospechas y recelos. ¡Oh!, si hubieran sido de fuera… pero no pudo ser…

Sir Eduardo la miró cada vez más interesado.

—¿Quiere decir que los miembros de la familia están bajo sospecha?

—Sí, eso es lo que quiero decir. La policía no lo ha dicho, naturalmente. Son muy educados y amables, pero han registrado la

casa, nos han interrogado a todos una y otra vez, y a Marta también… Y como no saben quién fue, están atados de pies y manos. Estoy tan asustada… tan asustada…

—Mi querida joven. Vamos, sin duda exagera…

—No exagero. Es uno de nosotros cuatro… tiene que serlo.

—¿Quiénes son los cuatro a que se refiere?

Magdalena sentóse muy erguida y habló con más calma.

—Pues yo, y Mateo. Tía Lily era tía abuela nuestra. Era hermana de mi abuela. Vivíamos con ella desde que teníamos catorce años (ya sabe que somos gemelos). Y luego William Crabtree, que es sobrino… hijo de su hermana. Vivía allí también con su esposa Emilia.

—¿Les mantenía ella?

—Más o menos. El tiene algo de dinero propio, pero no es muy fuerte y tiene que vivir en casa. Es un hombre quieto y soñador. Estoy segura de que es imposible que él hiciera… ¡oh! ¡Es horrible que yo lo piense siquiera!

—Todavía estoy lejos de comprender la situación. Quizá no le importe hacerme un resumen de los hechos… si no le molesta mucho.

—¡Oh! No…, quiero contárselo. Y todo lo recuerdo claramente todavía… con espantosa claridad. Habíamos tomado el té, ¿comprende?, y cada uno fue a sus ocupaciones. Yo a coser un poco. Mateo a escribir un artículo… hace un poco de periodismo; William a ocuparse de sus sellos. Emilia no quiso bajar a tomar el té. Se había tomado una aspirina y estaba descansando. Así que todos estábamos ocupados y entretenidos. Y cuando a las siete y media Marta fue a servir la mesa para la cena, tía Lily estaba… muerta… ¡Tenía la cabeza…, oh…, es horrible…, deshecha!

—Creo que encontraron el arma…

—Sí. Fue un pisapapeles muy pesado que estaba siempre sobre la mesa junto a la puerta. La policía lo examinó a ver si encontraba huellas dactilares, pero no había ninguna. Había sido limpiado cuidadosamente.

—¿Y su primera suposición cuál fue?

—Naturalmente pensamos que habría sido un ladrón. El escritorio tenía dos o tres cajones abiertos, como si el ladrón hubiera estado buscando algo. ¡Claro que supusimos que había sido

un ladrón! Y luego llegó la policía… y dijeron que llevaba muerta por lo menos una hora, y preguntamos a Marta quién había entrado en casa, y Marta dijo que nadie. Y todas las ventanas estaban cerradas por dentro, y no daban muestras de haber sido forzadas. Y entonces empezaron a interrogarnos…

Se detuvo respirando trabajosamente. Sus ojos asustados e implorantes buscaron los de sir Eduardo.

—Por ejemplo, ¿quién se beneficia con la muerte de su tía?

—Eso es sencillo. Todos nos beneficiamos por igual. Dejó todo su dinero dividido en partes iguales entre nosotros cuatro.

—¿Y a cuánto asciende su fortuna?

—El abogado nos dijo que quedarían ochenta mil libras después de pagar los derechos del Estado.

Sir Eduardo abrió los ojos con ligera sorpresa.

—Es una suma considerable. Usted conocía, supongo, el total de la fortuna de su tía.

Magdalena meneó la cabeza.

—No… fue una sorpresa para todos. Tía Lily tenía siempre mucho cuidado con el dinero. Sólo tenía una criada y hablaba siempre de economía.

Sir Eduardo asintió con aire pensativo, y Magdalena se inclinó un poco hacia delante.

—Me ayudará usted…, ¿verdad?

Sus palabras fueron una sorpresa desagradable para sir Eduardo, que en aquel momento ya iba interesándose por la historia.

—Mi querida joven… ¿qué puedo hacer yo? Si desea consejo legal puedo darle algún nombre…

Ella le interrumpió.

—¡Oh! ¡Yo no quiero nada de eso! Quiero que me ayude personalmente… como amigo.

—Es usted muy amable, pero…

—Quiero que venga a nuestra casa. Quiero que haga preguntas. Quiero que vea y juzgue por usted mismo.

—Pero, mi querida señorita…

—Recuerde… usted me lo prometió. En donde sea… cuando sea… dijo… dijo… si necesitara ayuda…

Sus ojos suplicantes y confiados se clavaron en los suyos haciéndole avergonzarse y conmoverse. Aquella avasalladora

sinceridad, su absoluta fe en una cortés promesa hecha diez años atrás, que ella consideraba como algo sagrado. ¡Cuántos hombres no habrían pronunciado las mismas palabras… eran casi un clisé!… Y qué pocos habrían sido requeridos nunca para cumplirlas.

Dijo en tono bastante débil.

—Estoy seguro de que habrá muchas personas que puedan aconsejarle mejor que yo.

—Tengo muchísimos amigos…, por supuesto —le divirtió ver la ingenuidad con que lo afirmaba—. Pero comprenda, ninguno es inteligente como usted. Usted está acostumbrado a interrogar a la gente. Y con toda su experiencia tiene que *saber*.

—¿Saber qué?

—Si son inocentes o culpables.

Sonrió con bastante pesar. ¡Se enorgullecía de *haber sabido* casi siempre, aunque en muchas ocasiones su opinión particular no fuese la misma del jurado!

Magdalena se echó el sombrero hacia atrás con gesto nervioso y mirando a su alrededor dijo:

—Qué tranquilo es este sitio. ¿No echa de menos a veces un poco de ruido?

A pesar suyo aquellas palabras dichas al azar le conmovieron. Un *callejón sin salida*. Sí, pero siempre hay un medio de salir… por el mismo que se ha entrado… se vuelve al mundo… Una fuerza impetuosa y juvenil le invadió. Su sencilla confianza afectó la parte mejor de su naturaleza… y la clase de su problema al criminalista innato que había en él. Deseaba ver a aquellas personas de quien le hablaba. Lo deseaba para formar su propio juicio.

Le dijo:

—Si está realmente convencida de que puedo serle útil… Pero no le garantizo nada.

Esperaba que le abrumara su gratitud, pero lo tomó con mucha calma.

—Sabía que lo haría. Siempre le he considerado un verdadero amigo. ¿Quiere venirse conmigo ahora?

—No. Creo que lo mejor será que mañana vaya a hacerle una visita. ¿Quiere darme el nombre y la dirección del abogado de la señorita Crabtree? Quiero hacerle unas cuantas preguntas.

Ella se lo anotó en un papel, y luego se puso en pie y dijo con

cierta timidez:

—Yo… le estoy muy agradecida. Adiós.

—¿Y su dirección?

—¡Qué tonta soy! Paseo Palatino 18, Chelsea.

* * *

Eran las tres de la tarde siguiente cuando sir Eduardo Palliser se aproximaba al número 18 del Paseo Palatino con su paso sobrio y mesurado. En aquel intervalo había averiguado varias cosas. Fue aquella mañana a Scotland Yard, donde el ayudante del comisario era muy amigo suyo, y se entrevistó también con el abogado de la difunta señorita Crabtree. Como resultado tenía una visión más clara del asunto. La disposición que la señorita Crabtree hizo de su dinero fue bastante peculiar. Nunca utilizó el libro de cheques. En vez de eso, tenía la costumbre de escribir a su abogado y pedirle cierta cantidad en billetes de cinco libras. Casi siempre pedía la misma suma. Trescientas libras tres veces al año. Ella misma iba a recogerla en un coche, pues consideraba que éste era el único medio seguro de transporte. Aparte de esto, nunca abandonaba su casa.

En Scotland Yard, sir Eduardo averiguó que la cuestión económica de la señorita Crabtree había sido revisada cuidadosamente. La difunta había estado casi a punto de solicitar una nueva cantidad de dinero. Sin duda las anteriores trescientas libras habían sido gastadas… o casi liquidadas. Pero esto no pudo saberse con exactitud. Repasando los gastos de la casa, se puso de relieve en seguida que los gastos de la señorita Crabtree por trimestre no llegaban ni con mucho a las trescientas libras. Por otra parte ella tenía la costumbre de enviar billetes de cinco libras a sus amigos o parientes necesitados. Y el punto discutible era si en el momento de su muerte había mucho dinero o poco dinero en la casa. No se encontró ni un céntimo.

Y era este punto en particular el que ocupaba la mente de sir Eduardo mientras avanzaba por el Paseo Palatino.

La puerta de la casa (que no tenía sótano) le fue abierta por una mujer de edad, menuda y de mirada despierta. Le introdujo en una doble habitación situada a la izquierda del reducido vestíbulo y allí

acudió Magdalena. Con mayor claridad que antes vio en su rostro las huellas de la tensión nerviosa.

—Me dijo usted que hiciera preguntas, y a eso he venido —le dijo sir Eduardo sonriente mientras le estrechaba la mano—. Ante todo deseo saber quién fue el último en ver viva a su tía y la hora exacta en que eso sucedió.

—Fue después del té… a las cinco. Marta fue la última que la vio. Aquella tarde había estado pagando las cuentas, y llevó a tía Lily el cambio y las facturas.

—¿Tiene confianza en Marta?

—¡Oh, absoluta! Llevaba con tía Lily unos… oh… creo que unos treinta años. Es honrada como la que más.

Sir Eduardo asintió.

—Otra pregunta. ¿Por qué tuvo que tomarse una aspirina su prima, la señora Crabtree?

—Pues porque le dolía la cabeza.

—Naturalmente, pero, ¿había alguna razón especial para que le *doliera*?

—Pues, en cierto modo, sí. Durante la comida hubo una escena. Emilia es muy excitable y extraordinariamente sensible, y ella y tía Lily discutían a veces.

—¿Y discutieron durante la comida?

—Sí. Tía Lily era bastante pesada por pequeñeces. Todo empezó por nada… y luego se pusieron como el perro y el gato… Emilia diciendo toda clase de cosas que no es posible que las sintiera… que se marcharía de la casa para no volver… que se le reprochaba cada bocado que comía… ¡oh!…, toda clase de tonterías. Y tía Lily dijo que cuanto antes ella y su marido hicieran las maletas y se marcharan, tanto mejor. Pero en realidad no significaba nada.

—¿Porque el señor y la señora Crabtree no podían permitirse el lujo de marcharse?

—Oh, no sólo por eso. William quería mucho a tía Lily. De verdad.

—¿No sería un día de peleas por casualidad?

Magdalena se ruborizó.

—¿Se refiere a mí? ¿La discusión que tuve por querer ser maniquí?

—¿Su tía no estaba de acuerdo?

—No.

—¿Por qué quería usted ser maniquí, señorita Magdalena? ¿Es que esa clase de vida le parece muy atrayente?

—No, pero cualquier cosa sería mejor que continuar viviendo aquí.

—Sí, entonces. Pero ahora tendrá usted una buena renta, ¿verdad?

—¡Oh, sí, *ahora* es muy distinto!

Lo admitió con la mayor sencillez.

El sonrió, pero no insistió sobre el mismo tema. En vez de hacerlo dijo:

—¿Y su hermano? ¿También discutió?

—¿Mateo? Oh, no.

—¿Entonces nadie puede decir que tuviera motivos para desear deshacerse de su tía?

Pudo observar el momentáneo desaliento que reflejóse en su rostro.

—Lo olvidaba —dijo sir Eduardo como por casualidad—. Su hermano debía mucho dinero, ¿verdad?

—Sí, ¡pobre Mateo!

—No obstante, ahora se pondrá a flote.

—Sí… —suspiró la joven—. Es un alivio.

¡Y siguió sin ver nada! Sir Eduardo apresuróse a cambiar de tema.

—¿Sus primos y su hermano están en casa?

—Sí; les dije que iba usted a venir. Todos están deseando ayudarle. Oh, sir Eduardo… no sé por qué tengo la impresión de que usted descubrirá que todo está perfectamente… que ninguno de nosotros ha tenido nada que ver con… que, al fin y al cabo, fue un extraño quien la mató.

—Yo no puedo hacer milagros. Tal vez llegue a descubrir la verdad, pero yo no puedo hacer que la verdad sea la que usted desea.

—¿No puede? Yo creo que puede hacerlo… que puede hacerlo todo.

Salió de la habitación mientras él se preguntaba inquieto: «¿Qué habrá querido decir con eso? ¿Es que quiere sugerirme una línea de defensa? Pero, ¿a quién he de defender?».

Sus meditaciones fueron interrumpidas por la entrada de un hombre de unos cincuenta años. Era de constitución robusta, aunque andaba un tanto encorvado. Vestía con cuidado y llevaba el cabello bien peinado. Parecía de buen carácter, aunque un tanto despistado.

—¿Sir Eduardo Palliser? Oh, ¿cómo está usted? Magdalena me ha pedido que viniera. Es usted muy amable al querer ayudarnos. Aunque no creo que en realidad llegue a descubrirse nada. Quiero decir que no pescarán a ese individuo.

—Entonces usted cree que fue un ladrón… ¿alguien de fuera de casa?

—Tuvo que serlo. No es posible que fuese nadie de la familia. Esos individuos son muy listos hoy en día, trepan como gatos, y entran y salen como quieren.

—¿Dónde estaba usted cuando ocurrió la tragedia, señor Crabtree?

—Estaba entretenido con mis sellos… en el saloncito que tengo arriba.

—¿Oyó usted algo?

—No… pero no acostumbro a oír nada cuando estoy abstraído. Es una tontería de mi parte, pero es verdad.

—¿El saloncito a que se refiere está encima de esta habitación?

—No, está en la parte de atrás.

Volvió a abrirse la puerta y entró una mujer rubia retorciéndose las manos nerviosamente. Parecía temerosa y excitada.

—William, ¿por qué no me has esperado? Te dije que me «esperaras».

—Lo siento, querida, lo olvidé. Sir Eduardo Palliser… mi esposa.

—¿Cómo está usted, señora Crabtree? Espero que no le moleste el que haya venido aquí a hacer algunas preguntas. Sé lo ansiosos que están todos ustedes por aclarar las cosas.

—Naturalmente. Pero yo no puedo decirle nada… ¿no es cierto, William? Yo estaba dormida… en mi cama… y sólo me desperté al oír gritar a Marta cuando ésta descubrió el cadáver.

Continuó retorciéndose las manos.

—¿Dónde tiene usted su habitación, señora Crabtree?

—Encima de ésta, pero no oí nada… ¿cómo quiere que lo oyera si estaba dormida?

No pudo sacarla de aquí. No sabía nada… no había oído nada… estaba durmiendo. Y lo repetía con la obstinación de una mujer asustada. No obstante, sir Eduardo sabía muy bien lo que aquello podría significar… que fuese la pura verdad.

Al fin se disculpó… diciendo que deseaba hacer algunas preguntas a Marta. William Crabtree se ofreció para acompañarle a la cocina. En el recibidor, sir Eduardo casi tropieza con un hombre joven, alto y moreno que se dirigía a la puerta principal.

—¿Es usted el señor Mateo Vaughan?

—Sí… pero escuche, no puedo entretenerme. Tengo una cita.

—¡Mateo! —era la voz de su hermana llamando desde lo alto de la escalera—. ¡Oh! Mateo, me prometiste…

—Lo sé, hermanita. Pero no puedo. Tengo que encontrarme con un individuo. Y de todas formas, ¿de qué sirve hablar una y otra vez de lo mismo? Ya tuvimos bastante con la policía. Estoy harto de toda esta comedia.

La puerta se cerró con estrépito. Mateo Vaughan acababa de marcharse.

Sir Eduardo fue acompañado hasta la cocina. Marta estaba planchando y se interrumpió sosteniendo la plancha en la mano.

Sir Eduardo cerró la puerta a sus espaldas.

—La señora Vaughan me ha pedido que la ayude —le dijo—. Espero que no tendrá inconveniente en que le haga algunas preguntas.

Ella le miró y luego meneó la cabeza.

—No fue ninguno de ellos, señor. Sé lo que está pensando, pero se equivoca. Son las personas mejores del mundo.

—No me cabe la menor duda. Pero el que lo sean no representa ninguna prueba para nosotros, ¿comprende?

—Tal vez no, señor. La ley es algo extraña. Pero hay pruebas… como usted dice, señor. Ninguno de ellos puede haberlo hecho sin que *yo* me enterase.

—Pero…

—Sé lo que me digo, señor. Mire, escuche esto…

«Esto» es un crujido que sonó encima de sus cabezas.

—La escalera, señor. Cada vez que sube o baja alguien cruje de manera lastimosa. No importa lo despacio que una vaya. La señorita Crabtree estaba acostada en su cama, y el señor Crabtree

entretenido en sus dichosos sellos; la señorita Magdalena estaba arriba también cosiendo a máquina, y si alguno de ellos hubiera bajado la escalera lo hubiese sabido. ¡Y no bajaron!

Habló con tal seguridad que impresionó al abogado, haciéndole pensar:

«Una buena testigo. De las que convencen».

—Pudo usted no darse cuenta.

—Sí, lo hubiera notado aun sin fijarme, por así decir. Como usted se da cuenta cuando se cierra una puerta y sale alguien.

Sir Eduardo aseguró su posición.

—Usted responde por tres de ellos, pero queda el cuarto. ¿Estaba también arriba míster Vaughan?

—No, estaba en ese cuartito de la planta baja. Esa puerta de ahí al lado. Y escribía a máquina. Se oye perfectamente desde aquí. Su máquina no cesó de funcionar ni un momento. Ni un solo momento, señor. Puedo jurarlo. Un ruido bastante impertinente, vaya si lo es, y desde luego inconfundible.

Sin Eduardo hizo una pausa.

—Fue usted quien la encontró, ¿verdad?

—Sí, señor. Estaba tendida en el suelo con el cabello empapado en sangre. Y nadie oyó el menor ruido debido al teclear de la máquina del señorito Mateo.

—Tengo entendido que usted asegura que nadie entró en la casa.

—¿Cómo iban a entrar sin que yo lo supiera? El timbre suena aquí. Y sólo hay una puerta.

La miró de hito en hito.

—¿Quería usted mucho a la señorita Crabtree?

Una expresión de cálido afecto… auténtico… inconfundible… apareció en su rostro.

—Sí, señor; vaya si la quería. Porque la señorita Crabtree… bueno, ahora voy saliendo adelante y no me importa decirlo. Cuando yo era joven me vi en un apuro, señor, y la señorita Crabtree se puso a mi lado… y cuando todo pasó volvió a tomarme a su servicio. Hubiera dado la vida por ella… ¡vaya si lo hubiera hecho!

Sir Eduardo conocía cuando una persona era sincera, y Marta lo era.

—Entonces, que usted sepa, nadie entró por la puerta…

—Nadie pudo haberlo hecho.

—He dicho que *usted sepa*. Pero si la señorita Crabtree hubiera estado esperando a alguien… y le hubiese abierto la puerta ella misma…

—¡Oh! —Marta pareció sorprendida.

—Supongo que eso sí es posible —le preguntó sir Eduardo.

—Es posible… sí…, pero no muy probable. Quiero decir…

Evidentemente estaba sorprendida. No podía negarlo, y no obstante deseaba hacerlo. ¿Por qué? Porque sabía que la verdad era otra. ¿Sería eso? Cuatro personas en la casa… ¿una de ellas culpable? ¿Quería Marta defender a aquella pandilla culpable? ¿*Habría* crujido la escalera? ¿Bajó alguien cautelosamente y Marta sabía quién era?

Ella era honrada… de eso sir Eduardo estaba convencido.

Presionó este punto observándola.

—Supongo que la señorita Crabtree pudo hacerlo. La ventana de esta habitación da a la calle. Pudo ver quien esperaba desde la ventana y salir al recibidor para abrirle… la puerta. Tal vez no quería que nadie viera a esa persona… fuese hombre o mujer.

Marta parecía algo turbada, al fin admitió de mala gana:

—Sí, puede que tenga razón, señor. No lo había pensado. Quizás esperase a un caballero… sí, es posible.

Fue como si empezase a vislumbrar las ventajas de aquella idea.

—Usted fue la última que la vio, ¿verdad?

—Sí, señor. Después de retirar el servicio de té. Le llevé los libros de cuentas y el cambio del dinero que me había dado.

—¿Se lo entregó en billetes de cinco libras?

—En un solo billete de cinco libras, señor —dijo Marta extrañada—. La cuenta no ascendía nunca a más de cinco libras. Soy muy cuidadosa.

—¿Dónde guardaba el dinero?

—No lo sé exactamente, señor. Yo diría que lo llevaba siempre encima… en su bolso de terciopelo negro. Pero claro está que podía guardarlo en alguno de los cajones de su dormitorio que estaban cerrados con llave. Era muy aficionada a encerrarlo todo, aunque siempre perdía las llaves.

Sir Eduardo asintió.

—¿Usted no sabe cuánto dinero tenía… me refiero en billetes de

cinco libras?

—No, señor; no puedo decir exactamente la cantidad.

—¿Y no le dijo nada que pudiera indicarle que esperaba a alguien?

—No, señor.

—¿Está bien segura? ¿Qué le dijo exactamente?

—Pues… —Marta reflexionó—. Dijo que el carnicero no era más que un bribón y un tramposo; que yo había comprado una libra más de té, y que la señora Crabtree era una tonta porque no le gustaba la margarina. No le gustó una de las monedas de seis peniques que le di de cambio… una de esas nuevas con hojas de roble… dijo que era falsa, y me costó mucho trabajo convencerla. Y dijo además… oh, que el pescatero le había enviado arenques en vez de pescadillas y que si yo se lo había dicho. Yo le dije que sí… y la verdad, creo que eso es todo, señor.

El discurso de Marta proporcionó a sir Eduardo una descripción detallada de la difunta mejor que ninguna otra, y dijo como por casualidad:

—Era una señora bastante difícil de complacer, ¿verdad?

—Un poco pesada, pero comprenda, la pobrecilla no salía a menudo, y estando todo el día encerrada, en algo había de entretenerse. Era impertinente, pero de buen corazón… nunca se iba ningún mendigo de esta casa con las manos vacías. Es posible que fuese cargante, pero era una dama muy caritativa.

—Marta, celebro que por lo menos haya dejado una persona que la llore.

La anciana sirvienta contuvo el aliento.

—Quiere usted decir…, oh, pero si todos la querían… en el fondo… de veras… Discutían con ella de cuando en cuando, pero eso no significaba nada.

Sir Eduardo alzó la cabeza. Se había oído un crujido arriba.

—Es la señorita Magdalena que baja.

—¿Cómo lo sabe? —le preguntó.

La anciana enrojeció.

—Conozco su manera de andar —murmuró.

Sir Eduardo abandonó rápidamente la cocina. María tenía razón. Magdalena llegaba en aquel momento al pie de la escalera y le miró esperanzada.

—No he llegado muy lejos todavía —dijo sir Eduardo respondiendo a su mirada y agregó—: ¿Sabe por casualidad si su tía recibió alguna carta el día de su muerte?

—Están todas juntas. Y la policía ya las ha examinado.

Y le condujo al gran salón doble, y abriendo un cajón sacó un bolso de terciopelo negro de forma anticuada y cierre de plata.

—Este es el bolso de mi tía. Todo está igual que estaba el día de su muerte. Lo he conservado así.

Sir Eduardo le dio las gracias y se dispuso a vaciar su contenido sobre la mesa. Como había imaginado, era una muestra clásica del bolso de una vieja excéntrica.

Había algunas monedas de plata, dos nueces, tres recortes de periódico que hablaban de la caja de Juana Soutchcott; un poema mal impreso sobre los sin trabajo; un almanaque; un pedazo grande de alcanfor; varios pares de lentes y tres cartas, una de alguien llamada «Prima Lucy», un recibo por la compostura de un reloj, y una petición de dinero de una institución benéfica necesitada de socorro.

Sir Eduardo lo revisó todo cuidadosamente, luego volvió a meterlo en el bolso y se lo entregó a Magdalena para que lo guardase.

—Gracias, señorita Magdalena. Me temo que aquí no hay gran cosa.

Se puso en pie y desde la ventana observó que se divisaba una buena vista de los escalones de la entrada, y entonces tomó la mano de Magdalena entre las suyas.

—¿Se marcha usted?

—Sí.

—Pero… ¿irá todo bien?

—Nadie que tenga relación con la Ley se compromete nunca haciendo una declaración como esa —dijo sir Eduardo en tono solemne, y aprovechando para escaparse.

Avanzó por la calle perdido en sus pensamientos. El problema estaba allí bajo su mano… y no lo había resuelto. Necesitaba algo… una pequeña cosa… sólo para indicarle el camino.

Una mano se posó en su hombro sobresaltándole. Era Mateo Vaughan, un tanto falto de aliento.

—Le he estado siguiendo, sir Eduardo. Quiero disculparme por

mis modales de hace una hora. Pero tengo el peor genio del mundo. Es usted muy amable al preocuparse por este asunto. Por favor, pregúnteme lo que quiera. Si hay algo que yo pueda hacer por ayudarle…

De pronto sir Eduardo se irguió con la vista fija… no en Mateo… sino al otro lado de la calle… Algo extrañado, Mateo repitió:

—Si puedo ayudarle en algo…

—Ya lo ha hecho usted, mi querido joven —dijo sir Eduardo—. Por haberme detenido precisamente aquí y haciendo fijar mi atención en algo que de otro modo me hubiera pasado por alto.

Señaló al otro lado de la calle, donde había un pequeño restaurante.

—¿*Los Veinticinco Mirlos*? —preguntó Mateo.

—Exacto.

—Es un nombre extraño…, pero creo que dan bien de comer.

—No correré el riesgo de probar el experimento —repuso sir Eduardo—. Estando más cerca de los días de su niñez, que yo, mi joven amigo, probablemente recordará las canciones de cuna. Hay una clásica que dice, si no recuerdo mal: *Canta el canto de seis peniques, del puñado de laurel, de los veinticuatro mirlos cocidos en un pastel*…, etcétera. El resto no nos concierne.

Y dio media vuelta.

—¿A dónde va usted? —le preguntó Mateo Vaughan.

—De nuevo a su casa, amigo mío.

Caminaron en silencio, y Mateo Vaughan no cesaba de dirigir miradas de extrañeza a su compañero. Sir Eduardo, una vez en la casa, dirigióse a un cajón, cogió el bolso de terciopelo y lo abrió.

Miró a Mateo y el joven abandonó la habitación de mala gana.

Sir Eduardo vació la calderilla sobre la mesa. Luego asintió… Su memoria no le había fallado.

Se puso en pie para hacer sonar el timbre, y al hacerlo deslizó algo en la palma de su mano.

Marta respondió a su llamada.

—Si no recuerdo mal, Marta, usted me dijo que tuvo una pequeña discusión con su ama por cuestión de una moneda de seis peniques nueva.

—Sí, señor.

—¡Ah! Pero lo curioso es, Marta, que entre esta calderilla, *no*

*hay ninguna moneda nueva de seis peniques*. Hay dos de seis peniques, pero las dos son antiguas.

Ella le contempló con extrañeza.

—¿Comprende lo que eso significa? *Alguien llegó a la casa aquella noche… alguien a quien su ama entregó seis peniques*… Yo creo que se los dio a cambio de esto…

Y con un movimiento rápido alargó su mano mostrándole el poema de los sin trabajo.

Con mirar su rostro fue suficiente.

—El juego está descubierto, Marta… comprenda, lo sé. Será mejor que me lo cuente todo.

Ella se desplomó en una silla… con el rostro bañado en lágrimas.

—Es cierto… es cierto… el timbre no sonaba bien… no estaba segura de si llamaban, pero luego pensé que sería mejor ir a asegurarse. Llegué en el momento en que él le golpeaba en la cabeza. El fajo de billetes de cinco libras estaba en la mesa delante de ella… y fue eso lo que le impulsó a hacerlo… eso y el pensar que estaba sola en la casa cuando lo dejó entrar. No pude gritar. Estaba tan paralizada y entonces se volvió y vi que era mi hijo…

Oh, siempre ha sido malo. Yo le daba todo el dinero que podía. Ha estado dos veces en la cárcel. Debió venir a verme, y entonces la señorita Crabtree, viendo que yo no abría la puerta, fue a abrirla ella misma, y él, sorprendido, le entregó uno de esos folletos de los sin trabajo, y la señora, siendo tan caritativa como era, le dijo que entrara para darle seis peniques. Y durante todo el tiempo el fajo de billetes estaba encima de la mesa donde estuvo mientras yo le daba el cambio. Y el diablo se apoderó de mi Ben y poniéndose detrás de ella la golpeó hasta matarla.

—¿Y luego? —preguntó sir Eduardo.

—Oh, señor, ¿qué podía hacer yo? Es mi propia carne y mi propia sangre. Su padre era malo, y Ben ha salido a él… pero también es mi hijo. Le hice salir apresuradamente, y luego regresé a la cocina y fui a preparar la mesa a la hora de costumbre. ¿Cree usted que obré muy mal, señor? He intentado no mentirle cuando me ha interrogado.

Sir Eduardo se puso en pie.

—Mi pobre Marta —dijo con sentimiento—. Lo siento

muchísimo por usted. Pero de todas maneras la Ley ha de seguir su curso… comprenda.

—Ha huido del país, señor. Y en este momento no sé dónde está.

—Entonces existe la posibilidad de que escape de la cárcel, pero no confíe demasiado. ¿Quiere enviarme a la señorita Magdalena?

—Oh, sir Eduardo. Es usted maravilloso… Es usted maravilloso —dijo Magdalena cuando él hubo terminado su breve relato—. Nos ha salvado a todos. ¿Cómo podré agradecérselo?

Sir Eduardo le sonrió dándole unas palmaditas en la mano. Volvía a sentirse un gran hombre. La pequeña Magdalena había sido encantadora durante la travesía del *Siluric*. ¡*Aquel* maravilloso encanto de los diecisiete abriles! Claro que ahora lo había perdido por completo.

—La próxima vez que necesite un amigo… —dijo—. Le avisaré en seguida.

—No, no —exclamó sir Eduardo, alarmado—. Eso es precisamente lo que no quiero que haga. Acuda a un hombre más joven.

Se despidió de todos con habilidad y una vez en el interior de un taxi exhaló un suspiro de alivio.

Incluso el encanto de una jovencita de diecisiete abriles le parecía dudoso.

No podía compararse al de una biblioteca sobre criminología bien surtida. El taxi enfiló el pasaje Reina Ana.

Su *callejón sin salida*.

# LA MASCULINIDAD DE EDUARDO ROBINSON

«*Con sus brazos poderosos, Bill la alzó del suelo, estrechándola contra su pecho. Con un profundo suspiro ella le ofreció sus labios en un beso como jamás había soñado…*».

Suspirando, Eduardo Robinson dejó *Cuando el Amor Reina* y miró por la ventanilla del «metro». Estaban atravesando Stamford Brook. Eduardo Robinson pensaba en Bill. Bill era el héroe ciento por ciento idolatrado por las lectoras. Eduardo envidiaba sus músculos, su atractivo, y sus terribles pasiones. Volvió a coger el libro para leer de nuevo la descripción de la marquesa Bianca (la que le ofreciera sus labios). Tan arrebatadora era su belleza, tan funesto su encanto, que los hombres más fuertes caían ante ella como bolos, heridos de amor.

—Claro que —díjose Eduardo— esto es palabrería. Vaya si lo es. Y, sin embargo, quisiera saber…

Sus ojos se animaron. ¿Existía en alguna parte un mundo de romance y aventura? ¿Había mujeres de belleza turbadora? ¿Acaso el amor es algo que devora como una llama?

—Esto no ocurre en la vida real —dijo Eduardo—. Tengo que seguir adelante igual que los demás.

En conjunto, debía considerarse un joven afortunado. Era de excelente cuna… gozaba de buena salud, no dependía de nadie, y estaba prometido a Maud.

Pero el mero recuerdo de Maud puso una sombra en su rostro. Aunque ante nadie hubiera querido admitirlo, temía a Maud. La quería… sí…, todavía recordaba la emoción con que había admirado su cuello blanco emergiendo de una blusa barata la primera vez que se vieron. Estaba sentado detrás de ella en el cine, y el amigo que iba con él la conocía y se la presentó. No cabía la menor duda de que Maud era superior. Era atractiva, lista y muy

señora, y siempre tenía razón en todo. Esa clase de chica, que según todo el mundo dice, haría una esposa excelente.

Eduardo preguntóse si la marquesa Bianca hubiera sido una esposa excelente. Sin saber por qué, lo dudaba. No podía imaginar a la voluptuosa Bianca, con sus rojos labios y formas ondulantes, cosiendo botones, pongamos por ejemplo, para el varonil Bill. No, Bianca era el romance, y lo otro la vida real. Maud y él eran felices juntos. Ella tenía tanto sentido común…

Pero de todas formas, hubiera deseado que no fuera tan… bueno, tan viva de genio… ni que estuviera siempre tan a punto de «echarse sobre él».

Claro que era su prudencia y sentido común el que la impulsaba a hacerlo. Maud era muy sensata. Y, por lo general, Eduardo era muy sensato también, pero algunas veces… Por ejemplo, él hubiera querido casarse por Navidad, y Maud le había indicado que era mucho más prudente esperar un poco… tal vez uno o dos años. Su sueldo no era mucho. Él quiso regalarle un anillo caro… y ella se horrorizó, obligándole a cambiarlo por otro más barato. Sus cualidades eran excelentes, pero algunas veces Eduardo deseaba que tuviera más defectos y menos virtudes. Fueron sus virtudes las que le empujaron a cometer locuras.

Por ejemplo…

El rubor invadió su rostro. Tenía que decírselo a Maud… y pronto. Su secreta culpabilidad le estaba haciendo comportarse extrañamente. El día siguiente sería el primero de los tres días de fiesta. Nochebuena, Navidad y San Esteban. Ella le había sugerido que fuera a pasarlo con su familia de una manera tan tonta que no podía por menos que despertar sospechas. Eduardo consiguió zafarse… contándole una larga historia (falsa, naturalmente) de un amigo que vivía en el campo y a quien había prometido pasar el día en su compañía.

Y no existía ese amigo. Aquél era su secreto culpable.

Tres meses atrás, Eduardo Robinson, en compañía de otros cientos de miles de jóvenes, había tomado parte en un concurso de una de las revistas semanales. Había que ordenar los nombres de doce jovencitas según su popularidad. Eduardo tuvo una brillante idea. Sus preferencias seguramente serían equivocadas… lo había observado en concursos similares, y dispuso los doce nombres según

su opinión, y luego volvió a escribirlos, pero esta vez tomando alternativamente un nombre del principio de la lista y otro del final.

Cuando anunciaron el resultado, Eduardo había acertado ocho de los doce, y ganó el primer premio de quinientas libras. Este resultado, que bien puede atribuirse a la suerte, Eduardo se empeñó en considerarlo como una consecuencia directa de su «sistema», y estaba orgulloso de sí mismo.

¿Y qué hacer entonces con la suma de quinientas libras?

Sabía muy bien lo que diría Maud. Que las invirtiera. Que serían un buen rinconcito para el futuro. Y, naturalmente, Maud tendría razón, como siempre. Pero el ganar dinero en un concurso es algo completamente distinto de todo lo demás.

Si el dinero hubiera llegado a sus manos por medio de una herencia, lo habría invertido religiosamente en acciones o bonos del Estado. Pero el dinero que se gana con un simple golpe de pluma, por una afortunada e increíble casualidad, llega bajo el mismo lema que la moneda de seis peniques que se da a un niño… «para ti… para que lo gastes en lo que quieras».

Y en cierta tienda ante la cual pasaba cada día camino de su oficina, estaba su sueño… un automóvil de dos plazas… largo y reluciente, y con un cartelito con el precio… cuatrocientas sesenta y cinco libras…

—Si yo fuera rico —decíase Eduardo día tras día—. Si yo fuera rico, te compraría.

Y ahora lo era… si no rico… por lo menos poseía una suma de dinero suficiente para realizar su sueño. Aquel coche, aquella brillante pieza de maravilla, sería suyo si osaba pagar su precio.

Su intención fue comunicar a Maud lo del dinero, y una vez se lo hubiese confesado estaría a salvo contra la tentación. Al ver el horror y la desaprobación reflejados en el rostro de Maud no hubiese tenido valor para persistir en su locura. Pero, por casualidad, fue la misma Maud quien solucionó el asunto. La había llevado al cine… a las mejores butacas, y ella le hizo ver, con dulzura, pero en tono firme, lo tonto de su comportamiento… gastar el dinero de aquella manera… cuando la película se veía lo mismo desde las últimas filas.

Eduardo aceptó sus reproches en silencio, y Maud quedó convencida de que le había impresionado. No podía permitir que

Eduardo continuara con aquellas extravagancias. Le quería mucho, pero se daba cuenta de su debilidad… y era cosa suya influenciarle siempre para que fuera por el camino debido, y observó satisfecha su aparente sumisión de gusano.

Eduardo era como un gusano, y como los gusanos también sabía volverse. Permaneció dominado por sus palabras, pero fue en aquel preciso momento cuando tomó la resolución de comprar el coche.

—Maldita sea —se dijo Eduardo—. ¡Por una vez en la vida, haré lo que quiera; Maud puede irse al diablo!

Y a la mañana siguiente había penetrado en el palacio de cristal habitado por aquellas preciosidades de esmalte y metal relucientes, y con una facilidad que a él mismo le sorprendió, adquirió el coche. ¡Comprar un automóvil es la cosa más sencilla del mundo!

Eso había ocurrido cuatro días atrás. Se había marchado de la tienda con aparente calma, pero interiormente pletórico de dicha. Y en cuanto a Maud, todavía no le había dicho una palabra. Durante cuatro días, a las horas de las comidas, había recibido instrucciones para manejar aquella encantadora criatura, y Eduardo era un alumno aventajado.

A la mañana siguiente, que era Nochebuena, pensaba llevar al campo su adquisición. Había mentido a Maud y volvería a hacerlo de ser necesario. Estaba esclavizado en alma y cuerpo por su nuevo tesoro. Representaba para él el romance, la aventura, y todas las cosas que siempre había deseado y nunca tenido. Mañana, él y su automóvil enfilarían la carretera, respirando a pleno pulmón el aire fresco y puro, dejando atrás el estrépito y la inquietud de Londres… para adentrarse en los espacios abiertos…

En aquel momento, Eduardo, sin saberlo, estaba muy cerca de convertirse en un poeta.

Mañana…

Miró el libro que tenía en la mano… *Cuando el Amor Reina*. Riendo lo introdujo en su bolsillo. El coche, los rojos labios de la marquesa Blanca, y las sorprendentes proezas de Bill, parecían cosas del mismo mundo. Mañana…

El tiempo, que siempre acostumbra a fallar a los que confían en él, se mostró favorablemente dispuesto hacia Eduardo, y le proporcionó el día de sus sueños… con una helada, un cielo azul pálido, y un sol suave.

Así que, lleno de ansias de aventuras, de osadía y travesura, Eduardo salió de Londres. Tuvo algún apuro en una esquina de Hyde Park, y un triste contratiempo en Puntney Bridge, pero con muchas protestas de los neumáticos, y frecuentes chirridos de los frenos, así como insultos procedentes de los otros conductores de vehículos, logró salir del paso. Para ser un principiante no lo hizo mal del todo, y al fin enfiló una de esas amplias carreteras que son la alegría de los automovilistas. Aquel día había muy poco tránsito y Eduardo continuó su carrera embriagado por su dominio sobre aquella criatura de costados resplandecientes, avanzando a toda velocidad por aquel mundo blanco, con el júbilo de un dios.

Fue un día delirante. Comió en una antigua posada, y luego volvió a detenerse para tomar el té. Al fin, de mala gana, se dispuso a emprender el regreso… hacia Londres, hacia Maud, hacia las seguras explicaciones y reproches.

Alejó aquellos pensamientos con un suspiro. Mañana ya vería. Aún le quedaba la noche. ¿Y acaso habría algo más fascinante? Correr a través de la oscuridad con los faros buscando el camino que se abre delante. ¡Vaya, aquello era lo mejor de todo!

Decidió que ya no le quedaba tiempo para detenerse a cenar en ninguna parte. El conducir de noche era bastante difícil y vio que iba a emplear más tiempo en regresar a Londres de lo que había calculado. Eran las ocho en punto cuando pasó por Hindhead. Había luna y la nieve que había caído dos días atrás seguía sin derretirse.

Detuvo el coche y permaneció contemplándola. ¿Qué importaba si no regresaba a Londres hasta medianoche? ¿Qué importaba si no regresaba nunca? No pensaba apartarse de todo aquello tan pronto.

Se apeó del coche y vio un camino serpenteante que le tentaba, y sucumbió a su encanto. Durante media hora anduvo delirante por un mundo nevado. Nunca había imaginado nada semejante. Y era suyo, se lo había dado aquel tesoro que le esperaba como un perro fiel en la carretera.

Al fin, con un suspiro volvió a la realidad e introdujo la mano en el bolsillo del coche, donde había guardado una bufanda a primera hora del día.

Pero la bufanda no estaba allí. El bolsillo estaba vacío. No, vacío del todo no… había algo duro que arañaba… como guijarros.

Eduardo introdujo la mano más al fondo, y al minuto siguiente su expresión era la de un loco. El objeto que tenía en su mano y al que la luz de la luna arrancaba mil destellos, era un collar de brillantes.

Eduardo lo miraba sin comprender, pero no había duda posible. En el bolsillo interior de su automóvil reposaba casualmente un collar de brillantes que valdría varios miles de libras, ya que las piedras eran muy grandes.

Pero, ¿quién lo había puesto allí? Desde luego no estaba cuando salió de la ciudad. Alguien debió acercarse al coche mientras él paseaba por la nieve, escondiéndolo deliberadamente. Pero, ¿por qué? ¿Por qué elegir *su* coche? ¿Acaso el dueño del collar se había equivocado? ¿O era… cabía dentro de lo posible… un collar robado?

Y entonces, mientras todos estos pensamientos giraban en su mente, Eduardo se quedó helado de pronto. *Aquél no era su automóvil.*

Eran muy parecidos. Del mismo tono rojo brillante… rojo como los labios de la marquesa Bianca… con la misma línea estilizada, pero por mil pequeños detalles, Eduardo comprendió que aquél no era su coche. Su esmalte estaba rayado en algunos sitios, y daba algunas muestras ligeras, pero inconfundibles, de haber sido usado. En ese caso…

Eduardo, sin pensarlo más, se apresuró a dar la vuelta al coche. No era su punto fuerte y siempre perdía la cabeza y realizaba la maniobra al revés, volviendo el volante en dirección contraria. Además, también solía confundirse con el acelerador y el freno de pie con resultados desastrosos. Sin embargo, al fin lo consiguió, y el automóvil comenzó a subir de nuevo la colina.

Eduardo recordó haber visto otro automóvil aparcado a cierta distancia. Entonces no se había fijado gran cosa, y regresó por otro camino distinto del que había bajado a la hondonada. Aquel segundo camino le dejó precisamente detrás del automóvil que él creyó suyo, cuando en realidad debía tratarse de otro.

En cosa de diez minutos estuvo otra vez en el lugar de partida, pero ya no se veía ningún automóvil junto a la carretera. El otro propietario debía haberse marchado en el de Eduardo… quizá también confundido por la semblanza.

Eduardo sacó el collar de brillantes de su bolsillo y lo acaricio entre sus dedos con aire perplejo y asombro inenarrable.

—¿Qué hacer? ¿Dar parte en el puesto de policía más próximo? Sí. Explicar lo ocurrido, entregar el collar, y dar el número de su automóvil.

Poco a poco, ¿cuál era el número de su automóvil? Eduardo Robinson pensó y pensó, pero por más que hizo no pudo recordarlo. Sintió un escalofrío. Iba a hacer el ridículo más absoluto en el puesto de policía. Todo lo que podía recordar es que tenía un ocho. Claro, que en realidad no importaba… por lo menos… contempló los brillantes con recelo. Supongamos que creyeran que… oh, pero no era posible… y, sin embargo, podían pensar… que él había robado el collar. Porque, al fin y al cabo, pensándolo bien, ¿quién iba a depositar un collar de tanto valor en el bolsillo de un automóvil cualquiera estando en sus cabales?

Eduardo se apeó, y dando la vuelta al coche fue a mirar la matrícula. El número XRI 10061. Aparte de saber que aquél no era el de su coche, no le dijo nada. Luego se dispuso a registrar todos los bolsillos y en el que había encontrado el collar hizo un descubrimiento… un pedazo de papel con algunas palabras escritas. A la luz de los faros Eduardo pudo leerlas con bastante facilidad.

*Reúnete conmigo a las diez en Greane, esquina a Salter's Lane.*

Recordaba el nombre de Greane. Lo había visto en un poste durante el día. Al instante tomó una resolución. Iría a aquel pueblo, Greane, buscaría Salter's Lane para encontrarse con la persona que había escrito la nota y explicarle lo ocurrido. Eso sería mucho mejor que hacer el ridículo ante la policía.

Puso el motor en marcha casi feliz. Al fin y al cabo aquello era una aventura. Aquellas cosas no ocurrían todos los días.

El collar de brillantes lo convertía en algo excitante y misterioso.

Tuvo alguna dificultad en encontrar Greane, y todavía más en dar con Salter's Lane, pero después de llamar a dos o tres casas, tuvo suerte.

Sin embargo, pasaban algunos minutos de la hora de la cita cuando detuvo el coche cautelosamente junto a una carretera

estrecha sin perder de vista el lado izquierdo, lugar de donde le habían dicho que partía Salter's Lane.

Llegó allí, después de doblar un recodo, y cuando enderezaba el coche, vio una figura que salía de la oscuridad.

—¡Al fin! —exclamó la voz de una joven—. ¡Has tardado un siglo, Gerald!

Mientras hablaba, la muchacha se colocó delante de los faros y Eduardo contuvo el aliento. Era la criatura más encantadora que viera en su vida.

Era muy joven, de cabellos negros como la noche y labios de un rojo maravilloso. El pesado abrigo que llevaba abierto permitía ver que iba en traje de noche… una creación de color rojo-llama que moldeaba su figura perfecta. Alrededor del cuello llevaba una hilera de perlas exquisitas.

De pronto la joven se sobresaltó.

—Vaya —dijo—, pero si no es Gerald.

—No —apresuróse a decir Eduardo—. Debo explicarme —sacó el collar de brillantes de su bolsillo para entregárselo—. Mi nombre es Eduardo…

No pudo continuar porque la muchacha le interrumpió.

—¡Eduardo, claro! Cuánto me alegro. Pero ese idiota de Jimmy me dijo por teléfono que iba a enviar a Gerald con el coche. Has sido muy amable al venir, estaba deseando conocerte. Recuerda que no te había visto desde que tenía seis años. Veo que tienes el collar. Vuelve a meterlo en tu bolsillo. Pudiera acercarse la policía del pueblo y verlo. Brrr, ¡me he quedado helada esperando! Déjame subir.

Como en un sueño, Eduardo le abrió la portezuela y ella se sentó a su lado. Sus pieles rozaron su mejilla y un aroma delicioso, como el de las violetas después de la lluvia, embriagó sus sentidos.

No tenía ningún plan definido, pero en un momento, inconscientemente, se lanzó a la aventura. Ella le había llamado Eduardo… ¿qué importaba si él se fingía ese Eduardo? Ella no tardaría en descubrirlo, pero entretanto, ¿por qué no seguir el juego? Dio el contacto, y el coche se puso en marcha.

De pronto la joven se echó a reír, y su risa resultó tan encantadora como el resto de su atractiva persona.

—Es fácil ver que no entiendes mucho de coches. Supongo que

allí no los tenéis.

«Quisiera saber dónde es allí» —pensó Eduardo, y en voz alta agregó—: No muchos.

—Será mejor que me dejes conducir a mí —dijo ella—. Es bastante complicado abrirse camino por estos vericuetos, hasta que volvamos a encontrar la carretera principal.

Le cedió el volante de buena gana, y en seguida avanzaron por la noche a una velocidad y con un dominio que Eduardo envidió secretamente. La muchacha volvió la cabeza para mirarle.

—Me gusta correr. ¿Y a ti…? No te pareces en nada a Gerald. Nadie os tomaría por hermanos. Ni tampoco eres como yo te había imaginado.

—Supongo que soy tan vulgar… —dijo Eduardo—. ¿Es por eso?

—No, vulgar no… distinto. No puedo definirte. ¿Cómo está el pobre Jimmy? Muy fastidiado, supongo.

—Oh, Jimmy está bien —repuso Eduardo.

—Es fácil decirlo… pero ha tenido muy mala suerte al torcerse un tobillo. ¿Te contó toda la historia?

—Ni una palabra. Estoy completamente *in albis*. Me gustaría que me la explicaras.

—Oh, todo salió como un sueño. Jimmy se acercó a la puerta principal, disfrazado de mujer. Le concedí un par de minutos, y luego me asomé a la ventana. La doncella de Agnes Larella estaba preparando su vestido y joyas. Entonces se oyó un grito arriba, sonaron timbres y todos salieron disparados. La doncella desapareció y yo entré, llevándome el collar y saliendo otra vez con la velocidad de un rayo para regresar a Punch Bowl. Al pasar dejé el collar en el coche y la nota indicando dónde debíais recogerme. Luego me reuní con Luisa en el hotel, después de esconder mis botas de nieve, naturalmente. Una coartada perfecta. Ella ni siquiera se enteró de que hubiera salido.

—¿Y qué hay de Jimmy?

—Pues, tú sabes más que yo.

—No me dijo nada —replicó Eduardo sin que le costara el menor esfuerzo.

—Pues, en la desbandada general, se enganchó un pie en la falda y se torció el tobillo. Tuvieron que llevarle al coche, y el chófer de Larella le llevó a casa. ¡Imagínate si al chófer se le ocurre

meter la mano en el bolsillo!

Eduardo rió con ella, pero mientras su cerebro trabajaba activamente. Ahora comprendía más o menos la posición. El nombre de Larella le era vagamente familiar… era de esos nombres que hablan de opulencia. Aquella joven, y un desconocido llamado Jimmy, habían tramado juntos el robo del collar, y lo realizaron con éxito. Debido a la torcedura del tobillo y a la presencia del chófer de los Larella, Jimmy no pudo mirar en el interior del bolsillo del coche antes de telefonear a la joven… probablemente no se atrevió, pero estaba casi seguro de que el otro desconocido, «Gerald», lo haría a la menor oportunidad. ¡Y entonces descubrirían la equivocación de Eduardo!

—Adelante —dijo la muchacha.

Un tranvía pasó junto a ellos como un relámpago. Estaban ya en las afueras de Londres, y se mezclaron entre el tráfico. Eduardo tenía el corazón en la boca. ¡Ella conducía maravillosamente, pero con tanta imprudencia!

Un cuarto de hora más tarde se detuvieron ante una casa de aspecto imponente, en una plaza helada nada acogedora.

—Podemos cambiarnos de ropa aquí —dijo la joven—, antes de ir a Ritson's.

—¿Ritson's? —repitió Eduardo, pronunciando el nombre del famoso club nocturno casi con religiosa reverencia.

—Sí, ¿no te lo dijo Gerald?

—No —replicó Eduardo—. ¿Y qué hay de mi ropa?

Ella frunció el ceño.

—¿Es que no te han dicho nada? Ya te encontraremos algo. Tenemos que seguir hasta el fin.

Un mayordomo les abrió la puerta, haciéndose a un lado para dejarles entrar.

—Ha telefoneado el señor Gerald Champneys, señoría. Tenía mucho empeño en hablar con su señoría, pero no quiso dejar ningún recado.

«Ya lo creo que debía tener empeño en hablar con ella —díjose Eduardo para sus adentros—. Por lo menos ahora ya sé mi nombre completo. Eduardo Champneys. ¿Pero quién es ella? La ha llamado su señoría. ¿Para qué quiere robar un collar? ¿Para pagar deudas de bridge?».

En los folletines que leía de cuando en cuando, la hermosa y aristócrata heroína siempre se veía arrastrada a la desesperación por deudas de juego.

Eduardo fue acompañado por el mayordomo, quien le dejó en manos de un ayuda de cámara, y un cuarto de hora más tarde volvía a reunirse con su anfitriona, exquisitamente ataviado de smoking, hecho en Savile Row, y que le sentaba a las mil maravillas.

¡Cielos! ¡Qué noche!

Fueron en el automóvil al famoso Ritson's. Como todo el mundo, Eduardo había leído párrafos escandalosos respecto a Ritson's. Todo el que era alguien pasaba por Ritson's más pronto o más tarde. El único temor de Eduardo era que pudiera aparecer algún conocido del verdadero Eduardo Champneys, pero se consoló pensando que, al parecer, el auténtico había pasado varios años fuera de Inglaterra.

Sentados en una mesita junto a la pared bebieron unos combinados. ¡Cocktails! Para el sencillo Eduardo aquello representaba la quintaesencia de la gran vida. La joven, envuelta en un fastuoso chal bordado, bebía con aire indiferente. De pronto, dejando caer el chal, se puso en pie.

—Bailemos.

Ahora bien, si había algo que Eduardo supiera hacer a la perfección, era bailar. Cuando él y Maud salían juntos a la pista del Palacio de la Danza, los menos dotados se apartaban para contemplarles con admiración.

—Casi me olvidaba —dijo la joven de pronto—. ¿Y el collar?

Alargó la mano. Eduardo, completamente asombrado, lo sacó del bolsillo para dárselo, viendo con gran estupefacción que ella se lo ponía. Luego le sonrió con todo su atractivo.

—Ahora —le dijo en tono suave—, bailemos.

Y bailaron. Y nunca se vio en Ritson's nada más perfecto. Luego, cuando al fin regresaron a su mesa, un anciano caballero de aire disoluto acosó a la compañera de Eduardo.

—¡Ah! Lady Noreen, siempre bailando. Sí, sí. ¿Está aquí esta noche el capitán Folliot?

—Jimmy ha tenido un contratiempo… se ha torcido un tobillo.

—No me diga. ¿Cómo ha ocurrido?

—Todavía no conozco los detalles.

Ella, riendo, pasó de largo.

Eduardo la siguió hecho un mar de confusiones. Ahora sabía quién era. Lady Noreen Elliot, la famosa lady Noreen, la muchacha de quien tal vez se hablaba más en Inglaterra. Célebre por su belleza, su osadía… la cabecilla de la juventud elegante. Había sido recientemente anunciado su compromiso con el capitán James Folliot, V. C. de la casa Calvary.

¿Pero y el collar? Todavía no lograba entenderlo. Aun corriendo el riesgo de descubrirse, debía averiguarlo cuanto antes.

Y al volver a sentarse se lo preguntó.

—¿Por qué lo hiciste, Noreen? —le dijo—. Dime por qué.

Ella sonrió con aire soñador, con los ojos perdidos en el vacío, todavía embriagada por el influyente hechizo del baile.

—Supongo que te resultará difícil entenderlo. Una llega a cansarse tanto de las mismas cosas… siempre lo mismo. La búsqueda de tesoros estuvo bien una temporada, pero uno se acostumbra a todo. «Robos», eso fue idea mía. Cincuenta libras de entrada y posibilidad de ganar mucho. Éste es el tercero. Jimmy y yo escogimos a Agnes Larella. ¿Conoces las reglas? Hay que cometer el robo en el espacio de tres días y exhibir el botín en un lugar público, lo menos durante una hora, o pierdes tu parte y tienes que pagar una multa de cien libras. Fue una lástima que Jimmy se torciera un tobillo, pero ganaremos lo mismo.

—Ya comprendo —dijo Eduardo exhalando un profundo suspiro —. Ya entiendo.

Noreen se puso en pie de pronto volviendo a colocarse el chal.

—Llévame a algún sitio en el coche. A los muelles. A algún lugar horrible y emocionante. Espera un minuto… —se quitó el collar de brillantes—. Será mejor que vuelvas a guardarlo. No quiero que me asesinen por eso.

Salieron juntos de Ritson's. El automóvil les aguardaba en una callejuela estrecha y oscura. Cuando doblaban la esquina, otro coche se acercó a la acera, y de él se apeó un joven.

—Gracias a Dios, Noreen, que al fin te encuentro —exclamó—. Todo ha salido mal. Ese estúpido de Jimmy se metió en un coche equivocado. Dios sabe dónde estarán los brillantes en estos momentos. Estamos metidos en un lío.

Lady Noreen le miró sorprendida.

—¿Qué quieres decir? Nosotros tenemos el collar… por lo menos lo tiene Eduardo.

—¿Eduardo?

—Sí —con un leve gesto indicó la figura que estaba a su lado.

«Soy yo el que está metido en un buen lío —pensó Eduardo—. Apuesto diez contra uno a que éste es mi hermano Gerald».

El joven le miró.

—¿Qué dices? —dijo despacio—. Eduardo está en Escocia.

—¡Oh! —exclamó la muchacha, mirando a Eduardo de hito en hito—. ¡Oh!

El color desapareció de sus mejillas.

—De manera que usted —dijo ella en voz baja—, ¿es un ladrón auténtico?

A Eduardo le bastó sólo un minuto para hacerse dueño de la situación. En los ojos de la joven había asombro y… ¿sería posible…? admiración. ¿Debía explicarse? ¡Nada de acobardarse! Jugaría la última carta.

Se inclinó ceremoniosamente.

—Tengo que darle las gracias, lady Noreen —le dijo con su tono más cortés—, por haberme proporcionado esta deliciosa velada.

Una rápida mirada le bastó para ver que el coche del que el otro acababa de apearse era el suyo. ¡Un automóvil rojo de motor reluciente! ¡Su coche!

—Y le deseo muy buenas noches.

Y con un movimiento rápido se montó en el automóvil y puso el pie en el acelerador. El coche pegó un salto hacia delante. Gerald se quedó como paralizado, pero la joven fue más rápida, y antes de que arrancara abrió la portezuela y montó.

El coche patinó al doblar alocadamente la esquina. Noreen, todavía jadeando por su carrera, puso su mano en el brazo de Eduardo.

—Tiene que dármelo… oh, tiene que dármelo. Tengo que devolvérselo a Agnes Larella. Sea bueno… hemos pasado una magnífica velada juntos… hemos bailado… hemos sido… amigos. ¿No quiere dármelo? ¿A mí?

Una mujer que embriagaba con su belleza. Entonces era cierto que existían…

Además, Eduardo estaba deseando librarse del collar. Era una oportunidad única para un *beau geste*.

Sacándolo de su bolsillo lo puso en su mano extendida.

—Hemos sido… amigos —le dijo.

—¡Ah! —sus ojos se dulcificaron… iluminándose.

Y entonces, cosa inesperada, ella se inclinó sobre él y por un momento posó sus labios en los suyos… Luego se apeó, y el automóvil rojo siguió adelante con una gran sacudida.

¡Romance! ¡Aventura!

* * *

A las doce del mediodía del día de Navidad, Eduardo Robinson penetraba en el reducido saloncito de una casa de Clapham, con el saludo acostumbrado de «Felices Pascuas».

Maud, que estaba arreglando un ramo de acebo, le saludó fríamente.

—¿Pasaste un buen día en el campo con ese amigo tuyo? —le preguntó.

—Escucha —dijo Eduardo—. Eso es una mentira que te dije. Gané un concurso… quinientas libras, y con ellas me compré un coche. No te lo dije porque sabía que armarías un escándalo. Eso es lo primero, he comprado el coche y no se hable una palabra más. Lo segundo es esto… no pienso esperar años y años. Mi situación es bastante buena y tengo intención de casarme contigo el mes que viene. ¿Entendido?

—¡Oh! —exclamó Maud con desmayo. ¿Era posible… que fuese *su Eduardo* quien hablaba con aquel tono de mando?

—¿Querrás? —dijo Eduardo—. ¿Sí o no?

Ella le contemplaba fascinada… con sorpresa y admiración, y la vista de aquella mirada era turbadora para Eduardo. Ya había desaparecido aquella paciencia materna que le había llevado a la exasperación.

Así le había mirado la noche anterior lady Noreen, pero lady Noreen estaba ya lejos, en la región del Romance, junto a la marquesa Bianca. Esto era la vida real, y Maud su mujer.

—¿Sí o no? —repitió dando un paso adelante.

—Sí… sí… sí… —tartamudeó Maud—. Pero, ¡oh!, Eduardo, ¿qué te ha ocurrido? Hoy estás completamente distinto.

—Sí —repuso Eduardo—. Durante veinticuatro horas he sido un hombre en vez de un gusano… y por Dios, que vale la pena.

La tomó en sus brazos casi como lo hubiera hecho Bill, el superhombre.

—¿Me quieres, Maud? Dime. ¿Me quieres?

—¡Oh, Eduardo! —suspiró Maud—. Te adoro…

# JANE BUSCA TRABAJO

Jane Cleveland hojeó las páginas del *Daily Leader* y un profundo suspiro salió de lo más recóndito de su ser. Contempló con disgusto la mesa de mármol, el huevo escalfado reposando sobre una tostada, y la pequeña tetera. No era porque no tuviese apetito. Ése no era su caso. Jane tenía un hambre canina, y en aquellos momentos hubiera consumido una libra y media de bistec bien condimentado con patatas fritas, y a ser posible con guisantes franceses. Todo ello, acompañado mejor de un buen vino que con té.

Pero las jovencitas que se hallan en precaria situación económica no pueden escoger, y Jane tuvo la suerte de poder pedir un huevo escalfado, y un poco de té. No era muy probable que pudiera hacerlo al día siguiente. Es decir, a menos que…

Volvió a repasar las columnas de anuncios del *Daily Leader*. Para hablar sin ambages, Jane estaba sin empleo, y su situación se estaba haciendo apurada, y ya la patrona de la humilde pensión en que se hospedaba comenzaba a mirarla con desprecio.

—Y no obstante —se decía Jane alzando su barbilla con indignación, gesto habitual en ella—. Y no obstante, soy inteligente, y bonita… y bien educada. ¿Qué más se puede pedir?

Según el *Daily Leader*, solicitaban mecanógrafas de gran experiencia, directores para negocios que tuvieran un capital que invertir, señoras que pudieran dedicarse al cultivo de una granja agrícola (también se requería disponer de capital), e innumerables cocineras, doncellas, camareras… sobre todo camareras.

—No me importaría hacer de camarera —se dijo Jane—. Pero tampoco me aceptarán sin experiencia. Podría presentarme como aprendiza… pero no pagan gran cosa.

Y volviendo a suspirar dejó el periódico ante ella y se dispuso a

atacar el huevo escalfado con todo el vigor de su juventud.

Cuando hubo terminado el último bocado, volvió a ocuparse del periódico y estudió la columna de anuncios, mientras bebía el té. Aquélla era siempre la última esperanza.

De haber tenido un par de miles de libras, la cosa hubiera sido sencilla. Por lo menos había siete oportunidades únicas… todas produciendo por lo menos tres mil al año. Jane se mordió el labio.

—Si tuviera dos mil libras —murmuró—, no sería fácil separarme de ellas.

Repasó rápidamente la columna desde el principio al fin con la natural facilidad que proporciona la práctica.

Había una señora que pagaba espléndidamente la ropa usada, y que inspeccionaba los guardarropas femeninos a domicilio. Caballeros que lo compraban «todo»… pero principalmente «dientes». Señoras que marchaban al extranjero y vendían sus pieles por cifras ridículas. Sacerdotes desesperados y viudas, oficiales retirados… todos precisando sumas que oscilaban desde las cincuenta libras a las doscientas. Y de pronto Jane se detuvo ante un anuncio que volvió a leer dejando la taza de té que saboreaba.

—Claro que debe haber alguna pega —murmuró—. Siempre las hay en estas cosas. Tendré que andar con cuidado. Pero sin embargo…

El anuncio que tanto intrigaba a Jane Cleveland decía así:

> «Si una joven de veinticuatro a treinta años, ojos azul oscuro, cabello muy rubio, pestañas y cejas negras, nariz recta, figura esbelta, de un metro sesenta y ocho de estatura, buena imitadora, y que hable francés, se presenta en la calle Endersleigh, número 7, entre las cinco y las seis de la tarde, se enterará de algo que le interesa».

—Así es como se descarrían muchas chicas —murmuró Jane—. Desde luego, tendré que tener cuidado. Pero la verdad es que dan demasiados detalles para que se trate de una cosa así. Quisiera saber… Volvamos a repasarlo.

—De veinticinco a treinta años… yo tengo veintiséis. Ojos azul oscuro, eso está bien. Cabello muy rubio… pestañas y cejas negras… de acuerdo. ¿Nariz recta…? Ssíííí… por lo menos bastante

recta. No la tengo jorobada ni respingona. Y tengo una figura esbelta… incluso para lo que se estila hoy en día. Sólo mido un metro sesenta y cinco, pero podría ponerme tacones altos. Buena imitadora lo soy… nada del otro jueves, pero sé copiar las voces de los demás, y hablo francés como un ángel o una francesa. En resumen, soy precisamente lo que necesitan. Tendrán que desmayarse de placer al verme. Jane Cleveland, preséntate y gana el puesto.

Con resolución rasgó el anuncio, guardándolo en su bolso. Luego pidió la cuenta con nuevos bríos.

A los diez minutos se encontraba en las cercanías de la calle Endersleigh, que era una callejuela situada entre dos mayores en la vecindad de Oxford Circus. Modesta, pero respetable.

El número siete no se diferenciaba nada de las demás casas colindantes, pero al mirarla, Jane cayó en la cuenta, por primera vez, que no era ella la única rubia de ojos azules, nariz recta, y figura esbelta entre los veinticinco y los treinta años. Evidentemente, Londres estaba lleno de muchachas semejantes, y por lo menos cuarenta o cincuenta de ellas se agrupaban ante el número siete de la calle Endersleigh.

«Competencia —pensó Jane—. Será mejor que me apresure a reunirme con la masa».

Y mientras lo hacía otras tres muchachas más doblaron la esquina de la calle. Otras las siguieron, y Jane se entretuvo en buscar defectos a sus vecinas más inmediatas. En cada caso lograba encontrar alguno… pestañas rubias en vez de oscuras, ojos más bien grises que azules, cabellos rubios que lo eran gracias al agua oxigenada; interesante variedad de narices, y figuras que sólo un alma caritativa habría calificado de esbeltas. Jane se animó.

—Creo que tengo tantas posibilidades como cualquiera —murmuró para sí—. Quisiera saber de qué se trata. Supongo que de escoger un grupo de coristas.

La cosa se movía lenta, pero continuamente, y no tardaron en empezar a desfilar las que iban saliendo de la casa, unas meneando la cabeza, otras sonriendo con aire estúpido.

«Rechazadas —se decía Jane con alegría—. Espero que no tengan ya bastantes cuando me toque a mí».

Y la cola seguía avanzando. Todas dirigían miradas nerviosas a

sus espejitos y se empolvaban la nariz.

«¡Ojalá tuviera un sombrero más elegante!», se dijo Jane con pesar.

Al fin le tocó el turno. En el interior de la casa, había una puerta de cristal con la leyenda: Señores Cuthbertsons. Y era por esa puerta por donde entraban las aspirantes una por una. Le llegó la vez a Jane, y entró tomando aliento.

Dentro había una oficina, sin duda para los empleados, y al final otra puerta de cristal. Jane fue acompañada hasta allí y se encontró en una habitación muy reducida, donde había un gran escritorio, y detrás del escritorio un hombre de mediana edad, de aspecto extranjero, con un gran bigote. Luego de dirigir a Jane una mirada, le indicó una puerta que había a la izquierda.

—Espere ahí, por favor —le dijo en tono seco.

Jane obedeció. El departamento en donde entrara estaba ya ocupado por cinco muchachas, todas muy erguidas, que se miraban unas a otras. Jane comprendió al punto que había sido incluida entre las candidatas probables y sus esperanzas crecieron. Sin embargo, vióse obligada a admitir que aquellas cinco chicas tenían tantas probabilidades de ser elegidas como ella misma: en cuanto a las condiciones del artículo se refería estaban de conformidad.

El tiempo fue pasando. Sin duda continuaban pasando muchachas por la oficina interior. La mayoría eran despedidas por otra puerta, que daba al pasillo, pero de cuando en cuando una nueva elegida iba a reunirse con las seleccionadas. A las seis y media eran catorce las allí reunidas.

Jane oyó un murmullo de voces en la oficina exterior, y luego el caballero de aspecto extranjero a quien ella había bautizado mentalmente con el sobrenombre de «El Coronel», debido al aire marcial de sus bigotes, apareció en el umbral de la puerta.

—Ahora, señoritas, si me hacen el favor, las iré recibiendo de una en una —anunció—. Por el orden en que han ido llegando.

Jane, naturalmente, era la sexta, y transcurrieron veinte minutos antes de que la llamaran. «El Coronel» estaba de pie con las manos a la espalda. Rápidamente examinó su francés y midió su altura.

—Señorita, es posible que usted nos sirva —dijo en francés—. No lo sé, pero es probable.

—¿Cuál es el empleo, si puedo preguntarlo? —dijo Jane de

pronto.

Él se encogió de hombros.

—Eso todavía no puedo decírselo. Si la escogen… entonces lo sabrá.

—Eso resulta muy sospechoso —objetó Jane—. Yo no puedo comprometerme a nada sin saber de qué se trata. ¿Tiene relación con la escena?

—¿La escena? Desde luego que no.

—¡Oh! —exclamó Jane muy sorprendida.

Él la miraba fijamente.

—¿Es usted inteligente? ¿Y discreta?

—Tengo toneladas de inteligencia y discreción —repuso Jane con calma—. ¿Y qué hay del sueldo?

—El sueldo asciende a dos mil libras… por quince días de trabajo.

—¡Oh! —exclamó Jane con desmayo.

Estaba demasiado aturdida por la esplendidez de la suma para recobrarse en seguida.

«El Coronel» continuó hablando.

—He seleccionado ya a otra señorita. Las dos son igualmente aceptables. Tal vez haya otras que aún no he visto. Le daré instrucciones sobre lo que debe hacer a continuación. ¿Conoce el Hotel Harridge?

Jane tragó saliva. ¿Quién no conocía el Hotel Harridge en Inglaterra? Era un famoso establecimiento situado modestamente en una calle secundaria de Mayfair, donde celebridades y realezas entraban y salían como quien no hace la cosa. Aquella misma mañana, Jane había leído la llegada al hotel de la gran duquesa Paulina de Ostrova, quien había venido para inaugurar una gran tómbola pro ayuda de los refugiados rusos, y naturalmente, se hospedaba en el Harridge.

—Sí —dijo Jane respondiendo a la pregunta del «Coronel».

—Muy bien. Vaya allí. Pregunte por el coronel Strepttich. Enséñele su tarjeta… ¿tiene usted una tarjeta?

Jane le mostró una, en la que él escribió una P. diminuta en una esquina. Luego volvió a dársela.

—Así es seguro que la recibirá. Sabrá que yo la envío. La decisión final depende de él… y de otra persona. Si él la considera

aceptable, le explicará de qué se trata, y usted puede aceptar o rechazar su proposición. ¿Satisfecha?

—Sí —repuso Jane.

—Hasta ahora —murmuró para sí mientras salía a la calle—, no veo la pega por ningún lado. Y no obstante, debe haberla. Nadie da dinero por nada. ¡Debe tratarse de un crimen! ¡No se me ocurre nada más!

Se fue animando. Jane no tenía nada contra el crimen… moderado. Últimamente los periódicos no hablaban más que de las hazañas de varias muchachas bandidos, y Jane había pensado en ser una de ellas si le fallaba todo lo demás.

Penetró en el vestíbulo del Harridge con ligera inquietud. Deseaba más que nunca haber tenido un sombrero nuevo.

Pero avanzó valientemente hacia la conserjería, donde mostró la tarjeta sin la menor vacilación. Imaginóse que el encargado la miraba con cierta curiosidad. Sin embargo, tomó su tarjeta y luego la entregó a un botones, dándole instrucciones en voz baja, que Jane no pudo entender. Al fin regresó el botones y Jane fue invitada a acompañarle. Subieron en el ascensor y atravesaron un pasillo al que daban varias habitaciones de doble puerta, y a una de ellas llamó el botones. Un instante después, Jane encontróse en una amplia estancia, frente a un hombre alto de barba rubia, que sostenía su tarjeta en su mano blanca y distinguida.

—Señorita Cleveland —leyó despacio—. Yo soy el conde Strepttich.

Sus labios se separaron, en un gesto que sin duda quería ser una sonrisa, mostrando dos hileras de blancos dientes, pero sin conseguir animar su rostro lo más mínimo.

—Tengo entendido que ha venido usted por nuestro anuncio —continuó el conde—. Y la envía aquí el buen coronel Kranin.

«Era coronel», pensó Jane satisfecha de su perspicacia, mas limitóse a inclinar la cabeza.

—¿Me permitirá que le haga algunas preguntas?

Y sin esperar respuesta le hizo una serie semejante a las que ya le hiciera el coronel Kranin. Sus contestaciones parecieron complacerle, y de cuando en cuando asentía con la cabeza.

—Ahora quisiera pedirle que anduviera hasta la puerta y luego regresara lentamente.

«Quizá me quieran para maniquí —pensó Jane obedeciendo—. Pero no pagarían dos mil libras. No obstante creo que de momento será mejor no hacer preguntas».

El conde Strepttich tenía el ceño fruncido, y golpeaba la mesa con sus dedos pálidos. De pronto se puso en pie, y abriendo la puerta de una habitación contigua, habló a alguien que se encontraba en su interior. Luego volvió a sentarse, y una mujer de mediana edad entró por aquella puerta, cerrándola tras sí. Era rolliza y extremadamente fea, pero a pesar de todo tenía el aire de una persona de importancia.

—Bueno, Ana Michaelovna —dijo el conde—. ¿Qué te parece esta joven?

La dama estuvo mirando a Jane de arriba abajo, como si la muchacha fuera un trabajo de artesanía expuesto en una exposición. No hizo el menor comentario, ni la saludó.

—Puede servir —dijo al fin—. El parecido real, en el sentido de la palabra, es bien poco, pero la figura y el colorido son mucho mejores que en las demás. ¿Qué opinas tú, Feodor Alejandrovitch?

—Estoy completamente de acuerdo contigo, Ana Michaelovna.

—¿Habla francés?

—Su francés es excelente.

Jane estaba cada vez más confundida. Ninguno de aquellos dos desconocidos parecía darse cuenta de que ella era un ser humano.

—¿Pero será discreta? —preguntó la dama frunciendo el ceño.

—Ésta es la princesa Poporensky —dijo el conde Strepttich dirigiéndose a Jane en francés—. Pregunta si sabrá usted ser discreta.

Jane dirigió su respuesta a la princesa.

—A menos que no conozca cuál es su proposición, no puedo prometer nada.

—Tienes razón, pequeña —observó la dama—. Creo que es inteligente, Feodor Alexandrovitch… más inteligente que las otras. Dígame, pequeña, ¿es usted también valiente?

—No lo sé —replicó Jane extrañada—. No me gusta que me hagan daño, pero puedo soportarlo.

—¡Ah! No me refiero a eso. ¿Le importa el peligro?

—¡Oh! —exclamó Jane—. ¡Peligro! No me importa. Me gusta el peligro.

—¿Y usted es pobre? ¿Le gustaría ganar mucho dinero?

—Pruébeme —dijo Jane casi con entusiasmo.

El conde Strepttich y la princesa Poporensky cambiaron una mirada y luego asintieron de común acuerdo.

—¿Puedo explicarle de qué se trata, Ana Michaelovna? —preguntó el primero.

La princesa meneó la cabeza.

—Su alteza desea hacerlo ella misma.

—Es innecesario… e imprudente.

—Sin embargo, ésas son sus órdenes. Tengo que llevarle a la joven en cuanto usted haya terminado con ella.

Strepttich se alzó de hombros. Era evidente que no estaba satisfecho, y también que no estaba dispuesto a desobedecer. Volvióse hacia Jane.

—La princesa Poporensky le presentará a su alteza la Gran Duquesa Paulina. No se asuste.

Jane no estaba nada asustada, sino contentísima ante la perspectiva de ser presentada a un personaje de sangre real como la Gran Duquesa. En Jane no había la menor idea socialista. Y en aquel momento hasta había dejado de preocuparse por su sombrero.

La princesa Poporensky abrió la marcha, avanzando con un aire que ella lograba revestir de cierta dignidad, a pesar de las circunstancias adversas. Pasaron por la habitación contigua, que era una especie de antecámara, y la princesa llamó a otra puerta que había en la pared del fondo. Una voz contestó desde dentro, y la princesa entró seguida de Jane, que le pisaba los talones.

—Permítame presentarle, madame —dijo la princesa en tono solemne—, a la señorita Jane Cleveland.

Una joven que estaba sentada en un gran butacón al otro extremo de la estancia, se puso en pie rápidamente avanzando hacia ellas. Estuvo mirando fijamente a Jane durante unos minutos y luego se echó a reír regocijada.

—Pero si es espléndida, Ana —exclamó—. Nunca imaginé que tuviéramos tanto éxito. Vamos, veamos qué tal resultamos de lado.

Y cogiendo a Jane del brazo la llevó delante de un gran espejo que colgaba de la pared.

—¿Lo ve? —exclamó vivamente—. Es un conjunto perfecto.

Jane, a la primera ojeada, había empezado a comprender. La

gran duquesa era una joven un año o dos mayor que Jane. Tenía el mismo color de pelo y la misma figura esbelta. Era, tal vez, un poco más alta, pero ahora que estaban al lado su parecido era evidente. Detalle por detalle su colorido era exactamente el mismo.

La Gran Duquesa aplaudió con entusiasmo. Parecía una joven muy alegre.

—No podíamos haber encontrado nada mejor —declaró—. Debes felicitar a Feodor Alexandrovitch de mi parte, Ana. Lo ha hecho muy bien.

—Madame, esta joven no sabe todavía lo que queremos de ella —dijo la princesa en voz baja.

—Cierto —repuso la Gran Duquesa hablando con un poco más de calma—. Lo había olvidado. Bueno, se lo aclararé. Déjenos solas, Ana Michaelovna.

—Pero, madame…

—Te digo que nos dejes solas…

Y golpeó el suelo con el pie. De mala gana, Ana Michaelovna abandonó la habitación. La Gran Duquesa se dispuso a tomar asiento, indicando a Jane que hiciera lo propio.

—Estas viejas son muy pesadas —observó Paulina—. Pero hay que tenerlas. Ana Michaelovna es mejor que la mayoría. Y ahora, señorita… ah, sí, señorita Cleveland. Me gusta el nombre. Y usted también me gusta. Es simpática. Adivino en seguida si una persona es simpática.

—Es usted muy inteligente, madame —dijo Jane hablando por primera vez.

—Sí, lo soy —repuso Paulina con calma—. Vamos. Voy a explicárselo todo. Usted conoce la historia de Ostrova. Prácticamente toda mi familia ha muerto… asesinada por los comunistas. Yo soy tal vez la última descendiente de esta rama, pero soy una mujer y no puedo ocupar el trono. ¿Usted cree que aún así me dejan en paz? Que va, dondequiera que voy se organizan atentados para asesinarme. ¿Absurdo, no? Esos brutos bebedores de vodka nunca tuvieron el menor sentido de la proporción.

—Comprendo —dijo Jane empezando a darse cuenta de lo que iban a pedirle.

—La mayor parte de mi vida la paso retirada… donde puedo tomar precauciones, pero de cuando en cuando tengo que tomar

parte en ceremonias públicas. Por ejemplo, mientras esté aquí tengo que asistir a varios actos semipúblicos. Y también en París a mi regreso. Ya sabe usted que tengo una finca en Hungría. Allí los deportes son magníficos.

—¿De veras? —dijo Jane.

—Soberbios. Yo adoro los deportes. Además… no debiera decírselo, pero lo haré porque me es simpática… allí se han hecho ciertos planes, muy calladamente, ¿comprende? Y es muy importante que yo no sea asesinada durante las dos próximas semanas.

—Pero sin duda la policía… —comenzó a decir Jane.

—¿La policía? Oh, sí, creo que es muy buena. Y nosotros también… tenemos nuestros espías. Es posible que se me avise antes de que tenga lugar el atentado. Pero también es posible que ocurra lo contrario.

Se encogió de hombros.

—Empiezo a comprender —dijo Jane lentamente—. ¿Quiere que yo ocupe su puesto?

—Sólo en ciertas ocasiones —replicó la Gran Duquesa—. ¿Comprende? Usted ha de estar a mano. Tal vez la necesite dos, tres o cuatro veces durante los próximos quince días. Cada vez con motivo de algún acto público, naturalmente que no tendrá que representarme para nada en la intimidad.

—Desde luego —convino Jane.

—Usted lo hará muy bien. Feodor Alexandrovitch fue muy listo al pensar en el anuncio, ¿no le parece todo bien meditado?

—Supongamos —dijo Jane— que en uno de los actos me asesinaran.

La Gran Duquesa se encogió de hombros.

—Existe ese riesgo, por supuesto, pero según nuestra información secreta, quieren raptarme, y no quitarme de en medio. Pero voy a serle sincera… siempre es posible que arrojen una bomba.

—Ya —dijo Jane, tratando de imitar el tono despreocupado de Paulina. Deseaba llegar a la cuestión del dinero, pero no sabía cómo desviar la conversación por aquel terreno, mas Paulina le ahorró la molestia.

—Claro que le pagaremos bien —dijo Paulina con

despreocupación—. No recuerdo exactamente cuánto dijo Feodor Alexandrovitch. Hablamos en francos o coronas.

—El coronel Kranin —dijo Jane— habló de unas dos mil libras.

—Eso es —replicó Paulina con el rostro iluminado—. Ahora lo recuerdo. Es bastante, supongo. ¿O preferiría que le diéramos tres mil?

—Pues —dijo Jane—, si le es lo mismo, prefiero las tres mil.

—Ya veo que entiende usted de negocios —repuso la Gran Duquesa en tono amable—. Ojalá yo fuese así. Pero no tengo la menor idea de lo que vale el dinero. Lo que quiero tener, lo tengo; eso es todo.

A Jane le pareció que poseía una admirable disposición de ánimo.

—Y claro está, como usted dice, existe peligro —continuó Paulina, tranquilamente—. Aunque no me parece que a usted le asuste el peligro. A mí tampoco. Espero que no me crea una cobarde por querer que usted ocupe mi puesto. Comprenda, es muy importante para Ostrova que yo me case y tenga por lo menos dos hijos. Después, ya no importa lo que pueda ocurrirme.

—Comprendo.

—¿Y acepta?

—Sí —replicó Jane con resolución—. Acepto.

Paulina aplaudió con entusiasmo, e inmediatamente apareció la princesa Poporensky.

—Se lo he contado todo, Ana —anunció la Gran Duquesa—. Hará lo que queremos y recibirá a cambio tres mil libras. Dile a Feodor que tome nota. Se parece mucho a mí, ¿verdad? Aunque creo que ella es mucho más bonita.

La princesa salió de la habitación regresando con el conde Strepttich.

—Todo arreglado, Feodor Alexandrovitch —le dijo la Gran Duquesa.

—¿Sabrá representar su papel? —preguntó mirando a Jane con aire dudoso.

—Se lo demostraré —dijo la joven de pronto—. ¿Me permite, madame? —preguntó a la Gran Duquesa.

La aludida asintió encantada.

Jane se puso de pie.

—¡Pero si es magnífica, Ana! —dijo—. Nunca pensé que nos saliera tan bien. Vamos, veamos qué tal resultamos de lado.

Y, lo mismo que hiciera Paulina, la arrastró hasta el espejo.

—¿Lo ves? ¡Un conjunto perfecto!

Palabras, gestos y maneras fueron una excelente imitación del recibimiento de Paulina. La princesa asintió demostrando su aprobación.

—Muy bien —declaró—. Engañará a todo el mundo.

—Es usted muy inteligente —dijo Paulina—. Yo no podría imitar a nadie, ni siquiera para salvar la vida.

Jane la creyó. Ya se había dado cuenta de que Paulina era una joven de gran personalidad.

—Ana dispondrá todos los detalles —dijo la Gran Duquesa—. Llévala a mi dormitorio, Ana, y pruébale algunos trajes.

Le dedicó un gracioso saludo de despedida, y Jane fue acompañada por la princesa Poporensky.

—Éste es el que su alteza se pondrá para inaugurar la tómbola —explicó la anciana mostrándole una atrevida creación en blanco y negro—. Eso será dentro de tres días. En esa ocasión es posible que sea necesario que usted ocupe su puesto. No lo sabemos. Aún no hemos recibido información.

A una indicación de Ana, Jane se quitó el vestido para probarse el de la Gran Duquesa. Le sentaba perfectamente y la anciana asintió con aire aprobador.

—Casi perfecto… Una pizca demasiado largo para usted… porque es un poco más baja que su alteza.

—Eso puede remediarse fácilmente —apresuróse a decir Jane—. La Gran Duquesa lleva zapatos bajos, según he observado. Yo puedo llevar la misma clase de zapatos, pero con tacón alto, y así su ropa me sentará perfectamente bien.

Ana Michaelovna le enseñó los zapatos que la Gran Duquesa solía llevar con aquel vestido. Eran de piel de lagarto e iban sujetos por una tirita. Jane se propuso agenciarse un par semejante, pero con tacones altos.

—Sería conveniente —dijo Ana Michaelovna— que usted tuviera un vestido de forma y color bien distinto al de su *alteza*. Así, en caso de que fuera necesario que ocupara su puesto en un momento dado, sería menos probable que se notara la sustitución.

Jane reflexionó unos instantes.

—¿Qué le parece uno de *marocain* rojo fuego? Y tal vez sería conveniente que me pusiera unos lentes de cristal normales. Eso desfigura mucho.

Ambas sugerencias fueron aprobadas y pasaron a tratar de otros detalles.

Jane abandonó el hotel con cien libras en billetes de Banco e instrucciones para comprar las ropas necesarias y encargar habitaciones en el Hotel Britz bajo el nombre de señorita Montresor, de Nueva York.

Al cabo de dos días fue a verla el conde Strepttich.

—Buena transformación —le dijo al saludarla.

Jane le hizo una ridícula reverencia para corresponder. Le divertía mucho el estrenar ropa y el lujo de su nueva vida.

—Todo esto es muy agradable —suspiró—. Pero supongo que su visita significa que debo darme prisa y ganar mi dinero.

—Eso es. Hemos recibido información. Se cree posible que intenten secuestrar a su alteza durante el camino de regreso de la tómbola. Como usted ya sabe, esto tendrá lugar en Orion House, que está a unos diecisiete kilómetros de Londres. Su alteza se ve obligada a asistir a esa inauguración en persona, puesto que la condesa de Anchester la conoce personalmente. Pero luego he trazado un plan.

Jane escuchó atentamente mientras se lo explicaban. Hizo algunas preguntas y al fin declaró que había comprendido a la perfección la parte que debía representar.

El día siguiente amaneció claro y radiante… un día perfecto para uno de los mayores acontecimientos de la temporada londinense, organizado por la condesa de Anchester en pro de los refugiados ostrovianos en su país.

Habiendo tenido en cuenta la inestabilidad del clima inglés, la tómbola se había instalado en las espaciosas salas de Orion House, que llevaba varios siglos en posesión de los condes de Anchester. Se habían donado varias colecciones y una encantadora idea fue que cien damas de la sociedad dieran una perla de sus respectivos collares cada una, que serían subastadas en el segundo día. Además, había numerosas atracciones en los jardines.

Jane fue allí muy temprano en su papel de señorita Montresor.

Llevaba un vestido de *marocain* rojo llama, y un sombrero pequeño igualmente rojo, y calzaba zapatos de lagarto de altos tacones.

La llegada de la Gran Duquesa fue un gran acontecimiento. La escoltaron hasta la plataforma y allí la obsequiaron con un ramo de rosas que le entregó un niño. Pronunció un encantador discurso declarando inaugurada la tómbola. El conde Strepttich y la princesa Poporensky la asistieron.

Vestía el traje que Jane había visto, blanco con un atrevido estampado en negro, y su sombrero era una pequeña *cloche* negra con gran profusión de plumas blancas cayendo sobre el ala, y un diminuto velo de encaje que cubría medio rostro. Jane sonrió para sí.

La Gran Duquesa recorrió la tómbola, visitando todos los departamentos, haciendo algunas compras, siempre con su donaire acostumbrado. Luego se dispuso a abandonar el local.

Jane se apresuró a intervenir. Habló con la princesa Poporensky, solicitando ser presentada a la Gran Duquesa.

—¡Ah, sí! —dijo Paulina con voz clara—. Señorita Montresor… recuerdo su nombre. Creo que es una periodista americana, según tengo entendido. Ha hecho mucho por nuestra causa. Celebraré concederle una breve entrevista para su periódico. ¿Hay algún sitio donde podamos hablar tranquilamente?

En seguida pusieron a disposición de la Gran Duquesa una reducida antecámara, y el conde Strepttich fue enviado a buscar a la señorita Montresor. En cuanto lo hubo hecho y se retiró de nuevo, con la ayuda de la princesa Poporensky se verificó el cambio de ropas.

Tres minutos después, se abría la puerta dando paso a la Gran Duquesa con el ramo de rosas junto a su rostro.

Saludando graciosamente y murmurando unas palabras de despedida a lady Anchester en francés, logró salir e introducirse en el coche que la estaba esperando. La princesa Poporensky tomó asiento a su lado y el automóvil partió.

—Bien —dijo Jane—, ya está. Quisiera saber qué tal le va a la señorita Montresor.

—Nadie se fijará en ella y podrá salir tranquilamente.

—Es cierto —observó Jane—. Yo lo hice muy bien, ¿no le parece?

—Representó su comprometido papel con gran discreción.

—¿Por qué no viene el conde con nosotras?

—Se ha visto obligado a quedarse. Alguien tiene que velar por la seguridad de su alteza.

—Espero que no nos arrojen bombas —dijo Jane con recelo—. ¡Eh! Estamos abandonando la carretera principal. ¿Qué es esto?

A toda velocidad el automóvil había tomado una carretera secundaria.

Jane pegó un respingo y se asomó a la ventanilla que comunicaba con el chófer, el cual se limitó a reír y a aumentar la velocidad.

Jane volvió a dejarse caer en su asiento.

—Sus espías tenían razón —dijo riendo—. Nos han pescado. Supongo que cuanto más tiempo se sostenga el error, más segura estará la Gran Duquesa. Sea como fuere, debemos darle tiempo para que regrese a Londres sana y salva.

Ante la perspectiva del peligro, Jane se animó. No le atraía la perspectiva de una bomba, pero aquel tipo de aventura subyugaba su instinto temerario.

De pronto el automóvil se detuvo con gran chirrido de frenos y un hombre abrió la portezuela enarbolando un revólver.

—¡Manos arriba! —les dijo.

La princesa Poporensky alzó las manos rápidamente, pero Jane limitóse a mirarle con disgusto, conservando las manos en su regazo.

—Pregúntale qué significa este ultraje —dijo en francés a su compañera.

Pero antes de que ésta tuviera tiempo de hablar, el hombre soltó un torrente de palabras en idioma extranjero.

Sin comprender una sola palabra, Jane limitóse a encogerse de hombros sin decir nada. El chófer se había apeado para reunirse con el otro hombre.

—¿Tiene a bien descender, ilustre dama? —le preguntó con una sonrisa.

Volviendo a llevarse las rosas a la cara, Jane bajó del coche, seguida de la princesa.

—¿Quiere la ilustre dama venir por aquí?

Jane hizo caso omiso del tono burlón y la insolencia de aquel

hombre, y por su propia voluntad avanzó hacia una casucha destartalada que se alzaba a unos cien metros del lugar donde se detuviera el coche. El camino terminaba ante la verja de la avenida que conducía a aquel edificio, al parecer deshabitado.

El hombre, todavía blandiendo la pistola, se acercó a las dos mujeres, y al subir los escalones pasó delante de ellas y abrió una puerta que había a la izquierda. Era una habitación vacía con una mesa y dos sillas.

Jane entró, ocupando una de las sillas. Ana Michaelovna la siguió, y el hombre, cerrando la puerta de golpe, echó la llave.

Jane se acercó a la ventana y atisbo al exterior.

—Claro que podría saltar —observó—. Pero no iría muy lejos. No, de momento hemos de quedarnos aquí y pasarlo lo mejor posible. Quisiera saber si van a traernos algo de comer.

Cosa de media hora más tarde su pregunta fue contestada.

Le trajeron un gran bol lleno de sopa humeante y dos pedazos de pan seco.

—Es evidente que no gastan ningún lujo con los aristócratas —observó Jane alegremente cuando la puerta se hubo cerrado de nuevo—. ¿Empieza usted o lo hago yo?

La princesa descartó, horrorizada, la idea de comer.

—¿Cómo voy a poder comer? ¿Quién sabe en qué peligro puede hallarse mi señora?

—Ella está perfectamente —repuso Jane—. Soy yo la que me preocupa. Esta gente no se alegrará mucho al descubrir que han raptado a otra. La verdad es que pueden ponerse desagradables. Me haré la altiva Gran Duquesa mientras pueda, e intentaré huir si se presenta la ocasión.

La princesa Poporensky nada contestó.

Jane, que estaba hambrienta, tomó la sopa, que tenía un gusto extraño, pero estaba caliente y sabrosa.

Después comenzó, a sentir sueño. La princesa Poporensky sollozaba quedamente, y Jane se acomodó en una silla lo mejor que pudo y dejó caer la cabeza. Dormía.

* * *

Despertóse sobresaltada. Tenía la sensación de haber estado durmiendo mucho tiempo. Sentía la cabeza pesada.

Y entonces vio algo que despertó de nuevo todas sus facultades. Llevaba puesto el traje de *marocain* rojo llama.

Se puso en pie mirando a su alrededor. Sí, todavía estaba en la misma habitación de la casa deshabitada. Todo estaba exactamente igual que estuviera cuando se durmió, excepto dos cosas. La primera era que la princesa Poporensky ya no estaba sentada en la otra silla. Y la segunda, el inexplicable cambio de vestido.

«No puedo haberlo soñado —pensó Jane—. Porque de ser un sueño no estaría aquí».

Al mirar hacia la ventana observó otro factor significativo. Cuando se quedó dormida el sol penetraba por la ventana y ahora la casa proyectaba una larga sombra sobre la avenida bañada de luz.

—La casa mira hacia el oeste —reflexionó—. Y cuando me quedé dormida era por la tarde. Por consiguiente, ahora debe ser la mañana de otro día. La sopa debía tener alguna droga. Por lo tanto… oh, no sé. Estoy hecha un lío.

Se puso en pie, acercándose a la puerta. Estaba abierta y se dispuso a explorar la casa, que halló silenciosa y vacía.

Jane se tocó su frente dolorida tratando de pensar.

Y entonces vio un periódico roto caído delante de la puerta principal. Fue uno de los titulares lo que llamó su atención.

«Mujer bandido americana en Inglaterra» —leyó—. «La atracadora vestida de rojo. Sensacional robo en la tómbola de Orion House».

Jane salió a la luz del sol, y sentada en los escalones fue leyendo la noticia cada vez con los ojos más abiertos. El relato era breve y conciso.

Poco después de la marcha de la Gran Duquesa Paulina, tres hombres y una mujer vestida de rojo sacando sendos revólveres habían logrado acorralar a la multitud y luego de apoderarse de las cien perlas huyeron en un veloz coche de carreras. Hasta el momento no habían sido detenidos.

En las noticias de última hora (era un periódico de la tarde) se decía que «la mujer bandido vestida de rojo» había estado hospedada en el Britz como señorita Montresor, de Nueva York.

—Estoy lista —se dijo Jane—. Completamente perdida. Siempre

supuse que debía haber alguna pega.

Y entonces se sobresaltó. Un extraño grito había rasgado el aire. La voz de un hombre, murmurando una palabra a intervalos regulares.

—¡Maldición! —decía—. ¡Maldición! —y luego volvió a repetir —: ¡Maldición!

Jane se emocionó puesto que expresaba exactamente sus propios sentimientos, y bajó corriendo el tramo de escalones. En uno de sus lados yacía un hombre que intentaba levantar la cabeza del suelo, y su rostro era uno de los más hermosos que viera Jane en su vida. Era pecoso y de expresión ligeramente burlona.

—¡Maldita cabeza! —decía el joven—. ¡Maldita sea…! Yo…

Se interrumpió para mirar a Jane.

—Debo estar soñando —dijo con desmayo.

—Eso mismo dije yo —repuso Jane—. Pero no soñamos. ¿Qué le ocurre a su cabeza?

—Alguien me golpeó. Por suerte la tengo bastante dura.

Y consiguió incorporarse hasta quedar sentado.

—Espero que mi cerebro no tarde en volver a funcionar. Sigo sin entender nada.

—¿Cómo llegó aquí? —le preguntó Jane con curiosidad.

—Es una larga historia. A propósito, no será usted la Gran Duquesa como se llame, ¿verdad?

—No. Soy la vulgar Jane Cleveland.

—Usted no es vulgar —replicó el joven, mirándola con franca admiración.

Jane enrojeció.

—Debería traerle un poco de agua, o alguna cosa, ¿no le parece? —le dijo, vacilando.

—Supongo que es lo acostumbrado —convino el joven—. De todas formas, preferiría whisky, si logra encontrarlo.

A Jane le fue imposible encontrar whisky, y el joven, después de beber un vaso de agua, anunció que se encontraba mejor.

—¿Quiere que le cuente mis aventuras, o me cuenta usted las suyas? —le preguntó a Jane.

—Usted primero.

—No tengo mucho que contar. Observé por casualidad que la Gran Duquesa entraba en aquella habitación con zapatos bajos y

salía con tacones altos. Me pareció bastante extraño, y a mí no me gustan las cosas raras.

»Seguí el automóvil en mi motocicleta y vi que la llevaban a usted a la casa. Unos diez minutos más tarde llegó un gran coche de carreras, del que se apearon una joven vestida de rojo y tres hombres. Ella llevaba zapatos de tacón bajo. Poco después volvió a salir vestida de blanco y negro y se marchó en el primer automóvil, con una vieja y un hombre alto de barba gris. Los otros se fueron en el coche de carreras. Pensé que se habían ido todos y estaba intentando entrar por esa ventana y rescatarla a usted cuando alguien me golpeó en la cabeza por la espalda. Eso es todo. Ahora le toca a usted.

Jane le relató sus aventuras.

—Y ha sido una gran suerte que usted me siguiera —terminó—. ¿Se da cuenta en qué aprieto estaría, de lo contrario? La Gran Duquesa hubiera tenido una coartada perfecta. Ella abandonó la tómbola antes de que empezara el atraco, llegando a Londres en su automóvil. ¿Acaso hubiera creído alguien mi fantástica historia?

—Nadie lo hubiese creído jamás —replicó el joven.

Habían estado tan absortos escuchando sus respectivos relatos que se olvidaron de dónde estaban, y ahora alzaron la cabeza sorprendidos al ver un hombre alto, de expresión triste, que se apoyaba contra la casa. Les saludó con una inclinación de cabeza.

—Muy interesante —comentó.

—¿Quién es usted? —le dijo Jane.

El hombre triste parpadeó.

—El detective inspector Farrell —dijo en tono amable—. Me ha interesado mucho su historia y la de esta señorita. Nos hubiera resultado difícil creerla por uno o dos detalles.

—¿Por ejemplo?

—Pues verán, esta mañana hemos sabido que la auténtica Gran Duquesa se había fugado con un chófer en París.

Jane contuvo la respiración.

—Y luego supimos que esa «joven bandido americana» había llegado a este país, y esperábamos que diese algún golpe. Les prometo que les cogeremos muy pronto. Perdónenme un minuto, ¿quieren?

—¡*Vaya*! —exclamó Jane, poniendo mucho énfasis en la

expresión. Después, volviéndose al joven, le dijo:

—Creo que fue usted muy inteligente al fijarse en el detalle de los zapatos.

—Nada de eso —replicó el muchacho—. Me he criado entre zapatos. Mi padre es una especie de rey de la zapatería. Él quería que aprendiera el oficio… que me casara y sentara la cabeza. Nada de particular, lo corriente, pero yo quería ser artista… —suspiró.

—Lo siento —le dijo Jane para consolarle.

—Lo he estado intentado durante seis años. No hay duda posible. Soy un pintor pésimo. Tengo intención de dejarlo y regresar a casa como el hijo pródigo. Allí me espera un buen empleo.

—Un empleo es una gran cosa —convino Jane, animándose—. ¿Usted cree que yo podría encontrar uno, aunque fuese de dependienta de zapatería?

—Yo podía darle uno mejor que éste… si usted quisiera.

—¿Oh, cuál?

—Ahora no importa. Se lo diré más tarde. ¿Sabe? Hasta ayer nunca había visto una chica con la que pensara en casarme.

—¿Ayer?

—Sí, en la tómbola. Entonces la vi… ¡la única! ¡Ella!

Miró fijamente a Jane.

—¡Qué hermosos están los jacintos! —dijo Jane, apresuradamente y con las mejillas arreboladas.

—Son nadalas —repuso el joven.

—No importa —insistió Jane.

—Desde luego —convino él, acercándose más a Jane.

# UN DOMINGO FRUCTÍFERO

Vaya, esto es realmente delicioso —dijo la señorita Dorotea Pratt por cuarta vez—. ¡Ojalá pudiera verme ahora la vieja grulla! ¡Ella y sus Juanitas!

La «vieja grulla» a quien se refería con tan poco respeto, era la señorita Mackenzie Jones, en cuya casa trabajaba la señorita Pratt, y quien tenía unas opiniones muy particulares acerca de los nombres apropiados para las doncellas. Había repudiado el de Dorotea en favor del segundo nombre de la señorita Pratt, que era Juanita.

El compañero de la señorita Pratt no contestó en seguida… por una razón muy poderosa. Cuando se acaba de adquirir un «Baby Austin» de cuarta mano, por la suma de veinte libras y se conduce por segunda vez, toda la atención hay que concentrarla necesariamente en la difícil tarea de emplear ambas manos y los dos pies en las emergencias dictadas por el momento.

—¡Eh… ah! —exclamó Eduardo Palgrove, cambiando de marcha con un ruido espantoso que hubiera dado dentera a un auténtico chófer.

—Bueno, no puede pedirse que des mucha conversación a las chicas —se quejó Dorotea.

Palgrove se ahorró la molestia de tener que responder, porque en aquel momento fue sonoramente insultado por el conductor de un autobús.

—¡Vaya lenguaje! —dijo la señorita Pratt, meneando la cabeza.

—Ojalá este *coche* tuviera freno de pie —se lamentó su acompañante con amargura.

—¿Le ocurre algo?

—Ya puedes poner el pie encima y esperar el fin del mundo —dijo Palgrove, como si nada.

—Oh, bueno, Ted; pero no puede esperarse todo por sólo veinte libras. Al fin y al cabo, estamos en un verdadero automóvil, un domingo por la tarde y saliendo de la ciudad lo mismo que hacen los demás.

Más ruidos y chirridos.

—¡Ah! —dijo Ted sonrojándose de placer—. Esta vez la he cambiado mejor.

—Conduces estupendamente —le dijo Dorotea con admiración.

Envalentonado por el aliento femenino, Palgrove intentó lanzarse a la carrera por Hammersmith Broadway, siendo severamente reprendido por un policía.

—¡Vaya, quién lo iba a decir! —dijo Dorotea mientras avanzaban impecablemente por el puente de Hammersmith—. No sé adonde van a ir a parar los policías. Yo creía que serían un poco más comedidos al hablar después de ver cómo les han adiestrado últimamente.

—De todas formas, no quiero seguir esta carretera —dijo Eduardo con pesar—. Quiero coger la Gran Avenida del Oeste y desfogarme.

—Y probablemente nos cogerán *in fraganti* —repuso Dorotea—. Eso es lo que le ocurrió a mi señor el otro día. Cinco libras de multa.

—La policía no es tan dura como parece —dijo Eduardo generosamente—. Lo mismo multa a los ricos. No hay favoritismos. Me vuelvo loco pensar en esos engreídos que pueden entrar en la tienda y comprarse un par de «Rolls Royce» sin que se les mueva ni un cabello. No hay derecho. Yo soy tan bueno como cualquiera de ellos.

—Y las joyas —dijo Dorotea suspirando—. Esas tiendas de la calle Bond. ¡Brillantes, perlas y no sé cuantas cosas más! Y yo con una hilera de perlas falsas.

Estuvo disertando tristemente sobre el tema, y así Eduardo pudo concentrar de nuevo toda su atención en el manejo del coche. Consiguieron pasar por Richmond sin percance. El altercado con el policía le había puesto muy nervioso y ahora adoptaba la línea de menor resistencia, siguiendo a ciegas el primer coche que se le pusiera delante para evitar peligros.

De esta forma se encontró avanzando por un paraje sombreado

que cualquier automovilista experto hubiera dado cualquier cosa por encontrar.

—He sido muy hábil torciendo por el camino aquél —dijo Eduardo atribuyéndose todo el éxito.

—Es precioso todo esto —dijo la señorita Pratt—. Y fíjate, allí hay un hombre vendiendo fruta.

Cierto, en un recodo apropiado había una mesa con cestos de fruta y la leyenda «Coma más fruta» escrita en un banderín.

—¿Cuánto valen? —preguntó Eduardo con recelo, cuando, después de aplicar el freno de mano con frenesí, obtuvo el resultado apetecido.

—Son unas fresas deliciosas —dijo el vendedor, que era un individuo antipático que miraba de soslayo—. A propósito para la señora. Fruta madura, recién cogida. También tengo cerezas. Inglesas auténticas. ¿Quiere una cesta de cerezas, señora?

—Parecen muy hermosas —dijo Dorotea.

—Una joya; eso es lo que son —replicóle el hombre con voz ronca—. Esta cesta le traerá suerte, señora —y al fin tuvo la condescendencia de contestar a Eduardo—. Dos chelines, señor, es tirado. Ya me lo dirá cuando sepa lo que hay dentro de la cesta.

—Tienen muy buen aspecto —insistió Dorotea.

Eduardo, suspirando, pagó los dos chelines mientras su mente trazaba rápidos cálculos. Más tarde la merienda, gasolina… estas saliditas domingueras en coche no podía decirse que resultaran precisamente *baratas*. Y lo peor de llevar chicas, es que siempre se encaprichan de todo lo que ven.

—Gracias, señor —dijo el hombre—. En esta cesta hay algo que vale muchísimo más de lo que ha pagado por un cesto de cerezas.

Eduardo apretó el pie con fuerza y el «Baby Austin» saltó sobre el vendedor como un alsaciano furioso.

—Perdone —dijo Eduardo—. Olvidé que tenía puesta la marcha.

—Debes tener más cuidado, querido —le dijo Dorotea—. Podías haberte lastimado.

Eduardo no contestó y otro kilómetro de marcha les situó en un paraje ideal junto a las orillas de un arroyo. Dejaron el «Austin» en la carretera y Eduardo y Dorotea se sentaron en la orilla para comer las cerezas. A sus pies había un periódico del día semienterrado.

—¿Qué noticias hay? —dijo Eduardo al fin, tumbándose cuan

largo era y echándose el sombrero hacia delante para proteger sus ojos del sol.

Dorotea echó un vistazo a los titulares.

—«Esposa infiel. Extraordinaria historia. Veintiocho personas ahogadas durante la semana pasada… Muerte de un aviador. Sorprendente robo de joyas. Desaparición de un collar de rubíes valorado en cincuenta mil libras». ¡Oh, Ted! ¡Imagínate! ¡Cincuenta mil libras! —continuó leyendo—. «El collar se compone de veintiuna piedras montadas en platino y fue enviado por correo certificado desde París. Al llegar, el paquete contenía sólo unos cuantos guijarros y la joya había desaparecido».

—Lo robarían en Correos —dijo Eduardo—. Tengo entendido que en Francia el correo es fatal.

—Me gustaría ver un collar así —dijo Dorotea—. Con piedras como de sangre… sangre de paloma, así es como creo que llaman a ese color. ¿Qué debe sentirse llevando una cosa así alrededor del cuello?

—Bueno, es probable que *tú* no llegues a saberlo nunca —repuso Eduardo, mordaz.

Dorotea ladeó la cabeza.

—¿Por qué no? Quisiera saberlo. Es sorprendente la forma en que se abren camino algunas mujeres. Podría trabajar en la escena.

—Las chicas que se portan como es debido no llegan a ninguna parte —le dijo Eduardo para desanimarla.

Dorotea abrió la boca para contestar, pero se contuvo y murmuró:

—Pásame las cerezas. He comido más que tú —observó—. Dividiré las que quedan y… calla… ¿qué es lo que hay en el fondo de la cesta?

Y uniendo la acción a la palabra sacó… una cadena larga sembraba de piedras rojo sangre.

Ambos la contemplaron asombrados.

—¿Has dicho en la cesta? —dijo Eduardo al fin.

Dorotea asintió.

—En el fondo… debajo de la fruta.

Volvieron a mirarse.

—¿Y cómo crees tú que habrá llegado ahí?

—No puedo imaginarlo. Es curioso, Ted, precisamente ahora que

acababa de leer en el periódico la noticia… de los rubíes.

Eduardo echóse a reír.

—No irás a creer que tienes en la mano cincuenta mil libras, ¿verdad?

—Sólo he dicho que era extraño. Rubíes montados en platino. Platino es una especie de plata… como esto. ¿Verdad que brillan mucho y tienen un color precioso? ¿Cuántas debe haber? —las contó—. Oye, Ted, hay exactamente veintiuna.

—¡No!

—Sí. Ésa es la cantidad que dice el periódico. Oh, Ted, ¿tú crees…?

—No es posible —pero habló sin convencimiento—. Se sabe que son buenos… cuando cortan el cristal.

—Eso son los brillantes. Pero sabes, Ted, que aquel hombre era muy extraño… me refiero al vendedor de fruta… un hombre de aspecto desagradable. Y dijo algo muy curioso… que en la cesta había algo que valía mucho más de lo que pagábamos por ella.

—Sí, pero escucha, Dorotea; ¿para qué iba a querer darnos a nosotros las cincuenta mil libras?

La señorita Pratt sacudió la cabeza desanimada.

—No tiene sentido —admitió—. A menos que le persiguiera la policía.

—¿La policía? —Eduardo palideció ligeramente.

—Sí. Eso dice el periódico… La policía tiene una pista.

Eduardo sintió un escalofrío en su espina dorsal.

—Esto no me gusta, Dorotea. Supongamos que la policía *nos* sigue.

—¡Pero si nosotros no hemos hecho nada, Ted! Lo hemos encontrado en la cesta.

—¡Valiente historia para contar! No es verosímil.

—No lo es mucho —admitió Dorotea—. ¡Oh, Ted! ¿Crees de veras que será *éste*? ¡Es igual que un cuento de hadas!

—No creo que esto parezca un cuento de hadas —dijo Eduardo —. Yo creo que es más bien semejante a estas historias en las que el protagonista es condenado injustamente a catorce años de presidio.

Pero Dorotea no le escuchaba. Se había puesto el collar y contemplaba su efecto en el espejito que sacó de su bolso.

—Lo mismo que pudiera llevar una duquesa —murmuró

extasiada.

—No lo creo —replicó Eduardo con violencia—. Son falsos. *Tiene* que tratarse de una imitación.

—Sí, querido —repuso Dorotea sin dejar de contemplarse en el espejo—. Es muy probable.

—Otra cosa sería demasiada… coincidencia.

—Sangre de paloma —murmuraba Dorotea.

—Es absurdo. Eso es lo que digo. Absurdo. Escucha, Dorotea, ¿escuchas lo que te estoy diciendo?

Dorotea dejó el espejo y se volvió hacia él con una mano apoyada sobre los rubíes que rodeaban su cuello.

—¿Qué tal estoy? —le preguntó.

Eduardo la miró, olvidando su contrariedad. Nunca había visto a Dorotea así… rodeada de un halo de triunfo… una especie de belleza soberana completamente desconocida para él. El creer que la joya que llevaba alrededor de su cuello valía cincuenta mil libras había hecho de Dorotea Pratt una mujer nueva. Le miraba con serena insolencia… era una especie de Cleopatra, Semíramis y Zenobia, todo en una.

—Estás… estás… deslumbradora —dijo Eduardo humildemente.

Dorotea se echó a reír, y su risa también fue completamente distinta.

—Escucha —la apremió Eduardo—. Tenemos que hacer algo. Hay que llevarlo al puesto de policía.

—Tonterías —replicó Dorotea—. Tú mismo acabas de decir que no iban a creerte. Probablemente *te* enviarán a la cárcel por haberlo robado.

—Pero… ¿qué otra cosa podemos hacer?

—Quedárnoslo —replicó la nueva Dorotea Pratt.

—¿Quedárnoslo? Tú estás loca.

—Lo hemos encontrado, ¿verdad? ¿Por qué habíamos de pensar que fuese de valor? Nos lo quedaremos y yo lo usaré.

—Y la policía te *pescará*.

Dorotea reflexiono un par de minutos.

—Está bien —dijo—. Lo venderemos. Y tú puedes comprar un «Rolls Royce» o dos «Rolls Royce», y yo me compraré una corona de brillantes y varios anillos.

Eduardo seguía mirándola asombrado y Dorotea se impacientó.

—Es tu oportunidad… y debes aprovecharla. Nosotros no lo hemos robado… entonces sería distinto. Ha venido a nuestras manos, y probablemente será la única oportunidad que se nos presentará en la vida para tener todas las cosas que deseamos. ¿Es que no tienes valor, Eduardo Palgrove?

Eduardo recuperó el habla.

—¿Venderlos, dices? Como si eso fuera tan sencillo. Cualquier joyero querría saber de dónde lo había sacado.

—No lo lleves a un joyero. ¿Es que nunca lees novelas policíacas, Ted? Tienes que llevarlo a un «mercachifle», naturalmente.

—¿Y dónde voy a encontrar un mercachifle? Yo he sido educado en un ambiente respetable y sin máculas.

—Los hombres tendríais que saberlo todo —dijo Dorotea—. Para eso estáis.

Él la miró. Dorotea estaba tranquila e inflexible.

—Nunca lo hubiera creído de ti —observó Eduardo con voz débil.

—Pensé que tenías más coraje.

Hubo una pausa y al cabo Dorotea se puso en pie.

—Bueno —dijo en tono ligero—. Será mejor que volvamos a casa.

—¿Llevando eso alrededor de tu cuello?

Dorotea se quitó el collar, y antes de guardarlo en su bolso lo contempló con reverencia.

—Escucha —dijo Eduardo—. Dámelo a mí.

—No.

—Sí. A mí me han enseñado a ser un hombre honrado, pequeña.

—Bueno, pues sigue siéndolo. No es necesario que tengas nada que ver con esto.

—Oh, dámelo —dijo Eduardo, sucumbiendo—. Lo haré. Buscaré un mercachifle. Como tú dices, es la única oportunidad que se nos presentará en la vida. Lo adquirimos honradamente… por dos chelines. No es más que lo que hacen los anticuarios cada día y van con la frente bien alta.

—¡Eso es! —dijo Dorotea—. ¡Oh, Eduardo, eres maravilloso!

Le entregó el collar, que él introdujo en su bolsillo. ¡Se sentía exaltado, emocionado… el mismísimo diablo! En este estado de

ánimo puso en marcha el «Austin». Los dos estaban demasiado nerviosos para acordarse de merendar, y regresaron a Londres en silencio. Una vez, ante un cruce, un policía avanzó hacia el coche y el corazón de Eduardo dejó de latir un instante, por milagro llegaron a su casa sin percances.

Las últimas palabras que Eduardo dirigió a Dorotea estaban pletóricas de espíritu aventurero.

—Lo conseguiremos. ¡Cincuenta mil libras! ¡Vale la pena!

Aquella noche soñó con la cárcel de Dartmoor y despertóse macilento y cansado. Tenía que empezar a buscar un mercachifle… ¡y no tenía la más remota idea de cómo empezar!

Su trabajo en la oficina fue poco solvente y se ganó dos buenas reprimendas antes de comer.

¿Dónde se encuentra un comprador de objetos robados? La barriada más a propósito sería Whitechapel, o tal vez Sthepney.

Al regresar a la oficina recibió una llamada telefónica. Era la voz de Dorotea, trágica y angustiada.

—¿Eres tú, Ted? Te hablo por el teléfono de casa, pero la señora puede venir en cualquier momento y tendré que cortar. Ted, no habrás hecho nada todavía, ¿verdad?

Eduardo contestó con una negativa.

—Bien, escucha, Ted, no debes hacerlo. He pasado toda la noche despierta. Ha sido terrible. Pensando en lo que dice la Biblia que no se debe robar. Ayer debía estar loca… de verdad. No harás nada, ¿me lo prometes, Ted querido?

¿Acaso Eduardo Palgrove sintióse invadido de una sensación de alivio? Posiblemente…, pero no estaba dispuesto a admitir semejante cosa.

—Cuando yo digo que voy a hacer una cosa, la hago —dijo con una voz que podría haber pertenecido a un superhombre de ojos de acero.

—¡Oh, Ted, querido, no debes hacerlo! ¡Oh, Dios mío, ya viene la vieja grulla! Escucha, Ted, esta noche va a cenar fuera. Puedo escaparme un rato y reunirme contigo. No hagas nada hasta que nos veamos. A las ocho. Espérame en la esquina —su voz se convirtió en un murmullo seráfico—. Sí, señora. Era un número equivocado. Pedían el 234.

Cuando Eduardo salía de la oficina a las seis, vio un gran titular

que llamó su atención.

ROBO DE UN COLLAR
*Últimos detalles*

Se apresuró a alargar un penique y, una vez a salvo en el interior del «metro», donde se las ingenió para conseguir asiento, se dispuso a devorar la noticia impresa, encontrando lo que buscaba con bastante facilidad.

Al poco rato lanzó un silbido de sorpresa.

—Vaya… que me…

Y entonces otro párrafo cercano absorbió su atención. Luego de leerlo dejó que el periódico resbalara hasta el suelo sin apenas darse cuenta.

A las ocho en punto acudía a su cita, y Dorotea, sin aliento, pálida, pero atractiva, llegó corriendo hasta él.

—¿Has hecho algo, Ted?

—No he hecho nada —sacó el collar de rubíes de su bolsillo—. Puedes ponértelo.

—Pero, Ted…

—La policía ya ha encontrado los rubíes… y al hombre que los robó. ¡Y ahora lee esto!

Y puso un periódico doblado debajo de su nariz. Dorotea leyó:

NUEVO TRUCO PUBLICITARIO

«Un nuevo e inteligente sistema publicitario está siendo adoptado por todos los feriantes que intentan rivalizar con los famosos Woolworth. Ayer se vendieron cestas de frutas, y se venderán otras cada domingo. Una de cada cincuenta contendrá un collar de imitación en piedras de distintos colores. Estos collares son realmente maravillosos, por su precio. Ayer causaron gran revuelo y emoción, y “Coma más fruta” tendrá gran éxito el próximo domingo. Felicitamos a los feriantes por su idea y les deseamos buena suerte en su campaña pro venta de productos nacionales».

—Vaya… —dijo Dorotea. Y tras una pausa repitió—: ¡Vaya!

—Sí —dijo Eduardo—. Yo siento lo mismo que tú.

Un hombre que pasaba puso un papel en su mano.

—Tome uno, hermano —le dijo.

*«El precio de una mujer virtuosa está por encima de los rubíes»*.

—¡Ahí tienes! —dijo Eduardo—. Espero que eso te anime.

—No lo sé —dijo Dorotea, indecisa—. Yo no quiero *parecer* precisamente una mujer buena.

—No lo pareces —replicó Eduardo—. Por eso me dio este papel ese hombre. Con esos rubíes alrededor de tu garganta nadie diría que eres una buena chica.

Dorotea rió.

—Eres un encanto, Ted —le dijo—. Anda, vámonos al cine.

# LA AVENTURA DEL SEÑOR EASTWOOD

El señor Eastwood miró al techo… luego al suelo. Del suelo su mirada fue ascendiendo lentamente por la pared derecha, y al fin, con un supremo esfuerzo volvió a posarla en la máquina de escribir que tenía ante él.

La página en blanco que había puesto en ella sólo ostentaba este título en letras mayúsculas: «El misterio del segundo pepino».

Un título magnífico. Antonio Eastwood comprendió que cualquiera que leyera aquel título se sentiría inmediatamente intrigado y atraído por él. «"El misterio del segundo pepino" —dirían—. ¿Qué será esto? ¿Un *pepino*? ¿El segundo *pepino*? Tengo que leerlo». Y quedarían emocionados y encantados por la consumada habilidad con que aquel maestro de la ficción policíaca había tramado aquel excitante misterio alrededor de una simple hortaliza.

El título estaba muy bien. Antonio Eastwood sabía mejor que nadie cómo escribir la historia… lo malo era que no estaba inspirado. Los dos puntos esenciales de una historia son el título y la trama… el resto es sólo cuestión de detalles; algunas veces el mismo título sugiere la trama, y entonces todo es coser y cantar…, pero en este caso el título continuaba adornando la parte superior de la página, y no se le ocurría el menor vestigio de argumento.

Nuevamente Antonio Eastwood buscó inspiración en el techo, en el suelo y en el papel que adornaba las paredes, sin conseguir nada.

—A la protagonista la llamaré Sonia —dijo Antonio para animarse a continuar—. Sonia, o tal vez Dolores… tendrá un cutis pálido como el marfil… de éste que no es debido a enfermedad alguna, y ojos como pozos insondables. Al héroe le llamaremos Jorge, o John… un nombre corto y muy inglés. Luego al jardinero… supongo que tendrá que haber un jardinero…, hay que meter ese

condenado pepino como sea… y el jardinero puede ser escocés, con un cómico pesimismo respecto a las heladas tempranas.

Este sistema algunas veces le resultaba, pero aquella mañana no daba pie con bola. Sin embargo, Antonio podía ver a Sonia, Jorge y el jardinero cómico con toda claridad, aunque no demostraban la menor predisposición por cobrar actividad y vida.

—Claro que podría ser un plátano en vez de un pepino —pensó Antonio, desesperado—. O una lechuga, o una col de Bruselas… una col de Bruselas, vaya, ¿qué tal? Un cleptómano de Bruselas… un robo de bonos al portador… un siniestro barón belga…

Por un momento creyó ver un resplandor de luz, pero volvió a apagarse. El barón belga no tomaba forma, y Antonio recordó de pronto que los pepinos y las heladas tempranas son incompatibles, lo cual era el motivo de los jocosos comentarios del jardinero escocés.

—¡Oh! ¡Maldita sea! —exclamó el señor Eastwood.

Y levantándose fue a coger el *Daily Mail*. Era posible que se publicara alguna muerte que le inspirase. Pero aquella mañana las noticias eran principalmente políticas. El señor Eastwood dejó el periódico con disgusto.

A continuación, cogiendo una novela de encima de la mesa, cerró los ojos e introdujo su dedo índice entre sus páginas. La palabra escogida al azar y elegida por la suerte era «oveja». E inmediatamente, con sorprendente brillantez, en el cerebro del señor Eastwood fue desarrollándose una historia completa. Una muchacha encantadora… su amante muerto en la guerra, ella pierde la razón, y guarda las ovejas en las montañas escocesas… místico encuentro con el amante muerto… y un efecto final con ovejas, y luna, como una pintura académica, con la muchacha muerta sobre la nieve, y *dos rastros de pisadas*.

Era una bonita historia. Antonio salió de su abstracción con un suspiro y sacudió tristemente la cabeza. Sabía demasiado bien que el editor en cuestión no deseaba aquella clase de historia… por bonita que fuese. Lo que él quería, y no cesaba de repetirlo (y la verdad era que pagaba muy bien por obtenerlo) eran historias de mujeres misteriosas y morenas, con una puñalada en el corazón, con un protagonista injustamente sospechoso, y el rápido esclarecimiento del misterio, del que siempre resultaba culpable la

persona más inesperada, gracias a las pistas más absurdas… en resumidas cuentas… «El misterio del segundo pepino».

Aunque —reflexionó Antonio—, apuesto diez contra uno a que él le cambiaría el título para llamarle alguna estupidez, como, por ejemplo: «*Todos los crímenes son soeces*», sin consultarme siquiera. ¡Oh, maldito teléfono!

Se dirigió rápidamente hacia el aparato y lo descolgó. Durante la última hora le habían llamado dos veces… una fue un número equivocado, y la otra para pedirle que asistiera a una cena de una sociedad femenina que odiaba cordialmente, pero a la que no pudo negarse.

—¡Diga! —gruñó.

Le respondió una voz femenina, dulce y acariciante, con ligero acento extranjero.

—¿Eres tú, cariño? —dijo en tono suave.

—Pues… er… no lo sé —dijo el señor Eastwood cautamente—. ¿Quién habla?

—Soy yo. Carmen. Escucha, cariño. Me persiguen… estoy en peligro… tienes que venir en seguida. Es cuestión de vida o muerte.

—Le ruego me perdone —dijo el señor Eastwood, cortés—. Me temo que se ha equivocado de…

Ella le interrumpió antes de que pudiera terminar la frase.

—¡Madre de Dios! Ya viene. Si descubren lo que estoy haciendo, me matarán. No me falles. Ven en seguida. Si no vienes será mi fin. Ya sabes, calle Kirk, 320. La contraseña es «pepino»… Silencio…

Oyó cómo cortaba la comunicación.

—Bueno, que me aspen si lo entiendo —dijo el señor Eastwood muy asombrado.

Se acercó a su caja de tabaco para llenar la pipa.

—Supongo —murmuró— que debe haber sido algún extraño efecto de mi subconsciente. No puede haber *dicho* pepino. Este asunto es extraordinario. ¿Dijo pepino, o no lo dijo?

Paseó de un lado a otro indeciso.

—Calle Kirk, 320. Quisiera saber qué será todo esto. Ella esperará que acuda otro hombre. Ojalá pudiera haberme explicado. Calle Kirk, 320. La contraseña es «pepino»… Oh, imposible, absurdo… habrá sido una alucinación de mi fatigado cerebro.

Contempló la máquina de escribir con odio.

—¿Para qué sirves tú? Quisiera saberlo. Te he estado mirando toda la mañana, y, ¿qué bien me has hecho? Un autor debe sacar sus argumentos de la vida real… de la vida real, ¿te enteras? Y ahora voy en busca de uno.

Y encasquetándose el sombrero salió del piso, después de dedicar una tierna mirada a su preciosa colección de ricos esmaltes.

La calle Kirk, como saben la mayoría de londinenses, es una arteria larga y apartada, dedicada principalmente a tiendas de anticuarios, donde se ofrecen toda clase de artículos a precios inverosímiles. Hay asimismo tiendas de cobre antiguo, cristalerías y géneros de diversas clases de segunda mano y de compraventa de ropas.

El número 320 era una tienda de cristal antiguo, y mil objetos de variadas formas ocupaban prácticamente todo el espacio. Antonio tuvo que avanzar cautelosamente por el centro rodeado de vasos de vino, mientras sobre su cabeza oscilaban arañas y lámparas de cristal. Una mujer muy vieja, de aspecto truculento, estaba sentada al fondo de la tienda, y tenía un bigote incipiente que le hubiera envidiado más de un jovencito.

Al ver a Antonio, con una voz terrible dijo:

—¿Qué desea?

Antonio era un hombre joven que se acobardaba muy fácilmente, y en el acto preguntó el precio de algunos vasos tallados.

—Cuarenta y cinco chelines la media docena.

—Oh, vaya —exclamó Antonio—. Son muy bonitos, ¿verdad? ¿Y cuánto valen estos candelabros?

—Bonitos… Waterford antiguo. Se los dejaré por dieciocho guineas la pareja.

El señor Eastwood comprendió que se estaba metiendo en un lío. Al cabo de poco estaría comprando algo bajo la fuerza hipnotizadora de los ojos de aquella vieja. Y sin embargo, no osaba salir de la tienda.

—¿Y ese otro? —preguntó señalando un candelero.

—Treinta y ocho guineas.

—¡Ah! —dijo el señor Eastwood con pesar—. Eso es más de lo que puedo pagar.

—¿Qué es lo que desea? —preguntó la vieja—. ¿Algo para un

regalo de boda?

—Eso es —dijo Antonio agarrándose a la explicación—. Pero es una pareja muy difícil de contentar.

—Ah, bueno —dijo la vieja levantándose con aire resuelto—. Una bonita pieza de cristal viene bien a todo el mundo. Aquí tengo un par de botellas talladas… y este bonito juego de licor, lo más a propósito para una novia…

Durante los diez minutos siguientes, Antonio las pasó moradas. La vieja le tenía bien cogido, y le fue enseñando todas las piezas de cristal imaginables. Antonio estaba desesperado.

—Bonito, muy bonito —exclamaba sin cesar ante cada objeto que ella le obligaba a admirar. Al fin dijo apresuradamente—: Oiga, ¿tienen ustedes teléfono?

—No, no tenemos. Pero hay uno público en ese estanco de enfrente. Bueno, ¿qué ha dicho usted que escogía… la copa… o esos finos vasos antiguos?

Por no ser mujer, Antonio desconocía el arte gentil de salir de una tienda sin comprar nada.

—Será mejor que me lleve el juego de licor —dijo en tono lúgubre.

Le pareció lo más pequeño. Le aterrorizaba verse cargado con una araña.

Con amargura pagó el importe de su compra. Y entonces, mientras la vieja hacía el paquete, volvió a recuperar el valor. Al fin y al cabo, sólo le creería un excéntrico, y, ¿qué le importaba a él lo que pudiera pensar?

—Pepino —dijo con voz clara y firme.

La vieja interrumpió la operación de envolver el juego de licor.

—¿Eh? ¿Qué ha dicho usted?

—Nada —se apresuró a mentir Antonio.

—¡Oh! Creí que había dicho pepino.

—Eso dije —replicó Antonio desafiante.

—Vaya —dijo la vieja—. ¿Por qué no lo dijo antes? Haciéndome perder el tiempo. Entre por esa puerta y suba arriba. Ella le está esperando.

Como en un sueño. Antonio cruzó la puerta indicada y luego subió una escalera muy sucia. Al final había otra puerta entreabierta que dejaba ver una salita diminuta.

Sentada en una silla, con los ojos fijos en el suelo, y expresión anhelante, hallábase a la sazón una muchacha.

¡Y qué muchacha! Ella sí que tenía la verdadera palidez marfileña de que tantas veces hablaba en sus libros. ¡Y sus ojos! ¡Qué ojos! No era inglesa, podía adivinarse a primera vista. Tenía un atractivo exótico que se mostraba incluso en la cara sencillez de sus vestidos.

Antonio se detuvo en el umbral de la puerta algo avergonzado. Había llegado el momento de las explicaciones… pero con un grito de alegría la joven se puso en pie, yendo a refugiarse en sus brazos.

—Has venido —exclamó—. Has venido. Oh, alabados sean todos los santos y la Divina Madona.

Antonio, que no era de los que desperdician las oportunidades, la secundó con fervor. Al fin ella se separó mirándole a los ojos con encantadora sencillez.

—Nunca te hubiera conocido. Te lo aseguro.

—¿No? —dijo Antonio con voz insegura.

—No, incluso tus ojos son distintos… y eres diez veces más guapo de como te había imaginado.

—¿De veras?

Antonio se decía para sus adentros: «Conserva la calma, muchacho, no pierdas la calma. La situación se va desenvolviendo muy bien, pero no pierdas la cabeza».

—¿Puedo besarte otra vez?

—Pues claro —dijo Antonio de corazón—. Tantas veces como quieras.

Hubo un agradable intermedio.

«¿Quién diablo debe ser? —pensaba Antonio—. Espero que no se presente el individuo a quien ella espera. Es encantadora».

De pronto la muchacha se separó de él con el terror reflejado en el rostro.

—¿No te habrán seguido hasta aquí?

—Cielos, no.

—Ah, pero son muy astutos. Tú no les conoces tan bien como yo. Boris es el mismísimo demonio.

—Pronto cazaré a Boris para ti.

—Eres un león… sí, un león. Y en cuanto a ellos son unos *canailles*… todos. ¡Escucha, *lo tengo*! Me hubieran matado si llegan a

saberlo. Yo tenía miedo… no sabía qué hacer, y entonces me acordé de ti… Chiss, ¿qué ha sido eso?

Se había oído ruido en la tienda de abajo, e indicándole que permaneciera donde estaba, salió de puntillas a la escalera. Luego volvióse muy pálida y con los ojos desorbitados.

—¡Madre de Dios![1]. Es la policía. Están subiendo. ¿Tienes un cuchillo? ¿Un revólver? ¿Algo?

—Querida mía, no esperarás en serio que asesine a un policía…

—¡Oh, pero tú estás loco… loco! Te detendrán y luego te colgarán del cuello hasta que mueras.

—¿Tú crees que harán eso? —dijo el señor Eastwood sintiendo que un escalofrío recorría de arriba abajo su espina dorsal.

Se oyeron pasos en la escalera.

—Ahí vienen —susurró la muchacha—. Niégalo todo, es la única esperanza.

—Eso es bastante fácil —respondió Eastwood *sotto voce*.

Al minuto siguiente habían entrado dos hombres en la habitación. Vestían de paisano, pero tenían un porte autoritario, que hablaba de su profesión. El más bajo de los dos, un hombrecillo moreno de ojos grises, fue quien llevó la voz cantante.

—Conrado Fleckman, queda usted detenido —le dijo—, por el asesinato de Ana Rosenberg. Todo lo que diga podrá ser utilizado como evidencia contra usted. Aquí tiene la orden de detención y hará usted bien en acompañarnos sin resistencia.

Un grito semicontenido salió de labios de la joven, mientras Antonio daba un paso adelante con una sonrisa en los labios.

—Está usted en un error, agente —le dijo sin alterarse—. Mi nombre es Antonio Eastwood.

Los dos detectives parecieron no inmutarse lo más mínimo ante su declaración.

—Ya lo veremos después —dijo uno de ellos, el que no había hablado hasta entonces—. Entretanto, usted se viene con nosotros.

—Conrado —gimió la muchacha—. Conrado, no dejes que te lleven.

Antonio miró a los detectives.

—¿Me permitirán por lo menos que me despida de esta señorita?

Con más condescendencia de la que había esperado, los dos hombres se dirigieron hacia la puerta, mientras Antonio arrastraba

a la joven hasta la ventana, donde habló en tono bajo y con apremio:

—Escúcheme. Lo que dije es cierto. Yo no soy Conrado Fleckman. Cuando me telefoneaste debiste equivocarte de número. Me llamo Antonio Eastwood. Acudí con gusto a tu llamada porque… bueno, el caso es que vine.

Ella le miraba incrédula.

—¿Tú no eres Conrado Fleckman?

—No.

—¡Oh! —exclamó con desesperación—. ¡Y te he besado!

—Eso no importa —le aseguró Eastwood—. Ahora escúchame, yo me desharé de esta gente. Pronto probaré mi identidad. Entretanto, no te molestarán, y tú puedes advertir a ese dichoso Conrado. Después…

—¿Sí?

—Pues sólo esto. Mi número de teléfono es Northwestern 1473… y procura no equivocarte esta vez y armar líos.

Ella le dedicó una mirada encantadora entre sonrisas y lágrimas.

—No lo olvidaré… te aseguro que no lo olvidaré.

—Muy bien entonces. Adiós. Oye…

—¿Qué?

—Hablando de besos… una vez más no importará, ¿quieres?

Ella le echó los brazos al cuello y sus labios rozaron apenas los suyos.

—Me gustas… sí, me gustas. ¿Recordarás esto, ocurra lo que ocurra?

Antonio se desprendió de su brazo de mala gana, para aproximarse a sus perseguidores.

—Estoy dispuesto a acompañarles. Supongo que no detendrán a esta señorita…

—No, señor, quede tranquilo —repuso el detective más bajo en tono cortés.

«Estos hombres de Scotland Yard son muy correctos», pensó Antonio mientras les seguía por la estrecha escalera.

En la tienda no había rastro de la vieja, pero Antonio captó una respiración trabajosa procedente de una puerta que se abría al fondo, y adivinó que estaba escondida tras ella, observando con recelo el desarrollo de los acontecimientos.

Una vez en la oscuridad de la calle Kirk, Antonio exhaló un profundo suspiro antes de dirigirse al más bajo de los agentes.

—Ahora inspector… porque supongo que será usted un inspector…

—Sí, señor. Detective-inspector Verrall. Y éste es el detective-sargento Carter.

—Pues bien, inspector Verrall, ha llegado el momento de razonar… y de escucharme. Yo no soy Conrado como se llame. Mi nombre es Antonio Eastwood, como ya le dije, y soy escritor. Si quiere acompañarme a mi piso, creo que podré convencerle de mi identidad.

El tono de seguridad con que hablaba Antonio debió impresionar a los detectives, y por primera vez apareció una sombra de duda en el rostro de Verrall. Al parecer Carter era más difícil de contentar.

—Vaya —gruñó—. Pero según recordará usted esa joven le ha llamado «Conrado».

—¡Ah! Ésa es otra cuestión. No me importa admitir ante ustedes que por… er… razones de mi incumbencia, me he hecho pasar por cierta persona llamada Conrado ante esa joven. Comprendan, es una cuestión privada.

—¿Bonita historia, eh? —observó Carter—. No, señor, usted se viene con nosotros. Para un taxi, Joe.

Detuvieron un taxi, y los tres hombres subieron a él. Antonio hizo el último intento dirigiéndose a Verrall por ser el más razonable de los dos.

—Escuche, mi querido inspector, ¿qué mal hay en que ustedes dos vengan a mi piso y vean si les digo la verdad? Pueden conservar el taxi si quieren… ¡es una oferta generosa! Y no tardaremos ni cinco minutos.

Verrall le miró con aire escrutador.

—Bueno —dijo de pronto—. Por extraño que parezca creo que dice la verdad. No me gustaría hacer el ridículo en la comisaría por habernos equivocado de hombre. ¿Cuál es su dirección?

—Brandenburg Mansions número cuarenta y ocho.

Verrall, inclinándose hacia delante, se la repitió al conductor. Los tres guardaron silencio hasta llegar a su destino. Carter se apeó entonces y Verrall hizo seña a Antonio para que le siguiera.

—No es preciso dar lugar a situaciones violentas —dijo al descender—. Entraremos amigablemente como si el señor Eastwood hubiera invitado a un par de amigos a un aperitivo.

A Antonio le encantó aquella sugerencia, y su opinión respecto al Departamento de Investigación Criminal mejoró notablemente.

En la puerta tuvieron la suerte de encontrar a Rogers, el portero. Antonio le detuvo.

—¡Ah! Buenas tardes, Rogers —le saludó en tono casual.

—Buenas tardes, señor Eastwood —replicó el portero respetuoso.

Apreciaba a Antonio, que le trataba con una liberalidad no siempre imitada por sus convecinos.

Antonio se volvió cuando estaba ya al pie de la escalera.

—A propósito, Rogers —dijo como por casualidad—. ¿Cuánto tiempo llevo viviendo aquí? Estaba discutiéndolo con estos amigos míos.

—Déjeme que piense, señor. Ahora debe hacer cosa de cuatro años.

—Lo que imaginaba.

Antonio dirigió una mirada de triunfo a los dos detectives. Carter gruñó, pero Verrall, sonreía abiertamente.

—Bien, aunque no es bastante —observó—. ¿Subimos?

Antonio les abrió la puerta de su piso con su llavín, y se alegró al recordar que su criado, Seamark, había salido. Cuantos menos testigos hubiera de aquella catástrofe, mejor.

La máquina de escribir estaba en el mismo sitio donde la dejara, y Carter, acercándose a la mesa, leyó el título escrito en el papel.

—«El misterio del segundo pepino» —anunció con voz truculenta.

—Una de mis historias —explicó con indiferencia.

—Ésa es otra buena prueba, señor —dijo Verrall inclinando la cabeza—. A propósito, señor, ¿de qué se trata? ¿Cuál era el misterio del segundo pepino?

—Ah, ahí tiene usted —repuso Antonio—. Es ese segundo pepino el que tiene la culpa de haber armado todo este jaleo.

Carter le miraba fijamente y de pronto, tocándose la frente significativamente, exclamó:

—Está trastornado, pobre hombre.

—Y ahora, caballeros —apresuróse a decir Eastwood—, pasemos a lo que importa. Aquí tienen cartas dirigidas a mí, mi libro de cheques, comunicaciones de mis editores. ¿Qué más desean?

Verrall examinó los papeles que Antonio le había confiado.

—Por mí —le dijo con respeto—, no deseo nada más, señor. Estoy plenamente convencido, pero no puedo asumir la responsabilidad de soltarle. Comprenda, aunque parezca seguro que usted ha estado viviendo aquí como el señor Eastwood durante algunos años, es posible que Conrado Fleckman y Antonio Eastwood sean la misma persona. Debo registrar el piso, tomar sus huellas dactilares, y telefonear a Jefatura.

—Me parece un programa muy razonable —observó Antonio—. Les aseguro que les darán la bienvenida todos los secretos culpables que puedan encontrar.

El inspector sonrió. Para ser detective era una persona muy humana.

—¿Quiere usted pasar a la otra habitación, con Carter, mientras yo me ocupo del registro?

—De acuerdo —dijo Antonio complaciente—. ¿Y no podría ser al contrario…?

—¿Cómo dice?

—Yo preferiría que usted, yo y un par de whiskys ocupáramos la habitación contigua mientras nuestro amigo el sargento lleva a cabo el registro.

—¿Usted lo preferiría así, señor?

—Sí, lo prefiero.

Dejaron que Carter investigara el contenido del escritorio con destreza profesional, y mientras se dirigían a la otra habitación le oyeron coger el teléfono para llamar a Scotland Yard.

—Así está mejor —dijo Antonio, colocando un vaso de whisky y sifón junto a su butaca, después de haber servido al inspector Verrall—. ¿Quiere que beba yo primero para demostrarle que el whisky no está envenenado?

El detective sonrió.

—Todo esto es muy irregular —observó—. Pero en nuestra profesión se aprenden algunas cosas. Por ejemplo, desde el primer momento comprendí que nos habíamos equivocado, pero, naturalmente, hay que observar las fórmulas establecidas. Nadie

puede escapar a los formulismos, ¿no le parece, señor?

—Lo supongo —repuso Antonio con pesar—. Aunque el sargento todavía no parece muy convencido, ¿verdad?

—Ah, es un hombre muy delicado, el detective-sargento Carter. No le sería fácil engañarle.

—Ya lo he observado —replicó Antonio—. A propósito, inspector —agregó—. ¿No podría enterarme un poco de lo que ocurre?

—¿En qué sentido, señor?

—Vamos, ¿no comprende que me está devorando la curiosidad? ¿Quién era Ana Rosenberg, y por qué la asesinó?

—¡Mañana lo leerá todo en los periódicos, señor!

—«Mañana puede tener diez mil años más» —recitó Antonio—. Creo que puede usted satisfacer mi legítima curiosidad, inspector. Deje a un lado sus escrúpulos oficiales, y cuéntemelo todo.

—Esto es muy irregular, señor.

—Mi querido inspector, ¿ahora que estábamos siendo ya tan amigos?

—Bien, señor. Ana Rosenberg era una judía alemana que vivía en Hampstead, y sin visibles medios de vida, cada año era más rica.

—A mí me ocurre lo contrario —comentó Antonio—. Tengo medios visibles de vida y cada año estoy más pobre. Tal vez sería mejor que me fuese a vivir a Hampstead. Siempre oí decir que Hampstead es muy acogedor.

—Hace tiempo —continuó Verrall—, se dedicaba a la compraventa de ropas usadas…

—Eso lo explica todo —le interrumpió Antonio—. Recuerdo haber vendido mi uniforme después de la guerra… no el caqui, sino el de gala. Todo el piso estaba lleno de calzones rojos y galones dorados, esparcidos por doquier para que se vieran. Un hombre gordo vestido de empleado vino a casa con una maleta. Me pagó una libra con diez por todo. Al fin le di también una cazadora y unos prismáticos para hacer las dos libras. Lo metió todo dentro de una maleta, y luego me entregó un billete de diez libras pidiéndome cambio.

—Hará cosa de diez años —continuó el inspector—, en Londres había varios refugiados políticos españoles… y entre ellos un tal Fernando Ferráez con su joven esposa y una niña. Eran muy pobres,

y la esposa estaba enferma. Ana Rosenberg visitó el lugar donde estaban hospedados para preguntarles si tenían algo que vender. Don Fernando había salido y su esposa decidió deshacerse de un precioso chal bordado maravillosamente, y que había sido uno de los últimos regalos que le hiciera su esposo antes de huir de España. Cuando don Fernando regresó se puso furioso al saber que había vendido el chal, y trató en vano de recuperarlo; cuando al fin consiguió dar con aquella vendedora de ropas de segunda mano, ésta declaró que había vuelto a vender el chal a una mujer cuyo nombre desconocía. Don Fernando estaba desesperado. Dos meses después lo apuñalaron en la calle, y falleció a consecuencia de sus heridas. Ana Rosenberg nadaba en la abundancia… cosa sospechosa. Y durante los diez años siguientes, su casa de Hampstead fue asaltada por lo menos ocho veces. Cuatro atentados fueron frustrados y no se llevaron nada, pero las otras veces tuvieron éxito y entre otras cosas se llevaron un chal bordado.

El inspector hizo una pausa, y luego, obedeciendo a un gesto apremiante de Antonio, continuó:

—Hace una semana, Carmen Ferráez, la hija de don Fernando, llegó a este país procedente de un convento de Francia; y su primera acción fue buscar a Ana Rosenberg en Hampstead. Se sabe que tuvo una escena violenta con la vieja, y las palabras que le dijo al marcharse fueron oídas por una de las criadas. «Usted lo tiene todavía —exclamó—. Todos estos años se ha estado haciendo rica con él… pero le aseguro solemnemente que al final le traerá mala suerte. No tiene derecho moral sobre él, y llegará un día en que deseará no haber visto nunca el Chal de las Mil Flores».

»Tres días después de esto, Carmen Ferráez desapareció misteriosamente del hotel donde se hospedaba. En su habitación se encontró un nombre y una dirección… el nombre era el de Conrado Fleckman, y también una nota de un hombre que resultó ser un anticuario, preguntándole si estaba dispuesta a desprenderse de cierto chal bordado que él creía estaba en sus manos. La dirección que se mencionaba en la nota era falsa.

»Está bien claro que el chal es el centro de todo el misterio. Ayer mañana, Conrado Fleckman visitó a Ana Rosenberg. Estuvo con ella cosa de una hora o más, y cuando se marchó ella viose obligada a acostarse, tan pálida y excitada quedó después de la entrevista, pero

dio orden de que si él volvía a verla le recibiría. La noche pasada se levantó para salir a eso de las nueve, y ya no volvió. Esta mañana la encontraron en la casa ocupada por Conrado Fleckman con una puñalada en el corazón. Y en el suelo junto a ella… ¿qué cree usted que había?

—¿El chal? —susurró Antonio—. El Chal de las Mil Flores.

—Algo mucho más espeluznante. Algo que explicaba todo el misterioso asunto del chal y descubría su oculto valor… Perdóneme, supongo que debe ser el jefe…

Desde luego acababan de llamar a la puerta, y Antonio contuvo su impaciencia lo mejor que le fue posible, y esperó el regreso del inspector. Ahora estaba bien tranquilo respecto a su posición. En cuanto le tomaran las huellas dactilares comprenderían su error.

Y entonces tal vez… le telefonease Carmen…

¡El Chal de las Mil Flores! Qué historia más extraña… la clase de misterio que correspondía a la exquisita belleza morena de la joven.

Despertó de sus sueños. Qué pesado era aquel inspector. Se levantó abriendo la puerta. El piso estaba en silencio. ¿Se habrían marchado? No era posible que ni siquiera se hubiesen despedido.

Entró en la habitación contigua. Estaba vacía… igual que el saloncito. ¡Con un vacío extraño! Todo tenía una curiosa apariencia destartalada. ¡Cielo Santo! ¡Sus esmaltes… la plata!

Corrió como un loco por todo el piso; en todas partes encontró la misma respuesta. Le habían desvalijado. Todo lo de valor, y Antonio era un buen coleccionista de objetos de buen gusto, había desaparecido.

Antonio se dejó caer en una butaca escondiendo la cabeza entre las manos con un gemido, hasta que le despertó el timbre de la puerta, y al abrirla encontróse con Rogers.

—Me perdonará el señor —dijo el portero—. Pero esos caballeros me dijeron que subiera a ver si deseaba alguna cosa.

—¿Qué caballeros?

—Esos dos amigos suyos, señor. Yo les ayudé a embalar lo mejor que pude. Por suerte tenía dos buenas maletas en el sótano —sus ojos inspeccionaron el suelo—. He barrido la paja lo mejor que he podido, señor.

—¿Embalaron las cosas aquí? —gimió Antonio.

—Sí, señor. ¿No era lo que usted quería, señor? Fue el caballero

más alto el que me lo dijo, y al ver que usted estaba muy ocupado hablando con el otro caballero en esa habitación, no quise molestarle.

—No estaba hablando con él —repuso Antonio—, era él quien hablaba conmigo… maldito sea.

Rogers carraspeó.

—Le aseguro que siento mucho su necesidad, señor.

—¿Qué necesidad?

—La de separarse de sus pequeños tesoros, señor.

—¿Eh? ¡Oh, sí! ¡Ja, ja! —lanzó una risa forzada—. Supongo que ahora ya se habrán marchado… Me refiero a esos amigos míos.

—Oh, sí, señor, ya hace rato. Les llevé las maletas hasta el taxi, y el caballero alto volvió a subir, y luego bajaron los dos corriendo y se fueron en seguida… Perdone, señor, ¿pero ocurre algo malo?

Rogers podía preguntarlo. El profundo gemido que exhaló Antonio habría despertado la compasión en cualquier parte.

—Todo ha sido un error. Gracias, Rogers. Pero comprendo que usted no tiene la culpa. Déjeme solo, quisiera charlar un rato con mi teléfono.

Cinco minutos más tarde vemos a Antonio relatando lo ocurrido al inspector Driver, que se hallaba sentado ante él con el bloc de notas en la mano. El inspector Driver era un hombre antipático (reflexionó Antonio), y no parecía un auténtico inspector. Otra sorprendente muestra de la superioridad del Arte sobre la Naturaleza.

Antonio llegó al término de su narración, y el inspector cerró su libro de notas.

—¿Y bien? —preguntó Antonio nervioso.

—Está claro como el día —dijo el inspector—. Es la banda Patterson. Han realizado muy buenos golpes últimamente. Un hombre alto y rubio, y otro moreno y menudo, y la chica.

—¿La chica?

—Sí, morena y guapísima. Por lo general actúa de cimbel.

—¿Una… chica española?

—Es posible que se haga pasar por española. Nació en Hampstead.

—Yo dije que era un lugar muy acogedor —murmuró Antonio.

—Sí, está bien claro —dijo el inspector levantándose para

marchar—. Marcó su teléfono y le contó una historia… adivinando que usted acudiría en seguida. Luego se va a ver a mamá Gigsono, quien acepta una propina por dejarle utilizar su habitación, creyendo que le resulta embarazoso encontrarse en público con sus… amantes, ¿comprende? Nada criminal. Usted cae en la trampa, luego le traen aquí, y mientras uno de ellos le cuenta un cuento, el otro se escabulle con el botín. Son los Patterson, no cabe duda… lleva su marca.

—¿Y mis cosas? —preguntó Antonio intranquilo.

—Haremos lo que podamos, señor, pero los Patterson son extraordinariamente astutos.

—Eso parece —replicó Antonio con amargura.

El inspector se marchó, y apenas acababa de salir, cuando encontróse ante un botones que traía un paquete.

—Esto es para usted, señor.

Antonio lo tomó con cierta sorpresa. No estaba esperando ningún paquete, y al volver a la salida, cortó el cordel que lo ataba.

¡Era el juego de licor!

—¡Maldición! —exclamó Antonio.

Luego observó que en el fondo de uno de los vasos había una diminuta rosa artificial, y su pensamiento voló en seguida hacia la habitación superior de la calle Kirk.

—«Me gustas… sí, me gustas. ¿Recordarás esto ocurra lo que ocurra, verdad?».

Eso es lo que ella había dicho. *Ocurra lo que ocurra*… ¿Acaso quiso decir…?

Antonio se contuvo.

—Esto no vale —se reprendió con severidad.

Sus ojos repararon en la máquina de escribir, y fue a sentarse ante ella con aire resuelto.

## EL MISTERIO DEL SEGUNDO PEPINO

Su rostro volvió a adquirir una expresión soñadora. El Chal de las Mil Flores. ¿Qué sería lo que encontraron en el suelo junto al cadáver de la víctima? ¿Aquella cosa espeluznante que explica todo el misterio?

Nada, naturalmente, puesto que todo había sido una farsa para

retener su atención y aquel falso policía había empleado el truco de *Las mil y una noches*, interrumpiéndose en el momento más interesante. ¿Pero acaso no podría haber algo espeluznante que explicase aquel misterio? ¿Por qué no… si uno se lo proponía?

Antonio arrancó la hoja de papel que había en la máquina, sustituyéndola por otra en la que escribió este encabezamiento:

EL MISTERIO DEL CHAL ESPAÑOL

Lo contempló unos minutos en silencio…
Y luego empezó a escribir rápidamente…

# LA BOLA DORADA DE LA OPORTUNIDAD

Jorge Dundas se detuvo en plena ciudad de Londres con aire pensativo.

A su alrededor, obreros y empleados iban y venían en aquella marea envolvente, pero Jorge, exquisitamente vestido, con los pantalones bien planchados, no les prestaba atención. Estaba muy ocupado pensando lo que debía hacer a continuación.

¡Algo había ocurrido! Entre Jorge y su tío rico (Efrain Leadbetter, de la firma Leadbetter y Gilling) se habían cruzado unas «palabritas» como se dice vulgarmente. Para hablar con exactitud, las palabras habían sido pronunciadas casi únicamente por el señor Leadbetter. Habían brotado de sus labios como un torrente de amarga indignación, y el hecho de que fueran una repetición constante no parecía haberle preocupado. Decir algo bonito una vez y no repetirlo, era algo imposible para él.

El tema fue bien sencillo… la tontería y la perversidad de un joven, que tiene que abrirse camino, y que se toma un día de asueto en plena semana, sin permiso de nadie. Cuando el señor Leadbetter hubo dicho todo lo que se le ocurría, repitiéndolo varias veces, se detuvo para tomar aliento y preguntó a Jorge qué significaba aquello.

Jorge respondió sencillamente que lo que él quería era un día libre. En resumen, un día de fiesta.

¿Y para qué estaban el sábado por la tarde y el domingo?, quiso saber el señor Leadbetter. Para no mencionar la Pascua de Pentecostés, que acababa de pasar, y la próxima fiesta del patrón de los Bancos.

Jorge replicó que no le importaban las tardes de los sábados, los domingos, ni las fiestas patronas. Tenía necesidad de un día cualquiera en el que le fuera posible encontrar un sitio donde no se

hubiera reunido ya medio Londres.

Entonces el señor Leadbetter dijo que había hecho cuanto estaba en su mano por el hijo de su difunta hermana… y que nadie podría decir que no le había dado una oportunidad, pero evidentemente fue inútil, y en el futuro Jorge podría gozar de los cinco días laborables de la semana, además del sábado y del domingo, para hacer lo que le viniera en gana.

—Te arrojaron a las manos la bola dorada de la oportunidad, hijo mío —dijo Leadbetter como último y poético toque final de su discurso—. Y no has sabido cogerla.

Jorge dijo que a él le parecía que era eso lo que *había* hecho, y el señor Leadbetter, trocando la poesía en ira, le ordenó que se marchara.

De ahí… las meditaciones de Jorge. ¿Se volvería atrás su tío? ¿Sentía por Jorge algún afecto secreto, o sólo un patente disgusto?

Y fue en aquel preciso momento que una voz… una voz inesperada… dijo:

—¡Hola!

Un coche de turismo de línea aerodinámica se había detenido junto a la acera, y sentada ante el volante estaba la chica más bonita y popular de la alta sociedad, Mary Montresor (la descripción es la misma que aparecía bajo su retrato en la revistas ilustradas por lo menos cuatro veces al mes).

Mary sonreía a Jorge con simpatía.

—Nunca pensé que un hombre pudiera parecerse tanto a una isla —dijo Mary Montresor—. ¿Quieres subir?

—Con el alma y la vida —replicó Jorge sin la menor vacilación, y así lo hizo, sentándose junto a ella.

Avanzaron lentamente porque las leyes del tráfico no permitían otra cosa.

—Estoy harta de la ciudad —dijo Mary Montresor—. Vine a ver qué tal era, pero me vuelvo a Londres.

Sin corregir su geografía, Jorge le dijo que era una idea magnífica. Siguieron adelante, unas veces despacio, otras con ciegos arranques veloces cuando Mary veía la oportunidad de pasar a otros vehículos. A Jorge le pareció que en esto era un tanto optimista, pero consolóse pensando que sólo se muere una vez. Sin embargo, consideró conveniente no darle conversación, prefiriendo que su

rubia acompañante se entregara totalmente a la tarea que tenía entre manos.

Fue ella quien reanudó la charla, mientras corrían velozmente por un recodo de Hyde Park.

—¿Te gustaría casarte conmigo? —le preguntó ella como por casualidad.

Jorge contuvo el aliento, pero debió ser debido a la proximidad de un enorme autobús que parecía ansioso de destrucción, y se enorgulleció de su rápida respuesta.

—Me encantaría —replicó con facilidad.

—Bueno —dijo Mary Montresor vagamente—. Tal vez puedas hacerlo algún día.

Volvieron a tomar la carretera recta sin accidentes, y en aquel momento Jorge advirtió unos grandes cartelones de noticias colocados en la estación del «metro» de Hyde Park Corner. Entre «grave situación política» y «llegada del trasatlántico "Coronel"» se leía «Joven de la alta sociedad se casa con un duque» y en otro «el duque de Edgehill y la señorita Montresor».

—¿Qué es eso del duque de Edgehill? —preguntó Jorge con severidad.

—¿Bingo y yo? Estamos prometidos.

—Pero entonces… lo que acabas de decir…

—Oh, eso —dijo Mary Montresor—. Comprende, todavía no he decidido del todo con quién voy a casarme.

—¿Entonces por qué te has prometido?

—Sólo para demostrar que podía hacerlo. Todos pensaban que me sería muy difícil, y no lo fue nada.

—Has sido muy afortunada logrando conquistar a ese… es… Bingo —dijo Jorge mencionando con violencia a un duque auténtico por su nombre de pila.

—Nada de eso —replicó Mary Montresor—. El afortunado ha sido él, si es que hay algo que pueda hacerle bien… cosa que dudo.

Jorge hizo otro descubrimiento… de nuevo con la ayuda de otro cartel de anuncios.

—Vaya, si hoy hay carreras en Ascot. Debiera haber adivinado que ése era el único sitio donde podrías estar tú.

Mary Montresor suspiró.

—Quería tener un día de libertad —dijo sencillamente.

—Vaya, igual que yo —repuso Jorge encantado—. Y como resultado mi tío me ha despedido para que me muera de hambre.

—En ese caso nos casaremos —decidió Mary—, mis veinte mil libras al año te resultarán sumamente útiles.

—Desde luego nos proporcionarían algunas comodidades para nuestra casa —repuso Jorge.

—Hablando de casas —comentó Mary—. Vamos al campo a ver si encontramos alguna que nos guste.

Resultaba un plan encantador. Pasaron Putney Bridge y, al llegar a Kingston, Mary apretó el acelerador con un suspiro de satisfacción. Llegaron al campo muy de prisa, y media hora más tarde, Mary, exhalando una exclamación, señaló hacia un lado con gesto teatral. Ante ellos, en la cima de una colina se alzaba una casa de esas que los agentes de ventas describen (rara vez con verdad) de «Un encanto al estilo antiguo». Imaginaos que la descripción de la mayoría de casas de campo se hiciera realidad por una vez, y tendréis una idea. Mary Montresor detuvo el coche ante una cerca pintada de blanco.

—Dejaremos aquí el coche, e iremos a verla. ¡Es nuestra casa!

—Decididamente lo es —convino Jorge—. Pero de momento parece que viven en ella otras personas.

Mary despreció a las otras personas con un gesto, y subieron juntos por el camino. La casa resultaba aún más atrayente vista de cerca.

—Nos acercaremos para atisbar por las ventanas —dijo Mary.

Jorge se resistía.

—¿Tú crees que esta gente…?

—Yo no pienso en ellos. Es nuestra casa… y sólo viven en ella por casualidad. Y si alguien nos sorprendiera, diré… diré que yo creía que era la casa de la señora… Pardonstenger y que siento haberme equivocado.

—Bueno, no está mal —dijo Jorge pensativo.

Miraron por las ventanas. La casa estaba exquisitamente amueblada, y acababan de llegar al salón cuando oyeron pasos en la grava del jardín y al volverse se hallaron frente a un mayordomo impecable.

—¡Oh! —dijo Mary, y con su más encantadora sonrisa agregó—: ¿Está en casa la señora Pardonstenger? Estaba mirando si estaba en

el salón.

—La señora Pardonstenger está en casa, señora —replicó el mayordomo—. Tenga la bondad de pasar… por aquí, por favor.

Hicieron lo único que podían hacer: seguirle. Jorge iba calculando el número de probabilidades que había para que hubiesen acertado, y siendo el nombre Pardonstenger llegó a la conclusión de que era una entre veinte mil.

Su compañera le susurró:

—Déjalo en mis manos. Todo irá bien.

A Jorge le vino de perilla, pues según él aquella situación requería delicadeza femenina.

Les hicieron pasar al salón, y en cuanto se hubo retirado el mayordomo, volvió a abrirse la puerta dando paso a una señora alta y de cabellos oxigenados que les contempló con aire expectante.

Mary Montresor dio un paso hacia ella, y luego se detuvo con bien simulada sorpresa.

—¡Vaya! —exclamó—. ¡Si no es Amy! ¡Qué cosa más extraordinaria!

—Lo es —dijo una voz siniestra.

Había entrado un hombre corpulento de rostro de bulldog y ceño amenazador, situándose detrás de la señora Pardonstenger. Jorge, pensó que nunca había visto un tipo más desagradable. El hombre cerró la puerta y apoyó la espalda contra ella.

—Sí, una cosa extraordinaria —repitió con su voz áspera—. Pero creo haber comprendido su juego. —Y de pronto sacó un revólver enorme—. ¡Manos arriba! He dicho manos arriba. Cachéalos, Bella.

Jorge, al leer novelas policíacas, se había preguntado muchas veces qué significaba eso de «cachear». Ahora lo supo. Bella (alias señora Pardonstenger) comprobó que ni él ni Mary llevaban armas escondidas en ninguna de sus ropas.

—Pensaron que eran muy listos, ¿verdad? —gruñó el hombre—. Viniendo aquí de esta manera y haciéndose los inocentes. Esta vez se han equivocado… del todo. En realidad, dudo mucho que sus amigos y parientes vuelvan a verles jamás. Ah, sí, ¡eh! —dijo al ver que Jorge hacía un movimiento de rebeldía—. Nada de trucos. Dispararé en cuanto vuelva a moverse.

—Ten cuidado, Jorge —suplicó Mary.

—Tendré cuidado —repuso Jorge con sentimiento—. Mucho

cuidado.

—Y ahora en marcha —dijo el hombre—. Abre la puerta, Bella. Y ustedes dos conserven las manos encima de la cabeza. La señora primero… así está bien. Yo iré detrás de los dos. Crucen el recibidor. Ahora arriba…

Obedecieron. ¿Qué otra cosa podían hacer? Mary empezó a subir la escalera con las manos en alto seguida de Jorge, y detrás de ellos el gigantesco rufián, revólver en mano.

Al llegar a lo alto de la escalera, Mary dobló la esquina, y en el mismo instante, sin el menor aviso, Jorge propinó un fiero puntapié hacia atrás alcanzando al hombre de pleno, y haciéndole caer de espaldas por la escalera. Al segundo siguiente Jorge había saltado sobre él, apoyando las rodillas sobre su pecho, y con la mano derecha cogió el revólver que el otro había soltado durante la caída.

Bella, lanzando un grito, se retiró por una puerta, y Mary bajó corriendo la escalera, pálida como la cera.

—Jorge, ¿le has matado?

El hombre estaba tendido completamente inmóvil, y Jorge se inclinó sobre él.

—No creo que le haya matado —dijo con pesar—. Pero desde luego está fuera de cuenta.

—Gracias a Dios —Mary respiraba muy de prisa.

—Un golpe limpio —dijo Jorge admirado de sí mismo—. Vaya una lección para esta mula. ¿Eh, qué quieres?

Mary tiraba de él con fuerza.

—Vámonos —exclamó con fervor—. Vámonos de prisa.

—¿Y si buscáramos algo con que atar a este individuo? —dijo Jorge dispuesto a seguir sus propios planes—. ¿Podrías encontrar algún pedazo de cuerda por ahí?

—No, no podría —replicó Mary—. Y vámonos… por favor, por favor… estoy tan asustada…

—No necesitas asustarte estando yo aquí —replicó Jorge con vil arrogancia.

—Jorge querido, por favor… hazlo por mí. No quiero verme mezclada en esto. Vámonos, por favor, te lo suplico de veras.

La exquisita ternura con que pronunció las palabras «hazlo por mí» ablandó la determinación de Jorge, que se dejó arrastrar donde les esperaba el auto. Mary dijo con desmayo:

—Conduce tú. Yo no puedo.

Y Jorge tomó posesión del volante.

—Pero hemos de ver cómo acaba esto —le dijo—. Dios sabe lo que se trae entre manos ese tunante. No daré parte a la policía si no quieres… pero tengo que averiguarlo. Tengo que seguirles la pista.

—No, Jorge. No quiero que lo hagas.

—¿Se nos presenta una aventura de primera clase como ésta y quieres que me vuelva de espaldas? No, ni lo sueñes.

—No tenía idea de que fueses tan sanguinario —dijo llorosa.

—No soy sanguinario. Yo no fui quien empezó. Ese condenado individuo amenazándonos con ese gigantesco revólver… A propósito…, ¿cómo diantre no se disparó cuando yo le arrojé escalera abajo?

Y deteniendo el coche, la sacó del bolsillo de la portezuela donde lo pusiera al subir. Después de examinarlo lanzó un silbido.

—¡Vaya, que me aspen si lo entiendo! No está cargado. Si lo llego a saber… —Se detuvo abstraído en sus pensamientos—. Mary, todo esto es muy extraño.

—Lo sé. Por eso te suplico que lo dejes.

—Nunca —replicó Jorge con voz firme.

Mary suspiró.

—Ya veo que tendré que contártelo —le dijo—. Y lo peor de todo es que no tengo la menor idea de cómo te sentará.

—¿Qué quieres decir? ¿Qué has de contarme?

—Verás. —Hizo una pausa—. Yo creo que hoy en día las mujeres debemos ayudarnos mutuamente… cuando queremos, sobre todo, saber algo de los hombres que conocemos.

—¿Y bien? —preguntó Jorge, completamente despistado.

—Y lo más importante para una chica es saber cómo reaccionaría él ante una dificultad… ¿Tiene presencia de ánimo… valor… inteligencia rápida? Esas cosas no pueden saberse… hasta que ya es demasiado tarde. Tal vez no se presente ninguna oportunidad hasta varios años después de casados. Todo lo que sé de mis amigos es si bailan bien y si son capaces de encontrar un taxi en noches lluviosas.

—Las dos cosas son muy útiles —señaló Jorge.

—Sí, pero una quiere saber si el hombre es hombre.

—«Los grandes espacios abiertos donde los hombres son

hombres» —recitó Jorge con aire ausente.

—Exacto. Pero en Inglaterra no tenemos esos espacios abiertos. De manera que hay que crear una situación artificial. Y eso es lo que hice.

—¿Qué quieres decir?

—Lo que quiero decir es que esa casa actualmente es mía. Y vinimos porque yo quise… no por casualidad. Y el hombre… ese hombre a quien por poco matas…

—¿Sí?

—Es Rube Wallace… el actor de cine. Siempre representa papeles de luchador. Es un hombre muy amable y simpático, y le contraté. Bella es su esposa. Por eso me quedé aterrada al ver que podías haberle matado. Naturalmente que el revólver no estaba cargado. Pertenece a la compañía cinematográfica. Oh, Jorge, ¿estás muy enfadado?

—¿Soy el primero con quien… has probado este experimento?

—Oh, no. Lo probé con… deja que piense… con otros nueve y medio.

—¿Quién era el medio? —preguntó Jorge con curiosidad.

—Bingo —replicó en tono frío.

—¿Y a los demás no se les ocurrió el truco de pegar una patada hacia atrás, como hacen las mulas?

—No… a ninguno. Algunos fanfarronearon, y otros se sometieron en seguida, pero todos permitieron que les llevaran arriba, y les ataran y amordazasen. Luego, me las arreglé para soltar mis ligaduras… claro está, como en las novelas… y les liberté. Nos escapamos… descubriendo que la casa estaba vacía.

—¿Y a nadie se le ocurrió el truco de la mula ni nada parecido?

—No.

—En ese caso —dijo Jorge condescendiente—, te perdono.

—Gracias, Jorge —repuso Mary sumisa.

—En resumen: la única cuestión que se nos presenta ahora es: ¿a dónde vamos? —dijo Jorge—. No estoy del todo seguro si hay que ir a Lambeth Palace o al juzgado.

—¿De qué estás hablando?

—De la licencia. Creo que lo indicado es una licencia especial. Tienes demasiada afición a prometerte con un hombre y preguntar a otro si quiere casarse contigo.

—¡Yo no te he pedido que te cases conmigo!

—Sí que me lo pediste. En Hyde Park Corner. No es un sitio que hubiera escogido yo para pedir a nadie en matrimonio, pero cada uno tiene sus ideas respecto a este particular.

—Yo no hice nada de eso. Y sólo pregunté, en broma, si te gustaría casarte conmigo. No tenía intención de que lo tomaras en serio.

—Si consultara un abogado, estoy seguro que diría que eso fue una auténtica proposición. Además, tú sabes que quieres casarte conmigo.

—No.

—¿Ni siquiera después de los nueve fracasos y medio? Imagínate la sensación de seguridad que iba a darte ir por la vida al lado de un hombre capaz de sacarte de una situación peligrosa.

Mary parecía ablandarse poco a poco ante este argumento, pero dijo en tono firme:

—No me casaría con ningún hombre a menos que le viera arrodillado ante mí.

Jorge la miró. Era adorable, pero Jorge poseía otras características propias de las mulas, aparte de saber dar coces, y replicó con la misma determinación:

—Arrodillarse ante una mujer es degradante, y no lo haré.

Mary dijo con encantadora presteza:

—¡Qué lástima!

Regresaron a Londres. Jorge estaba muy serio y callado, y Mary tenía el rostro oculto por el ala de su sombrero. Al pasar por Hyde Park Corner, murmuró en tono suave:

—¿No podrías arrodillarte ante mí?

Jorge replicó en tono firme:

—No.

Se sentía un superhombre. Ella le admiraba por su actitud, pero por lo visto también era testaruda. De pronto Jorge se irguió.

—Perdóname —le dijo.

Y apeándose del coche, retrocedió hasta un puesto de fruta que acababan de pasar, regresando tan rápidamente que el policía que se acercaba a ellos para preguntar qué ocurría no tuvo tiempo de llegar.

—«Coma más fruta» —dijo—. Y además es simbólico.

—¿Simbólico?

—Sí. Eva dio una manzana a Adán. Hoy en día Adán se la da a Eva. ¿Comprendes?

—Sí —repuso Mary dudosa.

—¿A dónde te llevo? —preguntó Jorge en tono serio.

—A casa, por favor.

Dirigió el coche hacia la Plaza Grosvenor con rostro impasible. Se apeó, dando la vuelta para ayudarla a bajar. Ella le hizo una última súplica.

—Querido… Jorge… ¿no podrías? ¿Sólo por complacerme?

—Nunca —dijo Jorge.

Y en aquel preciso momento ocurrió. Resbaló, y al tratar de recobrar el equilibrio quedó arrodillado en el barro ante ella. Mary lanzó una exclamación de alegría, palmoteando entusiasmada.

—¡Querido Jorge! Ahora sí que me casaré contigo. Puedes ir inmediatamente a Lambeth Palace y arreglarlo todo con el arzobispo de Canterbury.

—Ha sido sin querer —dijo Jorge con calor—. Fue por culpa de esa… esa… piel de plátano —y le mostró el cuerpo del delito.

—No importa —replicó Mary—. Ha ocurrido. Cuando discutimos y tú me echaste en cara el haberte pedido en matrimonio, tuve que exigirte que antes de casarte conmigo te arrodillaras ante mí. ¡Gracias a esa bendita piel de plátano! ¿Era bendita lo que ibas a decir?

—Algo por el estilo —repuso Jorge.

A las cinco y media de aquella tarde, el señor Leadbetter recibió el aviso de que su sobrino acababa de llegar y deseaba verle.

«Ha venido para humillarse —díjose el señor Leadbetter para sus adentros—. Confieso que estuve un poco duro con el muchacho, pero fue por su propio bien».

Y dio orden para que hicieran pasar a su sobrino.

Jorge entró con aire decidido.

—Quiero hablar contigo, tío —le dijo—. Esta mañana cometiste una gran injusticia. Me gustaría saber si tú hubieras conseguido a mi edad, en plena calle, repudiado por tus parientes, y en el espacio que media entra las once y cuarto y las cinco y media, una renta de veinte mil libras al año. ¡Pues eso es lo que yo he hecho!

—Tú estás loco, muchacho.

—¡Qué voy a estar loco, sino pletórico de recursos! Voy a casarme con una joven rica y bonita, perteneciente a la alta sociedad. Una que va a dejar a un conde por mí.

—Debía haberte abofeteado en lugar de preferirte.

—Y hubiera hecho bien. Nunca me hubiera atrevido a pedírselo…, pero por fortuna me lo pidió ella. Luego se retractó, pero yo la hice cambiar de opinión. ¿Y sabes tío, cómo lo conseguí? Con el gasto de dos peniques y sabiendo agarrar la bola dorada de la oportunidad.

—¿En qué empleaste esos dos peniques? —preguntó el señor Leadbetter, intrigado.

—En comprar un plátano… en un puesto de fruta. A nadie se le hubiera ocurrido el truco de la piel de plátano. ¿Dónde se sacan las licencias de matrimonio? ¿Es en el juzgado o en Lambeth Palace?

# LA ESMERALDA DEL RAJA

Con grave esfuerzo, Jaime Bond dedicó una vez más su atención al librito amarillo que tenía en la mano. En la cubierta del librito se leía esta sencilla, pero agradable leyenda: «¿Quiere usted aumentar su sueldo en trescientas libras al año?». Costaba un chelín. Jaime acaba de terminar la lectura de dos páginas de líneas apretadas en las que se daban instrucciones sobre cómo mirar al jefe a la cara, cómo cultivar una personalidad dinámica, e irradiar eficiencia. Ahora había llegado al delicado tema: «Hay que ser franco, y al mismo tiempo discreto», le informó el librito amarillo: «Un hombre fuerte nunca dice todo lo que sabe». Jaime cerró el libro, y alzando la cabeza contempló el océano inmenso y azul. Le asaltaba una terrible sospecha… ¿acaso era un hombre fuerte? Un hombre fuerte hubiera dominado la situación presente, y no hubiera sido víctima de ella, y por sexagésima vez durante aquella mañana, Jaime revisó sus errores.

Aquéllas eran sus vacaciones. ¡Sus vacaciones! ¡Ja, Ja! Risa sarcástica. ¿Quién le había convencido para que fuese a pasarlas a aquel pueblecito veraniego junto al mar, tan en boga… Kimpton de Mar? Gracia. ¿Quién le había obligado a gastar más de lo que podía? Gracia. Y él había secundado sus planes con entusiasmo. Ella le había llevado allí, ¿y cuál era el resultado? Mientras él estaba en una triste casa de huéspedes situada a un kilómetro y medio del mar, Gracia, que debiera haber estado en otra similar (en la misma no… los principios del círculo de Jaime eran muy estrictos), había desertado y estaba nada menos que en el hotel Explanada, junto a la playa.

Al parecer tenía allí amigos. ¡Amigos! Jaime volvió a reír con sarcasmo y mentalmente repasó los últimos tres años que estuvo cortejando a Gracia. Cuando se dio cuenta por primera vez de que

la hacía objeto de sus preferencias, se puso satisfechísima. Eso fue antes de que se elevara a la altura de la gloria en los salones de sombrerería para señora de mistress Bartless en la calle Alta. En aquellos tiempos era Jaime quien se daba importancia, pero ahora, ¡cielos! La cosa había cambiado. Era Gracia quien «ganaba buen dinero», como se dice en términos vulgares. Y eso la volvió orgullosa. Sí, eso era, terriblemente orgullosa. Un fragmento de un libro de versos acudió a la memoria de Jaime, algo así: «doy gracias al cielo por el amor de un hombre bueno». Pero en Gracia no se observaba nada de eso. Después de desayunar opíparamente en el hotel Explanada se olvidaba por completo del amor del hombre bueno, y aceptaba las atenciones de un estúpido individuo llamado Claudio Sopworth; un hombre sin valor moral, de eso Jaime estaba convencido.

Jaime clavó el talón en el suelo con rabia y continuó mirando el horizonte con el ceño fruncido. Kimpton de Mar. ¿Qué le había ocurrido para dejarse arrastrar a semejante sitio? Era ante todo un lugar de veraneo de moda para la gente rica. Tenía dos grandes hoteles, y varios kilómetros de villas pintorescas pertenecientes a artistas famosas, judíos acaudalados, y aquellos miembros de la aristocracia inglesa que se habían casado con mujeres ricas. El alquiler de la más pequeña de aquellas casitas amuebladas, era de veinticinco guineas a la semana. Y había que dejar a la imaginación lo que sería el de las grandes. Detrás de donde Jaime estaba sentado había uno de aquellos palacios propiedad de un famoso deportista, lord Eduardo Champion, y en él se hospedaban en aquellos momentos una serie de distinguidos huéspedes, incluyendo al rajá de Maraputna, cuya riqueza era fabulosa. Jaime había leído lo que decía de él el diario de la mañana; la extensión de sus posesiones en la India; sus palacios, su maravillosa colección de joyas, entre las que merecía especial mención una famosa esmeralda que, según declaraban los periódicos, tenía el tamaño de un huevo de paloma, pero la impresión que aquello dejó en su mente no fue pequeña.

—Si yo tuviera una esmeralda como ésa —dijo Jaime volviendo a fruncir el ceño—, ya le enseñaría a Gracia.

Era un sentimiento vago, pero aquella declaración le hizo sentirse mejor. A espaldas se oyeron voces y risas, y al volverse rápidamente se enfrentó con Gracia que llegaba acompañada de

Clara Sopworth, Dorotea Sopworth y… ¡cielos! Claudio Sopworth. Las muchachas iban del brazo y reían.

—Vaya, casi no te conocemos —le gritó Gracia.

—Sí —repuso Jaime, comprendiendo que debería haber encontrado una respuesta más airosa. No puede darse la impresión de una personalidad dinámica utilizando un monosílabo. Miró con odio intenso a Claudio Sopworth, que iba casi tan bien vestido como el protagonista de una comedia musical. Jaime deseó apasionadamente que un perro alocado al salir del agua, pusiera sus patas húmedas y sucias de arena, sobre la blancura impecable de los pantalones de Claudio.

Jaime llevaba unos de franela gris muy cómodos que habían visto tiempos mejores.

—¡Qué aire más fresco! —dijo Clara aspirándolo con fuerza—. Esto reanima a cualquiera, ¿verdad? —y rió.

—Es ozono —replicó Alicia Sopworth—. Es tan bueno como un reconstituyente, ¿sabes? —y se echó a reír también.

Jaime pensaba:

«Me gustaría cascar sus estúpidas cabezas. ¿Por qué han de reír de todo? Ahora no han dicho nada gracioso».

El impecable Claudio murmuró con aire lánguido:

—¿Tomamos un baño o es demasiado pronto?

La idea del baño fue aceptada con entusiasmo, y Jaime se avino a acompañarles; incluso consiguió con cierta astucia hacer que Gracia se quedara algo rezagada.

—¡Escucha! —se quejó—. Apenas te veo.

—Bueno, ahora estamos juntos —dijo Gracia—, y puedes venir a comer con nosotros al hotel, es decir, si…

Contempló indecisa las piernas de Jaime.

—¿Qué ocurre? —preguntó Jaime con ferocidad—. ¿Es que acaso no voy lo bastante elegante para ti…?

—Creo, querido, que podías esmerarte un poco más —dijo Gracia—. Allí van todos tan elegantes. ¡Fíjate en Claudio Sopworth!

—Ya me he fijado —repuso Jaime con pesar—. Nunca vi a un hombre más estúpido que ése.

Gracia se irguió.

—No hay necesidad de criticar a mis amigos, Jaime, eso es de mala educación. Él viste como cualquier otro caballero de los que

hay en el hotel.

—¡Bah! —replicó Jaime—. ¿Sabes lo que leí el otro día en los «Comentarios Sociales»? ¡Pues que el duque de… ahora no recuerdo, pero de todas formas era un duque, era el hombre peor vestido de Inglaterra!

—Es posible —convino Gracia—, pero, compréndelo, es un duque.

—¿Y qué? —preguntó Jaime—. ¿Por qué no puedo serlo yo algún día? Bueno, por lo menos, si no llego a duque, puedo ser par.

Dando una palmada sobre el librito amarillo que llevaba en el bolsillo, empezó a recitar una larga lista de pares de la realeza que habían comenzado sus vidas más oscuramente que Jaime Bond. Gracia limitóse a reír.

—¡No seas iluso, Jaime! —le dijo—. ¡Imagínate, tú conde de Kimpton de Mar!

Él la miró entre enojado y vencido. Desde luego el aire de Kimpton se le había subido a Gracia a la cabeza.

La playa de Kimpton es una cinta de arena, larga y recta. Un hilera de casetas de baño y toldos se extiende a todo lo largo por espacio de un kilómetro y medio, y el grupo de nuestros amigos se había detenido ante una serie de seis casetas, todas con la inscripción: «Para los huéspedes del hotel Explanada».

—Hemos llegado —dijo Gracia—, pero me temo que no puedas venir con nosotros, Jaime, tendrás que ir a las casetas públicas. Ya nos encontraremos en el agua. ¡Hasta la vista!

—¡Hasta luego! —replicó Jaime dirigiéndose al lugar indicado.

Diez casetas cochambrosas se alzaban mirando al mar, y ante ellas había un marinero ya anciano con un rollo de papel azul en la mano. Aceptó la moneda que le daba Jaime, le cortó un ticket, y tras darle una toalla señaló con su dedo pulgar por encima del hombro.

—Espere turno —le dijo con voz ronca.

Fue entonces cuando Jaime se dio cuenta de que había competencia. Otras personas, aparte de él, habían tenido la idea de meterse en el mar. No sólo estaban todas las tiendas ocupadas, sino que había una multitud esperando ante cada una. Jaime se acercó a la cola más reducida y esperó. La puerta de la caseta se abrió dando paso a una joven muy bonita, vistiendo un breve traje de baño, que

apareció en escena poniéndose el gorro de baño con aire de quien tiene toda la mañana por delante. Se dirigió hacia el borde mismo del mar y allí se sentó sobre la arena con indolencia.

«Esto es inútil», se dijo Jaime acercándose a otro grupo.

Después de esperar cinco minutos, se oyeron señales de actividad en la segunda caseta. Después de fuertes sacudidas, se abrió la puerta y salieron cuatro niños con sus padres. Por ser la caseta tan pequeña daba le impresión de un truco de magia. Al instante siguiente dos mujeres se abalanzaron a un tiempo para entrar en ella.

—Perdón —dijo la primera jadeando ligeramente.

—Perdón —dijo la otra sin inmutarse.

—Debe usted saber que yo llegué diez minutos antes que usted —dijo la primera rápidamente.

—Yo llevo aquí más de un cuarto de hora, como puede decirle cualquiera —replicó la segunda con aire desafiante.

—Vamos, vamos —dijo el marinero acercándose.

Las dos mujeres le hablaron a un tiempo. Y cuando hubieron terminado, señaló con el pulgar a la segunda diciéndole en tono breve:

—Le toca a usted.

Y luego se alejó sordo a toda protesta. A él no le importaba ni poco ni mucho quién fuese la primera, pero su decisión era irrevocable, como dicen en los concursos de los periódicos.

Jaime le asió de un brazo, desesperado.

—¡Escuche! ¡Oiga!

—¿Qué hay, mister?

—¿Cuánto tiempo tardaré en conseguir una caseta?

El anciano marinero lanzó una mirada indiferente a la multitud que aguardaba.

—Puede que una hora, o tal vez hora y media, no puedo asegurarlo.

En aquel momento, Jaime vio que Gracia y las hermanas Sopworth corrían por la playa en dirección al mar.

—¡Maldición! —dijo Jaime para sus adentros—. ¡Oh, maldición!

Y de nuevo apremió al anciano marinero.

—¿No podría encontrar una caseta en otro sitio? ¿Y esas que hay allí? Parecen todas vacías.

—Esas casetas —replicó el viejo con dignidad—, son «Particulares».

Y dicho esto siguió adelante. Con la sensación de haber sido víctima de un timo, Jaime se alejó de las colas, y echó a andar salvajemente por la playa. ¡Era el colmo! ¡Aquello sí que era el colmo! Contempló con rabia las pulcras casetas ante las que pasaba. En aquellos momentos, siendo un liberal independiente, se convirtió en un rojo socialista. ¿Por qué los ricos tenían casetas y podían bañarse en cualquier momento sin hacer cola?

«Este sistema nuestro —pensó amargamente—, es totalmente equivocado».

Desde el agua llegaron hasta él los gritos alegres de los bañistas. ¡La voz de Gracia! Y por encima de sus risas coquetas, el insustancial «ja, ja, ja» de Claudio Sopworth.

—¡Maldita sea! —exclamó Jaime apretando los dientes, cosa que antes no hubiera osado nunca, y que sólo había leído en las novelas.

Se detuvo bruscamente, y con resolución se volvió dando la espalda al mar. Y concentró su mirada en «Nido de Águila», «Buena Vista»[2] y «Mon desir» (Mi deseo). Era costumbre de los habitantes de Kimpton de Mar bautizar sus casetas de baño con nombres como éstos. «Nido de Águila» le pareció una tontería, «Buena Vista» estaba más allá de sus conocimientos lingüísticos, pero sus nociones de francés le bastaron para comprender el tercer nombre.

—Mon Desir —murmuró Jaime—. Vaya si lo es.

Y en aquel momento vio que aunque las puertas de las demás casetas estaban cerradas, la de «Mi Deseo» estaba entreabierta. Jaime miró cautelosamente a uno y otro lado de la playa, pero aquella parte de la playa estaba ocupada por familias numerosas, y las madres hallábanse vigilando a su prole. Eran sólo las diez de la mañana, demasiado pronto para que la aristocracia de Kimpton de Mar bajase a bañarse.

«Estarán en sus camas comiendo codornices y champiñones, servidos en bandeja por criados de peluca empolvada, ¡puah! Ninguno vendrá antes de las doce», pensó Jaime.

Volvió a mirar hacia el mar, y como obligado «leit motiv», un grito de Gracia rasgó el aire, seguido del «ja, ja, ja» de Claudio Sopworth.

«Lo haré», dijo entre dientes.

Y empujando la puerta de *Mon Desir* se metió dentro. De momento se llevó un susto al ver varias prendas de vestir colgadas en perchas, pero se tranquilizó rápidamente. La caseta estaba dividida en dos, y en la parte de la derecha vio un jersey femenino de color amarillo, con sombrero de paja y un par de sandalias, y en la izquierda, colgados de una percha, unos pantalones de franela gris, un *pullover* y un sombrero ancho proclamaban que los sexos estaban separados. Jaime se apresuró a trasladarse a la parte dedicada a los caballeros, y se desnudó a toda velocidad. Tres minutos después se hallaba en el mar dándose importancia y exhibiendo su estilo de nadador… cabeza sumergida, los brazos surcando el agua… con ritmo constante… como un profesional.

—¡Oh, estás ahí! —exclamó Gracia—. Tenía miedo que te pasaras la mañana allí con la gente que hay esperando.

—¿Sí? —dijo Jaime.

Pensó con afecto en el librito amarillo. «El hombre fuerte en ciertas ocasiones ha de ser discreto». De momento su humor había vuelto a equilibrarse, y pudo decir a Claudio Sopworth en tono agradable pero firme, al ver que estaba enseñando a Gracia a nadar de espaldas:

—No, no amigo, no es así. Yo la enseñaré.

Y era tal la seguridad de su tono, que Claudio se apartó vencido. Lo malo fue que su triunfo duró poco. La temperatura de las aguas inglesas no permite a los bañistas permanecer en ellas durante mucho tiempo. Gracia y las hermanas Sopworth tenían ya los labios morados y les castañeteaban los dientes. Echaron a correr por la playa y Jaime emprendió solitario el camino de regreso hacia *Mon Desir*. Mientras se frotaba vigorosamente con la toalla, y deslizaba la camisa por encima de su cabeza, sintióse satisfecho de sí mismo. Al fin había sabido desplegar una dinámica personalidad.

Y entonces se quedó rígido de terror. Fuera se oían voces de muchachas… voces totalmente distintas a las de Gracia y sus amigas. Un momento después comprendió la verdad, los propietarios de *Mon Desir* empezaban a llegar. Es posible que si Jaime hubiera estado completamente vestido hubiera aguardado los acontecimientos con dignidad, y hubiese intentado explicarse, pero como actuó presa de pánico se abalanzó sobre la puerta y echó el pestillo con desesperación. Las ventanas de la caseta estaban

veladas por unas cortinas verdes, y así no pudieron verle los que luchaban por abrir desde fuera deseosos de entrar a vestirse.

—Está cerrada —dijo una voz femenina—. Creí que Pug había dicho que estaba abierta.

—No, fue Woggle quien lo dijo.

—Woggle es el colmo —dijo la muchacha—. Qué tonto es, ahora tendremos que volver a buscar la llave.

Jaime oyó sus pasos que se alejaban, y exhaló un profundo suspiro, mientras se ponía las otras prendas a toda prisa. Dos minutos después paseaba con aire indiferente por la playa como si jamás hubiera roto un plato. Gracia y los hermanos Sopworth se reunieron con él un cuarto de hora más tarde, y pasaron el resto de la mañana tirándose piedrecitas, escribiendo en la arena, y bromeando alegremente. Al fin Claudio miró su reloj.

—Es hora de comer —comentó—. Será mejor que regresemos.

—Tengo un hambre terrible —dijo Alicia Sopworth.

Todas las demás dijeron que también sentían mucho apetito.

—¿Vienes, Jaime? —preguntó Gracia.

Sin duda Jaime estaba aquel día muy susceptible, puesto que creyó ver ofensa en sus palabras.

—No, si mis ropas no son lo bastante buenas para ti —dijo con amargura—. Como eres tan exigente, tal vez será mejor que no vaya.

Dijo esto para que Gracia se disculpara, pero el aire del mar no les sentaba bien y ella se limitó a decir:

—De acuerdo. Haz lo que quieras, entonces te veré esta tarde.

Jaime se quedó confundido.

—¡Vaya! —dijo mirando al grupo que se alejaba—. Vaya, sí que…

Y echó a andar hacia la ciudad. Kimpton de Mar tiene dos cafeterías, y en las dos hace calor, hay mucha gente y gran alboroto. Volvió a ocurrir lo mismo que en las casetas. Jaime tuvo que aguardar turno… bueno y algo más, puesto que cuando quedó un sitio libre se lo quitó una matrona poco escrupulosa que acababa de llegar. Al fin pudo sentarse en una mesita. Junto a su oído izquierdo tres muchachas mal vestidas destrozaban un fragmento de ópera italiana. Por fortuna, Jaime no era aficionado a la música, y se dispuso a estudiar la lista de platos con las manos hundidas en los

bolsillos, mientras pensaba:

—Pida lo que pida, seguro que «se ha terminado». Así soy yo de desgraciado.

Revolviendo en las profundidades de su bolsillo, su mano derecha tropezó con un objeto desconocido… Parecía un guijarro… un guijarro grande y redondo.

«¿Para qué diablos habré metido una piedra en mi bolsillo?», pensó.

Sus dedos se cerraron sobre ella mientras se le acercaba una camarera.

—Un filete con patatas fritas, por favor —ordenó Jaime.

—El filete se ha terminado —murmuró la camarera con los ojos fijos en el techo.

—Entonces tráigame ternera con salsa curry —dijo Jaime.

—La ternera se «ha terminado».

—¿Hay algo en este estúpido menú que no se «haya terminado»? —preguntó Jaime.

La camarera pareció dolida, y puso un dedo pálido sobre el «cordero guisado». Jaime se resignó a lo inevitable y se avino a que le sirvieran cordero guisado, y mientras su cerebro no cesaba de maldecir el sistema de las cafeterías, sacó del bolsillo la mano en la que todavía aprisionaba la piedra. Abriendo los dedos contempló distraído el objeto que había en su palma, y entonces con sobresalto olvidó todas sus preocupaciones. Aquello no era un guijarro, sino… una esmeralda, apenas cabía duda posible… una esmeralda verde, enorme. Jaime la miraba horrorizado. No, era imposible que fuese una esmeralda, debía ser un vidrio de color. No existían esmeraldas de ese tamaño… a menos… ante los ojos de Jaime bailaron unas letras impresas. «El rajá de Maraputna… famosa esmeralda del tamaño de un huevo de paloma». ¿Sería posible… que fuese aquella esmeralda la que estaba contemplando ahora? La camarera regresó con el cordero guisado, y Jaime cerró los dedos con gesto espasmódico mientras varios escalofríos recorrían su espina dorsal. Tenía la sensación de verse metido en un terrible dilema. Si ésta era la esmeralda… ¿pero lo sería? Abrió la mano observándola con recelo. Jaime no era ningún experto en piedras preciosas, pero la viveza del color y el brillo de la joya le convencieron de que se trataba de la auténtica. Apoyó ambos codos en la mesa e inclinóse

hacia delante sin ver el plato de cordero guisado que se iba congelando lentamente. Tenía que descifrar aquello. Si era la esmeralda del rajá la que tenía en la mano, ¿qué hacer? La palabra «policía» acudió a su mente. Si uno encuentra algo de valor debe entregarlo en la comisaría. Jaime había sido educado bajo este axioma.

Sí, pero… ¿cómo diantre había ido a parar al bolsillo de su pantalón? Ésa era la pregunta que le haría la policía. Una pregunta desconcertante, y que por el momento no podía contestar. Miró sus pantalones, y al contemplarlos le invadió una duda. Los examinó más de cerca. Un par de pantalones de franela gris, se parece muchísimo a otro par de pantalones de franela gris, pero después de todo, Jaime tuvo la sensación instintiva de que aquéllos no eran sus pantalones. Se recostó contra el respaldo de la silla abrumado por su descubrimiento. Ahora comprendía lo ocurrido… con la prisa por salir de la caseta de baño, se había equivocado de pantalones. Recordaba haber colgado los suyos de una percha cercana a la que tenía el otro par. Sí, aquello explicaba su confusión. Pero de todas formas, ¿qué hacía allí una esmeralda valorada en cientos de miles de libras? Cuanto más lo pensaba, menos lo entendía y en cuanto a explicar a la policía…

Era violento… decididamente violento, no cabe duda. Tendría que confesar el haber entrado deliberadamente en la caseta de otro. Claro que no era una ofensa grave, pero le dejaba en mal lugar.

—¿Desea que le sirva algo más, señor?

Era otra vez la camarera, que miraba con extrañeza el plato de cordero sin empezar. Jaime se apresuró a comer parte del mismo, y luego pidió la cuenta, pagó y se fue. Una vez en la calle se detuvo indeciso, hasta que un cartelón de anuncios atrajo su atención. La ciudad de Harchester, la más cercana a Kimpton de Mar, tenía un periódico que se publicaba por la tarde, y era su contenido lo que Jaime estaba contemplando. Anunciaba un hecho simple y sensacional. «Robo de la esmeralda del rajá».

—Dios mío —dijo Jaime con desmayo, apoyándose contra la pared.

Sacando una pequeña moneda de su bolsillo compró un ejemplar del periódico, y no tardó en hallar lo que buscaba. Las noticias sensacionales de la localidad eran escasas y poco frecuentes.

Grandes titulares adornaban la primera página. «Robo sensacional en la casa de lord Eduardo Champion. Robo de una famosa esmeralda histórica. Terrible pérdida para el rajá de Maraputna». Los hechos eran pocos y sencillos. Lord Eduardo Champion había reunido en su casa la noche anterior a varios amigos, y el rajá había ido en busca de la esmeralda para mostrársela a una de las damas presentes, descubriendo su desaparición. Avisaron a la policía, y hasta el momento no se tenía ninguna pista. Jaime dejó que el periódico cayera al suelo. Todavía no era capaz de comprender cómo había ido a parar aquella esmeralda al fondo del bolsillo de unos pantalones viejos de franela que estaban en una caseta de baño, pero sí fue aumentando su convencimiento de que la policía consideraría su historia como sospechosa. ¿Qué podía hacer? Allí estaba de pie en una de las calles principales de Kimpton de Mar, con un botín que valía el rescate de un rey reposando en su bolsillo, mientras toda la policía del distrito lo buscaba afanosamente. Ante él se abrían dos caminos. Camino número uno, ir directamente a la comisaría y contar lo ocurrido… pero hay que admitir que a Jaime le daba miedo esta solución. Camino número dos, deshacerse de la esmeralda como fuera. Se le ocurrió envolverla y enviársela al rajá. Pero luego rechazó la idea. Había leído demasiadas novelas policíacas para hacer semejante cosa, y además sabiendo lo que podían conseguir los sabuesos con la lupa y otros instrumentos. Cualquier detective que conociera su oficio y examinara el paquete de Jaime, sabría en menos de media hora la profesión del remitente, su edad, costumbres y aspecto personal. Y después sería tan sólo cuestión de unas horas el encontrarle.

Fue entonces cuando se le ocurrió un plan de extraordinaria sencillez. Era la hora de comer, la playa estaría desierta, podría volver a *Mon Desir*, colgar los pantalones donde los había encontrado, y recuperar los suyos. Con este pensamiento emprendió el camino de la playa.

Sin embargo, su conciencia le remordía ligeramente. La esmeralda debía ser devuelta al rajá, y concibió la idea de realizar algunas pesquisas por su cuenta… es decir, una vez hubiera recuperado sus propios pantalones y devuelto los otros. Para ponerla en práctica se dirigió al anciano marinero, a quien consideró una buena fuente de información de la vida de Kimpton

de mar.

—Perdóneme —le dijo Jaime en tono cortés—; pero creo que un amigo mío tiene una caseta en esta playa, El señor Carlos Lapton. Tengo entendido que se llama *Mon Desir*…

El viejo marinero estaba sentado con la pipa en la boca y mirando al mar. Ladeó un poco su pipa y repuso sin apartar la vista del horizonte:

—*Mon Desir* pertenece a su señoría, lord Eduardo Champion, eso lo sabe todo el mundo. Nunca oí hablar de mister Carlos Lapton; debe ser un veraneante muy reciente.

—Gracias —le dijo Jaime antes de alejarse.

La información le había dejado desconcertado. No era posible que el propio rajá hubiera metido la piedra en el bolsillo de sus pantalones olvidándola luego. Jaime meneó la cabeza. Su teoría no le satisfizo; pero entonces algún invitado a la reunión debía haberla robado. Aquel problema le recordó una de sus novelas policíacas preferidas.

No obstante, su propósito permaneció inalterable y lo puso en práctica con bastante facilidad. La playa estaba prácticamente desierta, como había esperado, y por suerte la puerta de *Mon Desir* continuaba abierta. Entrar en su interior fue cuestión de un momento, y Jaime estaba descolgando sus pantalones de la percha, cuando una voz a sus espaldas le hizo volverse en redondo.

—¡Ya le he pescado! —dijo la voz.

Jaime se quedó boquiabierto. En la puerta de *Mon Desir* había un extraño; un hombre bien vestido de unos cuarenta años, elevada estatura, de rostro astuto y mirada de águila.

—¡Ya le he pescado! —repitió el desconocido.

—¿Quién… quién es usted? —preguntó tartamudeando Jaime.

—El detective inspector Merrilees, del Yard —replicó el otro—. Y le ruego que me entregue esa esmeralda.

—¿La… esmeralda?

Jaime luchaba por ganar tiempo.

—Eso es lo que he dicho, ¿no? —dijo el inspector Merrilees.

Tenía una pronunciación seca y comercial. Jaime trató de recobrar su compostura.

—No sé de qué me está usted hablando —dijo con fingida dignidad.

—Oh, sí, muchacho, yo creo que sí lo sabe.

—Eso es un error —dijo Jaime—. Puedo explicarlo fácilmente… —hizo una pausa.

Una expresión de cansancio apareció en el rostro del otro.

—Siempre dicen eso —murmuró el hombre de Scotland Yard—. Supongo que debió encontrársela mientras paseaba por la playa, ¿verdad? Ésa puede ser una explicación.

Desde luego tenía cierta semejanza. Jaime tuvo que reconocerlo, pero aún quiso ganar tiempo.

—¿Cómo sé yo que es usted quién dice? —le preguntó con voz débil.

Merrilees levantó la solapa mostrándole una insignia, que Jaime contempló fijamente con ojos desorbitados.

—Y ahora —le dijo el otro casi alegremente—, ya sabe a qué atenerse. Es usted un novato… estoy seguro. Es su primer robo, ¿verdad?

Jaime asintió.

—Lo suponía. Ahora, muchacho, ¿va a entregarme la esmeralda, o tendré que registrarle?

Jaime recuperó el habla.

—No… no la llevo encima —declaró, mientras pensaba desesperadamente.

—¿La dejó con sus cosas? —preguntó Merrilees.

Jaime asintió.

—Muy bien —dijo el detective—, entonces iremos juntos a buscarla.

Y cogió del brazo a Jaime.

—No voy a correr el riesgo de que se escape —le dijo en tono amable—. Iremos adonde se hospedaba y entonces me entregará la piedra.

Jaime habló con voz insegura.

—¿Y si lo hago, me dejará marchar? —preguntó con voz trémula.

—Sabemos cómo fue robada la piedra —explicó—, también quién es la dama que está complicada, y naturalmente, el rajá quiere que la cosa no trascienda en lo que sea posible. Ya sabe cómo son los gobernantes nativos, ¿verdad?

Jaime, que no sabía nada de los gobernantes nativos, asintió

simulando comprender.

—Claro que será algo muy irregular —dijo el detective—, pero tal vez lo dejemos marchar.

Jaime volvió a asentir. Habían recorrido ya toda la explanada y estaban entrando en el pueblo. Jaime indicaba el camino a seguir, pero el otro no soltó ni por un momento su brazo.

De pronto Jaime vaciló como si fuese a hablar, y Merrilees alzó la cabeza extrañado, y luego se echó a reír. En aquel momento pasaban por delante de la comisaría, y había observado las miradas de angustia que Jaime le dirigía.

—Primero voy a darle una oportunidad —le dijo de buen talante.

Fue entonces cuando empezaron a ocurrir cosas. Jaime lanzando un fuerte grito cogió al otro por el brazo, exclamando con toda la fuerza de sus pulmones y a grandes gritos:

—¡Socorro! ¡Ladrón! ¡Socorro! ¡Ladrón!

Empezó a reunirse un corro.

—Ha querido robarme —gritaba Jaime—. Este hombre me ha metido la mano en el bolsillo.

—¿De qué está usted hablando? —gritó el otro.

Un agente acudió a hacerse cargo del asunto, y Merrilees y Jaime fueron escoltados hasta la comisaría, mientras Jaime repetía sus protestas.

—Este hombre me ha metido la mano en el bolsillo —declaró excitado—. Tiene mi cartera en su bolsillo derecho. Miren.

—Este hombre está loco —gruñó el otro—. Puede mirar usted mismo inspector, y ver si dice la verdad.

A una señal del inspector, el agente introdujo su mano en el bolsillo de Merrilees, sacando algo que le hizo lanzar una exclamación de asombro.

—¡Dios mío! —dijo el inspector olvidando su impasibilidad profesional—. Debe ser la esmeralda del rajá.

Merrilees parecía más sorprendido que ninguno.

—Esto es monstruoso —explotó—, monstruoso. Este hombre debió ponerla en mi bolsillo mientras andábamos juntos. Es un abuso.

La poderosa personalidad de Merrilees hizo vacilar al inspector, quien sospechó de Jaime. Susurró unas palabras al oído del agente,

y este último se marchó.

—Vamos caballeros —dijo el inspector—, oigamos sus declaraciones, una por una.

—Muy bien —dijo Jaime—. Yo iba paseando por la playa, cuando me encontré a este caballero, que fingió conocerme. Yo no recordaba haberle visto en la vida pero no quise parecerle mal educado. Paseamos juntos. Yo ya tenía mis sospechas, y cuando pasábamos por delante de la comisaría, sentía que me metía la mano en el bolsillo, y le sujeté pidiendo auxilio.

El inspector dirigió una mirada hacia Merrilees.

—Ahora usted, señor.

Merrilees pareció algo violento.

—La historia es casi exacta —dijo despacio—, pero no del todo. No fui yo quien fingió conocerle a él, sino él a mí. Sin duda intentaba deshacerse de la esmeralda, y la introdujo en mi bolsillo, con dicho fin, mientras hablábamos.

El inspector dejó de escribir.

—¡Ah! —dijo en tono imparcial—. Bueno, dentro de un minuto llegará un caballero, que nos ayudará a llegar al fondo de la cuestión.

Merrilees frunció el ceño.

—Me es completamente imposible esperar —murmuró consultando su reloj—. Tengo una cita, inspector, no irá usted a suponer que yo robara la esmeralda y la llevara en el bolsillo.

—No es muy probable, señor, estoy de acuerdo —replicó el inspector—. Pero tendrá que esperar sólo unos cinco o diez minutos hasta que esto quede aclarado. ¡Ah, aquí está su señoría!

Un hombre alto, de unos cuarenta años, había entrado en la habitación. Vestía unos pantalones muy viejos y un *sweater* descolorido.

—Bueno, inspector, ¿qué es esto? —dijo—. ¿Dice que han recuperado la esmeralda? Esto es espléndido, buen trabajo. ¿Quiénes son estos caballeros?

Sus ojos se posaron primero en Jaime y luego en Merrilees, y la poderosa personalidad de este último pareció desmoronarse.

—¡Vaya… Jones! —exclamó lord Eduardo Champion.

—¿Conoce usted a este hombre, lord Champion? —le preguntó el inspector.

—Desde luego —repuso lord Champion en tono seco—. Es mi ayuda de cámara, que entró a mi servicio hará cosa de un mes. El detective que enviaron desde Londres sospechó de él en seguida, pero entre sus cosas no se encontró ni rastro de la esmeralda.

—La llevaba en el bolsillo de su americana —declaró el inspector—. Este caballero hizo que le detuviéramos. —Y señaló a Jaime.

Al minuto siguiente Jaime era felicitado mientras le estrechaban calurosamente la mano.

—Mi querido amigo —le dijo lord Eduardo Champion—. ¿Y dice usted que sospechó de él todo el tiempo?

—Sí —replicó Jaime—. Tuve que inventar esa historia de que me había metido la mano en el bolsillo para traerle a la comisaría.

—Vaya, es magnífico —dijo lord Champion—, magnífico. Tiene que venir a comer con nosotros, es decir, si todavía no lo ha hecho… Ya va siendo tarde… son cerca de las dos.

—No —dijo Jaime—. No he comido… pero…

—Ni una palabra, nada, nada —insinuó lord Champion—. Comprenda, el rajá querrá darle las gracias por haberle devuelto la esmeralda. Y además yo no sé todavía la historia completa.

Ahora habían salido ya de la comisaría y se detuvieron ante los escalones.

—A decir verdad —dijo Jaime—. Creo que preferiría contarle toda la historia.

Y así lo hizo ante el regocijo de Su Señoría.

—Es lo mejor que he oído en mi vida —declaró—. Ahora lo comprendo todo. Jones debió correr a la caseta de baño, en cuanto robó la esmeralda, sabiendo que la policía iba a registrar la casa. No era probable que nadie tocase ese par de pantalones viejos que me pongo para pescar, y así podía recuperar la joya cuando quisiera. Debió sufrir un fuerte sobresalto al ver que había desaparecido. Al verle a usted comprendió que era quien se había llevado la piedra. ¡Todavía no sé cómo pudo adivinar que no era un verdadero detective!

«Un hombre fuerte —pensó Jaime para si— sabe cuándo ha de ser franco y cuándo discreto».

Sonrió con aire de superioridad mientras sus dedos acariciaban bajo la solapa de su americana una pequeña insignia de plata

perteneciente a un club poco conocido, el Club Superciclista de Merton Park. ¡Qué asombrosa coincidencia que aquel hombre, Jones, fuese también socio de aquel club!

—¡Hola, Jaime!

Se volvió. Gracia y las hermanas Sopworth le llamaban desde el otro lado de la calle.

—¿Me perdona un momento? —dijo a lord Champion.

Se dirigió hacia ellas.

—Nos vamos al cine —dijo Gracia—. Y pensamos que tal vez te gustase venir con nosotros.

—Lo siento —repuso Jaime—. Ahora tengo que ir a comer con lord Eduardo Champion. Sí, es ese caballero que viste esa ropa vieja tan cómoda. Quiere presentarme al rajá de Maraputna.

Y quitándose el sombrero para saludarlas cortésmente, volvió a reunirse con lord Champion.

# EL CANTO DEL CISNE

Eran las once de una mañana de mayo en Londres. El señor Cowan estaba mirando por la ventana, de espaldas a un magnífico salón de una *suite* del Hotel Ritz. La *suite* en cuestión había sido reservada para madame Paula Nazorkoff, la famosa cantante de ópera que acababa de llegar a Londres. El señor Cowan, que era el representante de madame, estaba esperando para entrevistarse con ella. Al abrirse la puerta, volvió rápidamente la cabeza, pero era sólo la señorita Read, la secretaria de madame Nazorkoff, una joven pálida pero muy eficiente, quien entraba.

—¡Oh, es usted querida! —le dijo el señor Cowan—. ¿Madame no se ha levantado todavía?

La señorita Read meneó la cabeza.

—Me dijo que viniera a eso de las diez —dijo el señor Cowan—. Llevo esperando casi una hora.

No demostró ni resentimiento ni sorpresa. El señor Cowan estaba acostumbrado a las extravagancias de un temperamento artístico. Era un hombre alto, bien afeitado, con un esqueleto demasiado bien cubierto y ropas impecables. Sus cabellos eran negros y brillantes y sus dientes de un blanco agresivo. Cuando hablaba tenía la costumbre de arrastrar las «eses», cosa que si no era precisamente un defecto, se acercaba mucho. En aquel momento se abrió una puerta al otro lado de la habitación y entró apresuradamente una joven francesa.

—¿Se ha levantado ya madame? —le preguntó Cowan esperanzado—. Dígame qué noticias hay, Elisa.

Elisa se llevó ambas manos a la cabeza.

—¡Esta mañana está como diecisiete demonios juntos, nada le complace! Las preciosas rosas amarillas que monsieur le envió anoche, dice que estaban bien para Nueva York, pero que es una

*imbecilidad* enviárselas en Londres. Dice que aquí tienen que ser rojas, y acto seguido abre la puerta y arroja las rosas amarillas al pasillo en el momento en que pasaba un monsieur *tres comme il faut*, un militar, según creo, y el pobre está justamente indignado por el hecho.

Cowan enarcó las cejas, pero no dio otras pruebas de emoción. Luego, sacando un librito de notas de su bolsillo escribió en él: «rosas rojas».

Elisa volvió a salir por la otra puerta y Cowan regresó de nuevo junto a la ventana. Vera Read, sentándose ante el escritorio, empezó a abrir cartas y clasificarlas. Transcurrieron diez minutos en silencio y al fin abrióse la puerta del dormitorio y Paula Nazorkoff hizo aparición en el saloncito. El efecto inmediato fue que éste pareciera más reducido, Vera Read más pálida y que Cowan se convirtiera en una mera figura decorativa.

—¡Aja! ¡Hijos míos! —dijo la *prima donna*—. ¿No soy puntual?

Era una mujer de gran estatura y, para ser cantante, no demasiado gruesa. Sus brazos y piernas seguían siendo esbeltos y su cuello era una hermosa columna. Sus cabellos, que llevaba sujetos en un moño, tenían un color rojo oscuro brillante y si debían su color a la cosmética el resultado no era menos efectivo. Ya no era una mujer joven, por lo menos tendría cuarenta años, pero las líneas de su rostro no perdieron encanto, a pesar de las arrugas y bolsas que circundaban sus ojos, oscuros y llameantes. Tenía la risa de un niño, la digestión de un avestruz, el temperamento de una fiera, y se la conocía como la mejor soprano dramática de sus tiempos. Volvióse para dirigirse a Cowan.

—¿Ha hecho lo que le pedí? ¿Se ha llevado ese abominable piano inglés para arrojarlo al Támesis?

—Tengo otro para usted —dijo Cowan, indicando con un gesto el rincón donde estaba.

La cantante corrió hacia él y alzó la tapa.

—Un «Erard» —dijo— esto es otra cosa. Probemos.

La hermosa voz de soprano desgranó un arpegio y luego subió y bajó toda la escala de voces, luego se elevó suavemente hasta alcanzar una nota alta, la sostuvo, aumentándola paulatinamente de volumen, luego volvió a suavizarla hasta que murió en la nada.

—¡Ah! —dijo Paula Nazorkoff con ingenua satisfacción—. ¡Qué

voz más hermosa tengo! Incluso en Londres mi voz es hermosa.

—Cierto —convino Cowan de corazón—. Y apuesto a que Londres se rendirá a sus pies, igual que Nueva York.

—¿Usted cree? —preguntó la cantante.

Había una ligera sonrisa en sus labios y era evidente que su pregunta era un mero comentario.

—Seguro —dijo Cowan.

Paula Nazorkoff cerró el piano y dirigióse a la mesa con el andar ondulante que tanto resultaba en la escena.

—Bien, bien —dijo—. Hablemos de negocios. ¿Lo tiene todo arreglado, amigo mío?

Cowan sacó unos papeles de la cartera que dejara sobre una silla.

—No se ha cambiado gran cosa —observó—. Cantará cinco veces en el Covent Garden, tres veces *Tosca* y dos *Aida*.

—¡*Aida*! Bah —dijo la *prima donna*—; será un aburrimiento insoportable, *Tosca* es distinta.

—Ah, sí —replicó Cowan—. *Tosca* es su papel.

Paula Nazorkoff se irguió.

—Soy la mejor Tosca del mundo —dijo sencillamente.

—Eso es —convino Cowan—. Nadie puede igualarla.

—Supongo que Roscari hará de «Scarpia»…

Cowan asintió.

—Y Emilio Lippi.

—¿Qué? —gritó la cantante—. Lippi, esa rana asquerosa… croac… croac… croac. No cantaré con él, le morderé… le arañaré la cara.

—Vamos, vamos —dijo Cowan, tranquilizándola.

—Le digo que no sabe cantar, es un perro ladrando.

—Bueno, veremos, veremos —dijo Cowan. Era demasiado inteligente para discutir con cantantes de temperamento.

—¿Y Cavaradossi? —preguntó la cantante.

—Hensdale, el tenor americano.

Ella asintió.

—Es un buen muchacho y canta muy bien.

—Y creo que Barrere lo cantará muy bien.

—Es un artista —replicó Paula generosamente—. ¡Pero dejar que esa rana croadora de Lippi cante el papel de Scarpia! Bah… yo

no cantaré con él.

—Déjeme a mí —dijo Cowan para tranquilizarla, y aclarando su garganta sacó otros papeles.

—Estoy preparando un concierto especial en el Albert Hall.

Paula hizo una mueca.

—Lo sé, lo sé —dijo Cowan—; pero todo el mundo lo hace.

—Estará bien —dijo la cantante—. Habrá un lleno hasta el techo y tendré mucho dinero. *Ecco*!

Cowan revolvió de nuevo entre sus papeles.

—Aquí hay una proposición completamente distinta —le dijo— de lady Rustonbury: quiere que vaya a su casa y cante.

—¿Rustonbury?

La cantante frunció el entrecejo como si se esforzara por recordar algo.

—He leído ese nombre últimamente, sí, hace muy poco. Es una ciudad… o un pueblo, ¿verdad?

—Eso es, un pueblo pequeño muy bonito, en Hertfordshire. Y en cuanto a la mansión de lord Rustonbury, el castillo de Rustonbury, es una auténtica fortaleza feudal, con fantasmas, retratos de antepasados, escaleras secretas y un teatro privado. Nadan en la abundancia y siempre celebran representaciones privadas. Ella sugiere que demos una obra completa, preferiblemente la *Butterfly*.

—¿Butterfly?

Cowan asintió.

—Están dispuestos a pagar bien. Tendremos que dejar Covent Garden, naturalmente, pero a pesar de todo saldrá ganando económicamente. Hay que tener siempre presente a la nobleza. Será una magnífica propaganda.

Madame alzó su hermosa barbilla.

—¿Es que yo necesito propaganda? —preguntó con orgullo.

—Nunca sobra —dijo Cowan sin acobardarse.

—Rustonbury —murmuró la cantante—. ¿Dónde vi yo este nombre?

Y levantándose de pronto, corrió hasta la mesa, y empezó a hojear una revista ilustrada que había encima. Al fin su mano se detuvo en una de sus páginas y luego de contemplarla regresó a su butaca con toda lentitud. Con uno de sus bruscos cambios de genio, ahora parecía una persona completamente distinta y sus ademanes

eran muy reposados, casi austeros.

—Dispóngalo todo para ir a Rustonbury. Me gustaría cantar allí, pero una condición… la ópera ha de ser *Tosca*.

Cowan parecía indeciso.

—Eso resultará bastante difícil… para una representación privada, compréndalo… decorados y demás.

—*Tosca*, o nada.

Cowan la miró de hito en hito y lo que vio le dejó convencido, pues haciendo una breve inclinación de cabeza en señal de asentimiento, se puso en pie.

—Veré si puedo arreglarlo —dijo con calma.

Paula Nazorkoff también se levantó y por una vez parecía deseosa de explicar su decisión.

—Es mi mejor papel, Cowan. Puedo cantarlo como ninguna mujer lo ha cantado jamás.

—Es una partitura muy bonita —le dijo Cowan—. Jeritza tuvo un gran éxito con ella el año pasado.

—¿Jeritza? —exclamó la cantante enrojeciendo mientras expresaba la opinión que le merecía.

Cowan, acostumbrado a oír la opinión que unas cantantes tienen de otras, distrajo su atención, hasta que Paula hubo terminado y entonces dijo, obstinado:

—De todas maneras, canta «Vissi d'Arte» tendida sobre su estómago.

—¿Y por qué no? —preguntó Paula Nazorkoff—. ¿Quién va a impedírselo? Yo lo cantaré tumbada de espaldas y haciendo la bicicleta con las piernas en el aire.

Cowan meneó la cabeza con perfecta seriedad.

—No creo que eso convenza a nadie —le dijo.

—Nadie puede cantar «Vissi d'Arte» como yo —dijo Paula Nazorkoff en tono confidencial—. Yo lo canto con la voz del convento… como las buenas monjas me enseñaron a cantar años y años. Con la voz de un niño, o de un ángel, sin sentimientos, sin pasión.

—Lo sé —le dijo Cowan de corazón—. La he oído a usted y es maravillosa.

—Esto es arte —continuó la *prima donna*—, pagar el precio, sufrir, perseverar, y al final no sólo haberlo aprendido todo, sino

tener también el poder de volver atrás, de tornar al principio y recuperar la belleza perdida, y el corazón de un niño.

Cowan la miraba intrigado. Ella tenía los ojos fijos en el vacío con una extraña mirada ausente, que le produjo una sensación desagradable. Sus labios se entreabrieron y susurró unas palabras que él apenas pudo entender.

—Al fin —murmuró—. Al fin… *después de tantos años*.

* * *

Lady Rustonbury era una mujer ambiciosa y a la vez amiga del arte, que compaginaba ambas cualidades con éxito completo. Tenía la suerte de que a su marido no le preocupasen ni la ambición ni el arte, y por lo tanto no la estorbaba en ningún sentido. El conde Rustonbury era un hombre corpulento, a quien sólo interesaban las carreras de caballos. Admiraba a su esposa, sentíase orgulloso de ella y se alegraba de que su inmensa fortuna le permitiera poner en práctica sus placeres. El teatro particular había sido construido hacía más de cien años, por su abuelo. Era el juguete preferido de lady Rustonbury… donde había ofrecido ya un drama de Ibsen y una obra de la escuela ultra-moderna, a base de divorcios y drogas, y también una fantasía poética con un decorado cubista. La próxima representación de *Tosca* había despertado gran interés. Lady Rustonbury tenía la casa llena de distinguidos invitados, y el «todo Londres» pensaba acudir en sus automóviles.

Madame Nazorkoff y su acompañante habían llegado poco antes de la comida. El nuevo y joven tenor americano Hensdale, iba a cantar *Cavaradossi*, y Roscari, el famoso barítono italiano, haría el papel de Scarpia. Los gastos de la representación habían sido enormes pero a nadie le importaba. Paula Nazorkoff estaba del mejor humor y así resultaba encantadora, graciosa y cosmopolita. Cowan estaba agradablemente sorprendido y rezaba para que continuase aquel estado de cosas.

Después de comer, la compañía fue al teatro para inspeccionar el escenario. La orquesta estaba bajo la dirección de Samuel Ridge, uno de los más famosos directores ingleses. Todo iba sobre ruedas y por extraño que parezca, aquello preocupó al señor Cowan. Se

encontraba más a gusto en un ambiente turbulento y aquella paz desacostumbrada le inquietaba.

—Todo va demasiado bien —murmuró el señor Cowan para sus adentros—. Madame está como un gato que se ha hartado de crema y eso es demasiado bueno para ser verdad. Algo tiene que ocurrir.

Quizá debido a su largo contacto con el mundo de la ópera, el señor Cowan había desarrollado un sexto sentido y cierto que sus pronósticos eran justificados. Eran poco antes de las siete de aquella tarde cuando Elisa, la doncella francesa, fue a buscarle corriendo con aspecto preocupado.

—Ah, señor Cowan, venga en seguida, le suplico que venga de prisa.

—¿Qué ocurre? —preguntó con ansiedad—. Madame se ha disgustado por algo… ha armado un alboroto, ¿verdad?

—No, no es madame, sino el signore Roscari, está enfermo… ¡se muere!

—¿Que se muere? ¡Oh, vamos!

Cowan corrió tras ella mientras le conducía al dormitorio del italiano. El pobre hombre estaba tendido en la cama, o mejor dicho, retorciéndose presa de convulsiones que hubieran resultado cómicas, de haber sido menos graves. Paula Nazorkoff hallábase inclinada sobre él y saludó a Cowan con ademán imperioso.

—¡Ah! Ya está usted aquí. Nuestro pobre Roscari sufre horriblemente. Sin duda ha comido algo que le ha hecho daño.

—Me muero —gimió el barítono—. El dolor… es terrible. ¡Oh!

Y volvió a contorsionarse llevándose ambas manos al estómago, mientras rodaba por la cama.

—Hay que avisar a un médico —dijo Cowan.

Paula le detuvo cuando él se dirigía a la puerta.

—El doctor ya está en camino y hará todo lo que esté en su mano por este pobre doliente, todo está ya preparado, pero nadie conseguirá que Roscari pueda cantar esta noche.

—Nunca volveré a cantar, me estoy muriendo —gimió el italiano.

—No, no se morirá usted —dijo Paula—. No es más que una indigestión, pero de todas formas es imposible que cante esta noche.

—Me han envenenado.

—Sí, es la ptomaína no cabe duda —dijo Paula—. Quédese con

él, Elisa, hasta que llegue el médico.

La cantante se llevó a Cowan fuera de la habitación.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó.

Cowan meneó la cabeza desesperado. La hora era muy avanzada para que pudiera venir nadie de Londres a ocupar el puesto de Roscari. Lady Rustonbury, que acababa de ser informada de la enfermedad de su huésped, acudió corriendo por el pasillo para reunirse con ellos. Su principal preocupación, al igual que Paula Nazorkoff, era el éxito de *Tosca*.

—Si hubiera otro cantante a mano —gemía la prima donna.

—¡Ah! —lady Rustonbury lanzó un grito—. ¡Claro! Breón.

—¿Breón?

—Sí, Eduardo Breón, ya sabe, el famoso barítono francés. Vive cerca de aquí. Esta semana apareció publicada una fotografía de su casa en la revista semanal *Casas de Campo*. Es el hombre que necesitamos.

—Es como una respuesta a nuestra plegaria —exclamó Paula Nazorkoff—. Breón como Scarpia… le recuerdo muy bien. Era uno de sus mejores papeles. Pero ahora está retirado, ¿verdad?

—Yo lo traeré —dijo lady Rustonbury—. Déjenlo en mis manos.

Y siendo una mujer decidida ordenó en el acto que le prepararan el «Hispano Suiza». Diez minutos más tarde, el retiro campestre de monsieur Eduardo Breón se vio invadido por una agitada condesa. Lady Rustonbury, una vez tomaba una decisión, era una mujer muy obstinada, y sin duda Breón comprendió que no le quedaba otra cosa que hacer sino someterse. Además, hay que confesarlo, sentía debilidad por las condesas. Era un hombre de origen humilde, que había alcanzado la cima gracias a su profesión, la cual le permitía codearse con duques y príncipes, cosa que siempre le satisfacía. No obstante, desde su retiro a aquel lugar olvidado del mundo, estaba descontento. Echaba de menos aquella vida de adulaciones y aplausos, y aquel condado inglés no le había reconocido con la prontitud que él hubiera esperado. Así que le halagó en extremo la petición de lady Rustonbury.

—Haré todo lo que pueda —le dijo sonriente—. Como ya sabe, no he cantado en público desde hace mucho tiempo. Ni siquiera tengo discípulos, sólo uno o dos como un gran favor. Pero vaya… puesto que el signore Roscari se halla indispuesto…

—Ha sido un golpe terrible —dijo lady Rustonbury.

—No es que sea un verdadero cantante —comentó Breón.

Y le explicó extensamente por qué no lo era. Al parecer no había habido ningún barítono que se distinguiese desde que se retiró Eduardo Breón.

—Madame Nazorkoff hará la *Tosca* —dijo lady Rustonbury—. La conoce, ¿verdad?

—Nunca me la han presentado —repuso Breón—. La oí cantar una vez en Nueva York. Una gran artista… tiene sentido del drama.

Lady Rustonbury sintióse aliviada… nunca sabe uno a qué atenerse con estos cantantes… tienen tan extraños celos y antipatías. Unos veinte minutos más tarde volvía a entrar en el castillo con aire triunfal.

—Le he traído —exclamó riendo—. El requerido señor Breón ha sido tan amable… nunca lo olvidaré.

* * *

Todos rodearon al francés y las frases de gratitud y aprecio fueron como incienso para él. Eduardo Breón, aunque estaba ya cerca de los sesenta, era todavía un hombre atractivo, alto y moreno, con una personalidad magnética.

—Veamos —dijo lady Rustonbury—. ¿Dónde está madame…? ¡Oh, ahí está!

Paula Nazorkoff no había tomado parte en la bienvenida general prodigada al artista francés. Y había permanecido sentada en una silla alta de roble junto a la sombra de la chimenea. Claro que no estaba el fuego encendido, puesto que la noche era calurosa y la cantante se abanicaba lentamente con un inmenso abanico hecho de palma. Tan ausente y apartada estaba, que lady Rustonbury temió que se hubiese ofendido.

—Monsieur Breón —le condujo hasta la cantante—. Dice usted que nunca le han presentado a madame Nazorkoff.

Con un último floreo del abanico que dejó a un lado, Paula Nazorkoff ofreció su mano al francés. Y al inclinarse éste sobre ella un ligero suspiro se escapó de labios de la *prima donna*.

—Madame —dijo Breón—, nunca hemos cantado juntos. ¡Es uno

de los castigos de mi edad! Pero el azar ha sido bueno conmigo y ha acudido en mi ayuda.

Paula rió por lo bajo.

—Es usted demasiado amable, monsieur Breón. Cuando era todavía una pobre cantante desconocida, estuve sentada a sus pies. Su «Rigoleto»… ¡Qué arte, qué perfección! Nadie podría igualarle.

—¡Cielos! —exclamó Breón, simulando suspirar—. Mis días han terminado. Scarpia, Rigoleto, Radamés, Sharpless, cuántas veces los he representado, y ahora… nunca más.

—Sí… esta noche.

—Cierto, madame… Lo olvidaba. Esta noche.

—Ha cantado usted muchas *Toscas* —le dijo la Nazorkoff con arrogancia—, ¡pero nunca conmigo!

El francés se inclinó.

—Será un honor —dijo en tono bajo—. Es un gran papel, madame.

—Que requiere no sólo un cantante, sino una actriz —intervino lady Rustonbury.

—Cierto —convino Breón—. Recuerdo que una vez en Italia, cuando era joven, solía ir a un teatro de Milán un poco apartado. La butaca me costaba sólo un par de liras, pero aquella noche oí a una cantante tan buena como pudiera oír en el Metropolitan Opera House de Nueva York. Una jovencita cantó *Tosca*, como un ángel. Nunca olvidaré su voz en «Vissi d'Arte», su claridad, su pureza. Pero carecía de fuerza dramática.

Paula Nazorkoff asintió.

—Eso se adquiere después —dijo sin alterarse.

—Cierto. Esa joven se llamaba Bianca Capelli… y yo me interesé por su carrera. Gracias a mí tuvo oportunidad de mejores contratos, pero era tonta… lamentablemente tonta.

Se alzó de hombros.

—¿Por qué era tonta?

Era Blanche Amery, la hija de veinticuatro años de lady Rustonbury quien había hablado. Una joven esbelta de grandes ojos azules.

El francés volvióse cortésmente hacia ella.

—¡Cielos! Mademoiselle se enamoró de un individuo de baja estofa, un rufián miembro de la Camorra. El se vio complicado con

la policía y le condenaron a muerte; ella vino a suplicarme que hiciera algo por salvar a su amante.

Blanche Amery le contemplaba interesada.

—¿Y le ayudó usted? —preguntó sin aliento.

—¿Qué podía hacer yo, mademoiselle? ¿Un extranjero en el país?

—Podía tener influencias —sugirió la Nazorkoff con su voz profunda y vibrante.

—De haberlas tenido, dudo que las emplease. Aquel hombre no lo merecía. Hice cuanto pude por la muchacha.

Sonrió, y su sonrisa dio la impresión a la joven inglesa que ocultaba algo desagradable, y comprendió que en aquel momento sus palabras no reflejaban sus pensamientos.

—Hizo lo que pudo por ella —dijo la Nazorkoff—. Fue muy amable y ella se lo agradecería, ¿verdad?

El francés se alzó de hombros.

—El hombre fue ejecutado —explicó—, y ella entró en un convento. ¡Eh, *voilá*! El mundo ha perdido una cantante.

Paula Nazorkoff rió por lo bajo.

—Nosotros los rusos somos más mudables —dijo en tono ligero.

Blanche Amery estaba mirando casualmente a Cowan cuando la cantante pronunció estas palabras y vio su gesto de asombro y cómo entreabría los labios para hablar, siendo acallado por una mirada de advertencia de Paula.

El mayordomo apareció en la puerta.

—Ya está la cena —dijo lady Rustonbury poniéndose en pie—. Pobrecitos, qué pena me dan ustedes, debe ser terrible pasar hambre antes de cantar. Pero luego se les dispondrá una espléndida cena.

—Esperemos —dijo Paula Nazorkoff, riendo suavemente—. Hasta después.

* * *

En el interior del teatro, el primer acto de *Tosca* acababa de llegar a su fin. El público empezó a moverse haciendo comentarios. Sus majestades, encantadoras y graciosas, ocupaban tres butacas

forradas de terciopelo de la primera fila. Todo el mundo hablaba en voz baja, pues la impresión general era que en el primer acto, Paula Nazorkoff apenas había estado a la altura de su gran fama. La mayoría no comprendían que en aquello la cantante demostraba su arte, ahorrando en el primer acto su voz y su persona. Hizo de la *Tosca* una figura frívola, ligera, jugando con el amor, coqueta, celosa y exigente. Breón, aunque la gloria de su voz había perdido vigor, todavía supo representar magníficamente al cínico Scarpia, sin que nada descubriera al decrépito libertino en la representación de su papel. Hizo de Scarpia una figura atrayente, casi benévola, dejando entrever ligeramente la sutil malevolencia que ocultaba su aspecto externo. En el último pasaje, con el órgano y la procesión, cuando Scarpia permanece absorto en sus pensamientos tramando un plan para conquistar a Tosca, Breón desplegó unas tablas maravillosas. Ahora el telón se alzó para dar paso al segundo acto. La escena ocurría en las habitaciones de Scarpia.

Esta vez, al aparecer Tosca en escena, se hizo patente su arte dramático. Allí era una mujer presa de terror, y representó su papel con la seguridad de una actriz consumada. ¡Su saludo a Scarpia, su indiferencia, sus sonrisas al contestarle! En esta escena, Paula Nazorkoff actuaba con sus ojos, moviéndose con gran lentitud y dejando su rostro sonriente e impasible. Sólo sus ojos que no cesaban de dirigir terribles miradas a Scarpia traicionaban sus verdaderos sentimientos, y así fue continuando la historia, la escena de tortura, el derrumbamiento de la compostura de Tosca y su completo abandono al caer a los pies de Scarpia suplicando en vano su clemencia. Lord Leconmere, buen entendido en música, hizo un gesto de aprobación, y un embajador extranjero sentado a su lado murmuró:

—Esta noche la Nazorkoff se supera a sí misma. No existe ninguna otra mujer que se abandone en la escena como ella.

Leconmere asintió.

Ahora Scarpia exige su precio y Tosca, horrorizada, corre hacia la ventana huyendo de él. Se oye el lejano batir de los tambores y Tosca se arroja desfallecida sobre el sofá. Scarpia, de pie junto a ella, relata cómo su gente es llevada al patíbulo… y luego silencio, y de nuevo el lejano batir de los tambores. La Nazorkoff continúa tendida en el sofá con la cabeza colgando hacia atrás, casi tocando

el suelo y oculta por sus cabellos. Entonces, en exquisito contraste con la pasión violenta de los últimos veinte minutos, su voz vuelve a surgir, alta y pura, la voz, como dijera a Cowan, de un niño o de un ángel.

*Vissi d'arte, vissi d'amore, no feci mai male ad anima vival.*
*Con man furtiva quante miseria conobbi, aiutai.*

Era la voz de un niño intrigado, o extasiado. Luego una vez más vuelve a arrodillarse implorante para suplicar, hasta el instante en que entra Spoletta. Tosca, agotada, accede, y Scarpia pronuncia las palabras fatales de doble sentido. Spoletta parte de nuevo, y entonces llega el momento dramático en que Tosca, alzando una copa de vino en su mano temblorosa, coge un cuchillo de encima de la mesa y lo oculta tras ella.

Breón se levanta y va hacia Tosca inflamado de pasión. ¡*Tosca finalmente mía*! Los focos hicieron brillar el cuchillo mientras Tosca murmuraba su grito de venganza:

—*Questo e il baccio di Tosca*! (Así es como besa Tosca).

Paula Nazorkoff nunca había representado con tal propiedad el acto de venganza de Tosca. El último susurro fiero *Mouri dannato* y luego con voz extraña que llenó el teatro dijo:

—*Or gli perdono*! (Ahora te perdono).

La suave melodía fúnebre empieza a sonar mientras Tosca realiza el ceremonial, colocando un candelabro a cada lado de la cabeza de Scarpia y un crucifijo sobre su pecho, y luego se detiene largamente en la puerta mirando hacia atrás para contemplar su obra, mientras se vuelven a oír los tambores y cae el telón.

Esta vez el público fue presa de verdadero entusiasmo, pero duró poco… Alguien salió de entre bastidores para hablar con lord Rustonbury. Este último se levantó, y después de un par de minutos de consulta, se volvió para llamar a sir Donald Clathorp, un médico eminente. Pronto circuló la verdad entre el público. Algo había ocurrido… un accidente… y alguien estaba gravemente herido. Uno de los cantantes apareció ante el telón, y explicó que el señor Breón había sufrido un accidente… y la ópera no podía continuar. Otra vez comenzaron los rumores. Breón había sido apuñalado, la Nazorkoff había perdido la cabeza, representando su papel tan a lo

vivo que había apuñalado realmente al hombre que cantaba con ella. Lord Leconmere, mientras hablaba con su amigo el embajador, sintió que le tocaban en el brazo y al volverse pudo mirarse en los resplandecientes ojos de Blanche Amery.

—No fue un accidente —dijo la joven—. Estoy segura de que no ha sido un accidente. ¿No oyó usted poco antes de cenar, esa historia que él contaba de una joven italiana? Esa joven era Paula Nazorkoff. Poco después, al decir ella que era rusa, vi que el señor Cowan se extrañaba. Tal vez haya adoptado un nombre ruso, pero él sabe perfectamente que es italiana.

—Mi querida Blanche —dijo Leconmere.

—Le digo que estoy segura. En su habitación tiene una revista abierta por la página donde aparece la fotografía de la casa de campo del señor Breón. Ella lo sabía antes de venir aquí. Y creo que le dio algo a ese pobre italiano para que se pusiera enfermo.

—Pero, ¿por qué? —exclamó lord Leconmere—. ¿Por qué razón?

—¿No lo comprende? Es la historia de *Tosca* que se repite. El quiso conquistarla en Italia, pero ella fue fiel a su amante, y acudió a él para que le salvara, y él simuló hacerlo, pero en vez de eso le dejó morir. Y ahora al fin ha conseguido vengarse. ¿No oyó usted cómo susurraba *Yo soy Tosca*? Y yo vi el rostro de Breón cuando ella lo dijo, y entonces… la reconoció.

En su camerino, Paula Nazorkoff permanecía sentada e inmóvil, cubierta por una capa de armiño, cuando llamaron a la puerta.

—Adelante —dijo la *prima donna*.

Entró Elisa sollozando.

—¡Madame, madame, está muerto! Y…

—Sigue…

—Madame, ¿cómo decírselo? Hay dos caballeros que son de la policía y quieren hablar con usted.

Paula Nazorkoff se puso en pie irguiéndose en toda su estatura.

—Yo iré a verles —dijo tranquila.

Y quitándose el collar de perlas que rodeaba su cuello, lo puso en manos de la muchacha.

—Esto es para ti, Elisa, has sido una buena chica. No voy a necesitarlas a donde me llevan ahora. ¿Comprendes, Elisa? *No volveré a cantar Tosca*.

Se detuvo un momento junto a la puerta, mientras sus ojos

recorrían el camerino, como si recordara sus treinta años de carrera artística. Luego entre dientes, y sin alzar la voz, pronunció la última frase de otra ópera:

*La comedia e finita!*

AGATHA CHRISTIE, escritora inglesa nacida en Torquay (Inglaterra) el 15 de septiembre de 1890, es considerada como una de las más grandes autoras de crimen y misterio de la literatura universal. Su prolífica obra todavía arrastra a una legión de seguidores, siendo una de las autoras más traducidas del mundo y cuyas novelas y relatos todavía son objeto de reediciones, representaciones y adaptaciones al cine.

Christie fue la creadora de grandes personajes dedicados al mundo del misterio, como la entrañable Miss Marple o el detective belga Hércules Poirot. Hasta hoy, se calcula que se han vendido más de cuatro mil millones de copias de sus libros traducidos a más de 100 idiomas en todo el mundo. Además, su obra de teatro *La ratonera* ha permanecido en cartel más de 50 años con más de 23.000 representaciones.

Nacida en una familia de clase media, Agatha Christie fue enfermera durante la Primera Guerra Mundial. Su primera novela se publicó en 1920 y mantuvo una gran actividad mandando relatos a periódicos y revistas.

Tras un primer divorcio, Christie se casó con el arqueólogo Max Mallowan, con quien realizó varias excavaciones en Oriente Medio

que luego le servirían para ambientar alguna de sus más famosas historias, al igual que su trabajo en la farmacia de un hospital, que le ayudó para perfeccionar su conocimiento de los venenos.

De entre sus novelas habría que destacar títulos como *Diez negritos*, *Asesinato en el Orient Express*, *Tres ratones ciegos*, *Muerte en el Nilo*, *El asesinato de Roger Ackroyd* o *Matar es fácil*, entre otros muchos. Las adaptaciones al cine de su obra se cuentan por decenas.

Además de estas obras, Agatha Christie también se dedicó a la novela romántica bajo el seudónimo de Mary Westmacott.

Christie recibió numerosos premios y distinciones a lo largo de su carrera, como el título de Dama del Imperio Británico o el primer Grand Master Award concedido por la Asociación de Escritores de Misterio.

Agatha Christie murió en Wallingford (Inglaterra) el 12 de enero de 1976.

# Notas

[1] En español en el original (N. del T.) <<

[2] En español en el original (N. del T.) <<